

EL COLEGIO DE MÉXICO

EL ASCENSO
DE
LOS PODERES REVISIONISTAS

RICARDO JASSO HUEZO

EL COLEGIO DE MÉXICO

EL ASCENSO
DE
LOS PODERES REVISIONISTAS

TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN RELACIONES INTERNACIONALES

RICARDO JASSO HUEZO

MARÍA CELIA TORO HERNÁNDEZ,
DIRECTORA

CENTRO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES

CIUDAD DE MÉXICO
MMXVII

Laudate Dominum omnes gentes

Laudate eum, omnes populi.

Salmo 117.

A Dios.

A la Patria.

A mi familia queridísima —mis papás, mi hermano. Siempre conmigo en todo momento, ayudándome y, sobre todo, queriéndome muchísimo. Los quiero mucho.

A mi muy querida familia ampliada —mis abuelos, mis tíos, mis primos y mis amigos.

A El Colegio de México —lugar único en el mundo, al que debo bastante de lo que soy.

Quiero agradecer:

A mi querida profesora Celia Toro, por toda su paciencia y su apoyo, por creer en el autor de este trabajo, a pesar de las opiniones del resto del mundo.

A mi queridísimo profesor Humberto Garza, por tanto —su presencia, consejo, acompañamiento y gran corazón—, por ser mi tutor en esta etapa increíble de mi vida.

A la increíble profesora (y muy querida) Martha Elena Venier, por haberme enseñado el uso correcto del español y por no escatimar en su cariño.

A Gilberto Conde, gran hombre y amigo, quien desde el inicio ha estado conmigo.

A mi querida profesora Soledad Loaeza, quien siempre, de forma incondicional, me ha apoyado.

A Alberto Hernández, amigo muy querido. Gracias siempre por todo.

Al genial profesor Reynaldo Ortega, quien, aunque tal vez no lo sepa, marcó mi vida en El Colegio y me enseñó a ir más allá de los libros y de lo convencional.

Quiero dar las gracias, de todo corazón, a mi amigo querido Gabriel Pizzorno por tanta ayuda que me ha brindado en este trabajo, en mis ideas y mis proyectos y, sobre todo, por contagiarme de su amor y su pasión por el mundo antiguo. Gracias, querido amigo.

Los llevo a todos conmigo.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	1
PARTE I. EL ASCENSO	
I. LA LUCHA ETERNA	15
I. LÓGICA DE LA POLÍTICA	15
II. EL SISTEMA POLÍTICO INTERNO	24
III. EL SISTEMA POLÍTICO INTERNACIONAL	33
IV. SISTEMAS	41
II. EL SURGIMIENTO	44
I. PRELUDIO	44
II. LÓGICA GENERAL DEL ASCENSO EN REVISIONISMO	46
III. SUMISIÓN	51
IV. CRISIS	57
V. PODER	62
VI. REVISIONISMO	72
PARTE II. LOS PODERES	
I. REVISIONISMO, LA EDAD DE BRONCE TARDÍA	80
I. EL NUEVO REINO HITITA	82
II. ASIRIA	90
III. LOS CASITAS, UN CASO CURIOSO	96
IV. LOS LÍMITES AL ASCENSO	100
II. REVISIONISMO, EL SIGLO XIX EN EUROPA	106
I. PIAMONTE Y LA UNIFICACIÓN DE ITALIA	106
II. PRUSIA	123
III. POLONIA, LOS LÍMITES DEL VENCIDO	131
CONSIDERACIONES FINALES	136
BIBLIOGRAFÍA	142

FIGURAS Y MAPAS

FIGURA 1.	JERARQUÍA Y ANARQUÍA	20
FIGURA 2.	DISTRIBUCIÓN INTERUNITARIA DE PODER	22
FIGURA 3.	INCREMENTO DE PODER	36
FIGURA 4.	CAMBIO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PODER	39
FIGURA 5.	SISTEMAS POLÍTICOS	43
MAPA 1.	TERRITORIO DEL IMPERIO HITITA DURANTE EL NUEVO REINO	88
MAPA 2.	EL TERRITORIO DEL IMPERIO MITANIO	90
MAPA 3.	LOS TERRITORIOS DE LOS IMPERIOS ASIRIO Y CASITA	99

INTRODUCCIÓN

CRONOS FUE HIJO DE URANO; Zeus, de Cronos. Al alcanzar la madurez, ambos se rebelaron. Cronos, tras llegar a edad madura, castró y derrocó a su padre, para, así, ascender a la primacía en el universo. Gea, su madre, sentenció en el destino del titán el mismo final que había procurado para el antiguo gobernante del cosmos. Cronos, guiado por el egoísmo y la ambición, por miedo a que una amenaza surgiera de sus mismas entrañas —como pasó con él—, devoraba a los hijos que concebía con la titánide Rea, cortando de tajo la posibilidad del cumplimiento de su fortuna. Sin embargo, en la mitología, el destino es ineludible e inalterable, trágico.

Cuando la esposa de Cronos alumbró a Zeus, dio por éste una piedra envuelta —el ónfalo— a su padre. El hijo rescatado creció escondido por su madre y, cuando hubo alcanzado su desarrollo, se levantó contra su progenitor en una guerra contra los titanes. La victoria de éste sobre su padre en la Titanomaquia culminó con la reclusión del antiguo monarca en el Tártaro y el inicio de la supremacía del antes oprimido.

En la lucha por el poder, pensar que los titanes fueron siempre colosos es común. Considerar que el menor poco tiene y poco puede frente al gigante es habitual. No obstante, los poderosos también fueron débiles; alguna vez, los dominantes estuvieron sometidos. Los primeros se encuentran en equilibrio entre sí, mientras que subyugan a los segundos al ser menores. Los mayores oprimen sin cuestionarse; mientras los inferiores se preguntan si pueden llegar a ser superiores.

Los grandes poderes se ubican en la cúspide de la jerarquía de la distribución internacional del poder; son éstos quienes tienen mayor influencia en el desarrollo de las relaciones entre las unidades del sistema internacional. Cuando un nuevo gran poder emerge, cambia la distribución internacional de poder y, por lo tanto, las relaciones de poder de las unidades políticas se ven alteradas. Así, no sólo es importante, sino fundamental, analizar, primero, el surgimiento de los grandes poderes y, segundo, a aquellos que buscan cambiar el sistema internacional, colocarse en la cúspide de la jerarquía de la distribución del poder —los poderes revisionistas en ascenso. La disrupción en el sistema internacional que implica su actuar y su presencia justifica su estudio.

ASCENDER EN REVISIONISMO

En este trabajo, se estudia el surgimiento de los poderes revisionistas; se inscribe en el debate académico del cambio en política internacional y en la tradición del realismo político. El problema, la pregunta de investigación, de la cual se parte en este trabajo es simple: ¿cómo se explica el surgimiento de las grandes potencias revisionistas?

Necesario es definir qué es el revisionismo. Como dice Morgenthau, hay tres tipos de políticas que los Estados pueden seguir: aquellas que pretenden mantener el *status quo*, otras que buscan alterarlo y las que quieren exaltar el “prestigio” de un Estado.¹ Los poderosos, mientras aguardan la oportunidad de expandirse aún más en el sistema internacional, protegen las circunstancias que los mantienen en la cúspide de la distribución de poder. Se desea cambiar la situación presente cuando, al presentarse la fortuna favorable, las grandes potencias se abalanzan sobre el mundo o cuando, en virtud de la necesidad de liberarse que resulta de la opresión externa, el poder menor asciende para derrocar al opresor. Los que se enfrentan en la lucha por el poder usan las apariencias para sustentar o fortalecer su bando en esta guerra que no termina, a pesar de los armisticios.

Así, los que buscan alterar el *status quo* y la distribución de poder son los poderes revisionistas.² Ya sea por oportunidad o por la necesidad de poner fin a la sumisión ante otro poder, las potencias se expanden para alterar, para revisar, el sistema internacional y “[...] revertir las relaciones de poder [imperantes]”.³ En este trabajo, se estudia no a las potencias que se expanden sin límites sobre el sistema, cuando se les presenta la oportunidad, sino a las que necesitan fortalecerse para acabar con la relación de poder que las oprime y les impide mantener el dominio en su sistema político interno.

¹ Véase: *Politics Among Nations. The Struggle For Power And Peace*, 3ª ed., Nueva York, Alfred A. Knopf, 1966, CAPÍTULOS 4, 5 y 6.

² Morgenthau los llama “IMPERIALISTAS”, pero, para evitar confusiones con el concepto de IMPERIO que se usa en este trabajo (véase lo citado en las NOTAS 27 y 28), se recurre a la palabra “REVISIONISMO”, utilizada como sinónimo, en general, en la literatura académica sobre política internacional y, específicamente, por Martin Wight en *Power Politics*, Leicester y Londres, Leicester University Press–The Royal Institute of International Affairs, 1995.

³ H. Morgenthau, *op. cit.*, p. 59 y véase NOTA 51, sobre el concepto de revisionismo.

Se busca argumentar en este trabajo que los grandes poderes revisionistas surgen de la interacción entre el sistema internacional y el sistema político interno, de la siguiente forma: primero, decisiones de política exterior de uno o varios grandes poderes repercuten en el sistema político interno, irrumpiendo en el *status quo*, afectando así la capacidad de dominación de la unidad política estatal; segundo, en el sistema interno afectado, se producen cambios orientados a responder a estos estímulos⁴ amenazantes que vienen del exterior, lo cual tiene efectos en la política interna y externa; tercero, la política exterior que adopta la unidad estatal para hacer frente a las amenazas que proceden del sistema internacional afecta este sistema, ya que interviene en éste, tratando de detener o revertir la presencia disruptiva externa en su sistema político interno. El proceso por el cual los poderes menores pueden convertirse en grandes poderes imperialistas, en orden cronológico, puede ser, entonces, el siguiente: i) sumisión, ii) crisis interna, iii) cambio interno y fortalecimiento, iv) revisionismo.

El surgimiento de las potencias revisionistas ha implicado no sólo una transformación profunda de los sistemas internacionales a los que pertenecieron, sino también un cambio de rumbo en la historia mundial. Esto es evidente en los dos casos que servirán para sustentar y ejemplificar el argumento que se presenta en este trabajo —los sistemas políticos interestatales de Oriente cercano en la Edad de Bronce tardía (1500 a 1200 AC) y de Europa en el siglo diecinueve.

⁴ Se usa la palabra "estímulos" sin referirse a una connotación positiva o negativa sobre esta palabra; es decir, de forma neutra —a menos que se especifique.

LA LITERATURA Y EL MÉTODO

Mientras la literatura académica sobre los grandes poderes y su actuar es extensa y las teorías sobre el comportamiento de los poderes menores han ganado popularidad y profundidad, el estudio del surgimiento de grandes poderes es escaso. Las teorías sobre las potencias revisionistas en ascenso son prácticamente nulas. No obstante, la historiografía general sobre las relaciones entre Estados es abundante, lo que permite encontrar evidencia para este estudio sobre el ascenso de los poderes revisionistas.

A pesar de la importancia que el realismo político y sus exponentes conceden al auge y la caída de los grandes poderes, el surgimiento de éstos se ha estudiado poco, si se compara con la atención prestada a otros temas —como el comportamiento de los grandes poderes, el de los poderes menores, la guerra, el orden, etcétera. Asunto aún menos estudiado es el que interesa en este trabajo: el ascenso de los poderes revisionistas, un tipo de ascenso específico —distinto, por ejemplo, al ascenso que ocurre cuando hay un vacío de poder o al que no está impulsado por un ánimo de revisar relaciones de sumisión.

Un texto cercano a esta investigación es, quizá, el análisis de Zakaria sobre el ascenso de Estados Unidos como gran poder. Sin embargo, *De la riqueza al poder: los orígenes del liderazgo mundial de Estados Unidos*, se concentra únicamente en el estudio del encumbramiento de Estados Unidos, el cual no es ejemplo de un poder revisionista. De todas formas, esta investigación ofrece conceptos relevantes, que

resultaron de utilidad para el desarrollo de este trabajo, como el de “poder estatal”, entre otros.⁵

Relevante es el artículo “The Unipolar Illusion: Why New Great Powers Will Rise” de C. Layne, donde el autor critica la idea popular en la década de los noventa de la perpetuidad de la unipolaridad estadounidense, desaparecida la Unión Soviética, pues los países del mundo se unirían a Estados Unidos en una hegemonía “benéfica” y “legítima”. El argumento principal de este texto es que “[...] los sistemas unipolares contienen las semillas de su propia extinción, porque el desequilibrio de poder favorable al hegemón crea un ambiente propicio para la emergencia de nuevos poderes”.⁶ Para desarrollar su idea principal, trata brevemente las dinámicas del surgimiento de los grandes poderes. Éstos —dice Layne— resultan de la mezcla de factores estructurales y de “acciones en el ámbito interno”, de la forma siguiente:

[...] 1) las restricciones estructurales presionan a los Estados que podrían convertirse en grandes poderes; 2) esos Estados deciden en el ámbito interno si están dispuestos a asumir el estatus de gran poder, como respuesta a esas restricciones estructurales; 3) si una decisión en el ámbito interno para buscar el estatus de gran poder produce un cambio en la polaridad, habrá afectado la estructura [y se entiende que habrá surgido un gran poder nuevo].⁷

En “The Unipolar Illusion” se dice, explícitamente, cómo un poder menor puede lograr ascender en el sistema internacional, aunque, en el texto, se dedica poco espacio a esta idea. Sin embargo, difiere del argumento del ascenso de los poderes revisionistas, que se presenta en este trabajo, en un aspecto fundamental: mientras Layne dice que los límites estructurales son lo que presiona al ascenso, pues “si [los Estados aptos] no adquieren capacidades de gran poder, pueden verse explotados

⁵ Trad. Alicia Bixio, Barcelona, Gedisa, 2000.

⁶ *International Security*, vol. 17, núm. 4 (primavera, 1993), p. 7.

⁷ *Ibid.*, p. 9.

por el poder hegemónico”;⁸ en este trabajo, en cambio, se argumenta que el factor principal que desencadena el proceso de ascenso en revisionismo es el resultado disruptivo que tienen las acciones de poderes externos (claro, permitidas por los límites estructurales de las diferencias en la distribución de poder) en el sistema político interno de algún país. Por un lado, en el argumento de Layne, el estímulo desencadenante tiene lugar sólo en el sistema internacional y entre sus unidades; por el otro, en la teoría del ascenso en revisionismo, este factor fundamental proviene, sí, del sistema internacional, pero tiene como característica fundamental que irrumpe en el sistema político interno, resultando en una crisis interna que hace imperioso el ascenso para acabar con este estímulo, revisando la relación de poder que se tiene con la potencia externa.

Respecto a los otros puntos de la idea de Layne sobre el ascenso de los poderes menores, claramente son los Estados quienes deciden perseguir la transformación hacia el estatus de gran poder, como dice este autor; sin embargo, en “The Unipolar Illusion”, no se profundiza acerca de posibles factores internos que llevarían a esta decisión, pues se entiende que no hay más causa que la presión externa. Esto no quiere decir que el análisis sea incorrecto —el argumento de Layne resulta lógico y se sustenta de forma adecuada—, sino que la base de su argumento y el tipo de ascenso que estudia es distinto al que ocupa a este trabajo. Él sólo estudia a las potencias que ascienden por causas atribuibles únicamente al sistema internacional y que no tienen influencia en el sistema político interno. En cambio, en la teoría del ascenso en revisionismo que propongo, se analizan los poderes que, en virtud de un

⁸ *Ibid.*, p. 12.

crisis interna ocasionada desde el exterior, necesitan ascender para revisar la relación de poder con la gran potencia que ha irrumpido en su sistema político interno. Las diferencias en estos dos trabajos resultan de que estudian fenómenos distintos; no es que alguno sea incorrecto, son distintos. Hay formas distintas de ascenso, cada una con fuerzas y caminos diferentes.

Otro texto que podría ser cercano a este trabajo es el de L. Rucker, “La contestation de l’ordre international: les États révolutionnaires”, en el cual, sin embargo,

[se estudian] solamente los casos de revoluciones que, al mismo tiempo, por un lado, han transformado el orden interno de un Estado mediante la introducción de un principio de legitimidad política brutalmente nuevo y, por otro, han buscado exportar ese principio, teniendo como consecuencia el cuestionamiento de las normas, los valores y las formas de las relaciones entre los actores en el escenario internacional.⁹

Este análisis se concentra en cómo el cambio de régimen por uno “revolucionario” en el sistema político interno tiene como consecuencia el enfrentamiento con el orden internacional normativo vigente, poniendo a prueba su legitimidad, a partir de un nuevo punto de vista que busca exportar el país revolucionario. El autor de este texto no se interesa por temas como la distribución de poder o el surgimiento de grandes potencias, sino solamente por lo que denomina “Estados revolucionarios” y su enfrentamiento con las normas existentes. Esto —es claro— difiere del tema que se analiza en este trabajo —los poderes que ascienden en la jerarquía de poder, para revertir las relaciones de poder entre ellos y sus dominantes— y del tipo de análisis que se hace en este trabajo —mientras que Rucker parte de un punto de vista de

⁹ *La revue internationale et stratégique*, núm. 54, 2004(2), p. 110.

desafío del orden normativo y su legitimidad, principalmente ideológico, aquí se hace un análisis de lucha por el poder.

De esta forma, se revisaron textos, principalmente, sobre el surgimiento de grandes poderes y sobre países que buscan modificar el *status quo*, a partir de un cambio político interno. La literatura teórica general del realismo es la piedra angular de este trabajo. Estudiar la teoría general de la política desde el punto de vista del realismo y analizar la historiografía del ascenso de nuevos poderes permitió construir un esquema propio que permite explicar el surgimiento de poderes revisionistas. En este trabajo se adopta el “método deductivo” propuesto por K. Popper; es decir,

[se] propone[n] enunciados —o sistemas de enunciados— y [se] contrasta[n] paso a paso. En particular, en el campo de las ciencias empíricas [se] construye[n] hipótesis —o sistemas de teorías— y [se] las contrasta con la experiencia por medio de observaciones y experimentos.¹⁰

En este trabajo, se contrastan los enunciados que forman la teoría del ascenso de los poderes revisionistas, con la evidencia histórica proporcionada por los sistemas internacionales de la Edad de Bronce tardía y de Europa en el siglo diecinueve. El sistema teórico que se presenta aquí cumple con los requisitos que propone Popper para la ciencia empírica: 1) es “sintético, de suerte que pued[e] presentar un mundo no contradictorio, posible” y 2) satisface el “criterio de demarcación”, “representando un mundo de experiencia posible”.¹¹

Lo que se expone aquí busca identificar tendencias; no se pretende presentar un punto de vista normativo, sino uno que identifique patrones en el

¹⁰ *La lógica de la investigación científica*, trad. Víctor Sánchez de Zavala, 2ª ed., Madrid, Tecnos, 2008, p. 33.

¹¹ *Ibid.*, p. 48.

comportamiento político. Como dice H. Lasswell, “La ciencia de la política presenta condiciones; la filosofía de la política justifica preferencias. Este libro, restringido al análisis político, no declara preferencia alguna. Establece condiciones”.¹²

EL REALISMO

La tradición del realismo político orienta esta investigación. El punto de vista de este trabajo es el de la lucha por el poder, tanto en el sistema político interno, cuanto en el internacional. Dice Morgenthau,

En vista de la presencia de la lucha por el poder en todas las relaciones sociales [incluidas las llevadas a cabo en el interior de una nación, un pueblo o una población, como se le quiera denominar] y en todos los niveles de organización social, ¿sería sorprendente que la política internacional fuera, forzosamente, política de poder [*power politics*]? [...] [L]a lucha por el poder [...] es permanente y es un elemento necesario de todas las partes de la política interna [...].¹³

Este análisis se inspira en las ideas de autores como Carl Schmitt, Thomas Hobbes, Edward Luttwack, Hans Morgenthau, John Mearsheimer, Charles Tilly, Niccolò Machiavelli, Kenneth Waltz, entre otros, y, en menor medida, en ideas de Hedley Bull y Martin Wight.

El realismo es una corriente de análisis y de pensamiento tan antigua y tan amplia, que, reducirla sólo al punto de vista de un solo autor, implicaría ignorar su riqueza. Como cualquier corriente de pensamiento, el realismo cambia.¹⁴ Claramente, el punto de vista de Tucídides no lo mantuvo intacto Morgenthau ni el

¹² *Politics: Who Gets What, When, How*, Nueva York, Peter Smith, 1950, p. 3.

¹³ *Politics Among Nations...*, *op. cit.*, p. 40.

¹⁴ Utilizar el verbo “evoluciona” implicaría una connotación progresista y el probable recurso a un juicio de valor; por esta razón, no se dice que el realismo “evolucione”.

análisis de Hobbes pasó inalterable por las manos de Schmitt. Los textos y sus autores se pueden clasificar en “corrientes”, en función de los fundamentos que guiaron sus análisis; por esta razón, es posible argumentar, por ejemplo, que Mearsheimer y Maquiavelo pertenecen a una misma escuela, ya que ambos ven la política como la “lucha por el poder”. El realismo no es ni dogma, ni monolito, sino una corriente, formada por una serie de puntos de vista con características fundamentales comunes, que se encuentra en cambio constante. Como dice Gilpin,

Puede decirse que todos los escritores realistas [...] comparten tres supuestos respecto a la vida política. El primero es el carácter esencial de la naturaleza conflictiva [...]. La anarquía es la regla; el orden, la justicia y la moralidad, las excepciones. [...] Los realistas destacan que, en el mundo, el árbitro final de las cosas es el poder político. [...] El segundo supuesto del realismo es que la esencia de la realidad social es el grupo [...] [;] el fundamento de la vida política es lo que Ralf Dahrendorf llama “grupos de conflicto”. [...] El tercer supuesto [...] que caracteriza el pensamiento realista es la primacía en toda la vida política del poder y la seguridad en la motivación humana. Como dice Tucídides, los hombres están motivados por honor, ambición y, sobre todo, miedo.¹⁵

Ésta es la perspectiva de la política de la cual se parte en este trabajo.

ALCANCES Y LÍMITES

En primer lugar, es importante aclarar que se analizará sólo un tipo de poder en ascenso: el que asciende desde el revisionismo. No se niega que haya otras formas de llegar a ser gran potencia, pero no se hablará de ellas. Tampoco se estudiará por qué

¹⁵ “The Richness of the Tradition of Political Realism”, *International Organization*, vol. 39, núm. 2 (primavera, 1984), p. 290.

los grandes poderes se vuelven revisionistas, sino el fenómeno que ocurre para que poderes menores asciendan en revisionismo.

En segundo lugar, cabe destacar que no se pretende hacer un análisis de debates teóricos, sino sólo presentar una perspectiva para tratar el problema que se presenta. Se busca hacer un argumento teórico, para lograr explicar las razones y las dinámicas del ascenso de los poderes revisionista; esto, desde el punto de vista del realismo político.

Finalmente, es relevante resaltar que, en este trabajo, se busca establecer patrones generales de comportamiento de los poderes revisionistas en su ascenso. Las circunstancias históricas y los ejemplos de potencias menores que ascienden en revisionismo se analizarán entonces con esta intención. No se pretende hacer una serie de análisis de caso, sino presentar éstos como evidencia histórica que sugiere la plausibilidad del argumento de este trabajo.

Este trabajo se divide en dos partes principales; una completamente teórica —EL ASCENSO— y otra histórica —LOS PODERES. Se optó por esta separación, para hacer más clara la diferencia entre la teoría y los casos, pues, de esta forma, se busca evitar al lector una deducción inadecuada, al pensar que lo aquí presentado es el análisis de dos casos, de los cuales se desprendió una teoría formada por tendencias encontradas en ambos. *Éste no es el caso* —como se ha dicho antes, cuando se habló del “método deductivo”, en el cual se basó la creación del cuerpo teórico del ascenso en revisionismo. Se hace una construcción teórica lógica, que, después, se contrasta con los casos que se presentan.

La primera parte —EL ASCENSO— se divide en dos secciones principales; por un lado, en el CAPÍTULO I. LA LUCHA ETERNA, se establecen los fundamentos generales sobre los cuales se construyen los argumentos teóricos que se presentan en este trabajo; por el otro, en el CAPÍTULO II. EL SURGIMIENTO, se presenta la teoría del ascenso en revisionismo, el núcleo del trabajo.

La segunda parte —LOS PODERES— está dividida también en dos secciones; la primera, donde, con base en la teoría del ascenso en revisionismo, se analizan casos de Oriente cercano en la Edad de Bronce tardía y la segunda, en la cual se estudian casos de poderes que ascienden para revisar o revertir la relación de sumisión frente a un poder externo, en el sistema interestatal europeo del siglo diecinueve.

I

EL ASCENSO

I. LA LUCHA ETERNA

EN ESTA PRIMERA PARTE, se exponen los fundamentos teóricos sobre los cuales se apoya la teoría del surgimiento de los grandes poderes revisionistas: cómo son las dinámicas de la política, las unidades políticas, los sistemas políticos, la permanencia y los cambios de poder en los sistemas interno e internacional y el método de análisis sistémico. Las ideas expresadas en este capítulo —salvo indicación explícita— son originales del autor de esta tesis, claramente influidas por el punto de vista del realismo político —principalmente por autores como T. Hobbes, M. Weber, C. Schmitt, H. Morgenthau y J. Mearsheimer— y desarrolladas dentro de esta escuela de pensamiento.

I. LA LÓGICA DE LA POLÍTICA

Fundamental para este trabajo es definir el concepto primordial que permea todo el análisis: ¿qué es la política? La política, como dice Morgenthau, es "la lucha por el

poder y la paz".¹⁶ En un mundo cuya distinción fundamental es entre dominantes y dominados, cuyas poblaciones tienen como objetivo principal la supervivencia en una realidad de conflicto, el medio para escalar en la jerarquía y, por lo tanto, aumentar la probabilidad de sobrevivir es el poder. Entre más poderoso se es, mayores son las posibilidades de supervivencia. El rasgo distintivo de la política es el conflicto. Dice Hobbes...

Y, por lo tanto, si dos hombres desean lo mismo, lo cual, sin embargo, no pueden ambos disfrutar, se vuelven enemigos; y, en busca de su objetivo (que es principalmente su propia protección y, en ocasiones, sólo su placer) buscan destruir o someter unos a otros.¹⁷

Así, dice Foulcault que "[...] el poder es la guerra, es la guerra proseguida por otros medios. Y en ese momento invertiríamos la proposición de Clausewitz y diríamos que la política es la continuación de la guerra por otros medios".¹⁸ El político, dice Schmitt, es soldado profesional que vive en enfrentamiento continuo.¹⁹

En la guerra militar, logrado el fin estratégico de la destrucción del ejército enemigo y de la ocupación de su territorio, se da la paz. La lucha política es enormemente más compleja. En cierto sentido, puede ser parangonada con las guerras coloniales o con las viejas guerras de conquista, cuando el ejército victorioso ocupa o se propone ocupar en cierta forma estable todo o una parte del territorio conquistado. Entonces, el ejército vencido es desarmado y dispersado, pero la lucha continúa en el terreno político y en el de la "preparación" militar.²⁰

¹⁶ Segunda parte del título de *Politics among Nations. The Struggle for Power and Peace*, 3ª ed., Nueva York, Alfred A. Knopf, 1966. Las cursivas son mías.

¹⁷ *Leviathan or the Matter, Forme, and Power of a Common-wealth, Ecclesiasticall and Civill*, ed. con una introducción C. B. MacPherson, Londres, Penguin Books, 1985, PARTE I: "OF MAN", CAPÍTULO XIII: "OF THE NATURAL CONDITION OF MANKIND, AS CONCERNING THEIR FELICITY, AND MISERY", § "From Equality Proceeds Diffidence", p. 184.

¹⁸ *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*, Horacio Pons (trad.), 6ª reimpr., Buenos Aires, FCE, 2014, p. 28.

¹⁹ "En esto estriba la razón de la frase que dijo una vez un diplomático inglés: que el político está mejor entrenado para la lucha que el soldado, porque se pasa la vida luchando, mientras que el soldado sólo lo hace excepcionalmente", *El concepto de lo político. Texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios*, trad. Rafael Agapito, 2ª ed., Madrid, Alianza, 2014, p. 65.

²⁰ Antonio Gramsci, *Escritos políticos (1917-1933)*, 2ª ed. modificada, Raúl Crisafio (trad.), México, Pasado y Presente, 1981, p. 333.

Hacer una aclaración sobre la última parte de la frase de Morgenthau es relevante. La "paz" es ausencia de guerra —este último concepto, entendido como el enfrentamiento violento entre aquellos que buscan el poder—, pero esto no implica que se trate de una situación utópica de armonía —de conflicto inexistente—. Incluso en toda situación de "paz", hay dominantes y dominados —poderosos y débiles—; "la lucha por [...] la paz" es en sí una pugna por implementar un orden —obviamente, benéfico para el que lo establece. Detrás de la paz, también está la búsqueda por prevalecer.

El ser humano se agrupa en "unidades políticas", término usado por Schmitt.²¹ Éstas son grupos cuyo interés principal es alcanzar la supremacía (el mayor poder posible) sobre los demás y que, por lo tanto, hacen la distinción fundamental de "amigo y enemigo",²² para lograr afianzar su dominio y su supervivencia ante sus rivales. Los ejemplos de éstas son diversos: el Estado, los partidos políticos, los grupos rebeldes, los organizadores de un golpe de Estado, los movimientos revolucionarios, las guerrillas, incluso los grupos terroristas, entre otros. Éstos tienen en común su pertenencia al campo semántico de las unidades políticas, lo cual dota a todos de las mismas características básicas, por distintos que sean sus nombres.

Al perseguir todas las unidades políticas los mismos objetivos de supervivencia, de alcanzar la mayor libertad de acción posible y, por lo tanto, de

²¹ Quien dice que...

[e]n realidad no existe ninguna "sociedad" o "asociación" política; lo que hay es sólo una unidad política, una "comunidad" política. La posibilidad real de agruparse como amigos y enemigos [*—inimicus*, aclara Schmitt (p. 62)—] basta para crear una unidad que marca la pauta, más allá de lo meramente social-asociativo, una unidad que es específicamente diferente y que frente a las demás asociaciones tiene un carácter decisivo. Si ésta se degrada como algo eventual, se elimina también lo político.

En *op. cit.*, p. 75.

²² Ésta es la distinción primordial de la política, cuyo "... sentido [...] es marcar el grado máximo de intensidad de una unión o separación, de una asociación o disociación (p. 59)", según C. Schmitt, en *ibid.*, *passim*.

supremacía, dominación, e imposición de un orden, sus intereses se encuentran y colisionan, teniendo esto como resultado el conflicto político.²³ Cabe aclarar que esto no implica la inexistencia de decisiones cooperativas ni mucho menos. La cooperación entre unidades políticas es posible, siempre y cuando haya coincidencia en intereses. Toda empresa conjunta es, prácticamente, una alianza que está lejos de ser desinteresada.

De esta forma, siguiendo este argumento, surge el "sistema político",²⁴ en términos del realismo, al estilo de Mearsheimer y Waltz; es decir, como una estructura de poder,²⁵ que se compone de lo que aquí se denominan “unidades políticas”, las cuales, por su lógica de comportamiento, se encuentran en una red de relaciones de conflicto y de interdependencia de poder —es decir, son dependientes, estratégicamente, unas de otras del poder de las demás. Como dice Bull, se puede hablar de la existencia de un sistema, cuando...

[...] dos o más Estados [—término intercambiable por “unidades políticas”, cualesquiera que éstas sean—] tienen suficiente contacto entre ellos, como para ocasionar que se comporten como partes de un todo. [...] [Cuando] hacen de su comportamiento un elemento necesario en los cálculos de los otros.²⁶

La importancia de analizar el funcionamiento de los sistemas políticos radica en que permite entender la dinámica de la política. Se trata del primer paso para analizar los movimientos estratégicos de las unidades políticas —cooperación, conflicto, disuasión, contención, sometimiento, entre otros.

²³ Véase NOTA 17, sobre Hobbes.

²⁴ En este trabajo, “sistema político” no se entiende en los términos de Easton, de un proceso de transformación de apoyos y demandas, mediante una caja negra de instituciones. Véase: *A Systems Analysis of Political Life*, Nueva York, John Wiley & Sons, 2ª reimpr., 1967.

²⁵ Véase: J. J. Mearsheimer, *The Tragedy of Great Power Politics*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 2001; K. Waltz, "The Stability of a Bipolar World", *Daedalus*, julio de 1964, vol. 93(3).

²⁶ *The Anarchical Society. A Study of Order in World Politics*, Londres, Macmillan, 1977, pp. 9 y 10.

El más básico de los sistemas políticos es el de dos individuos solos e igualmente poderosos —sin autoridad sobre ellos ni interferencia de otro. Éstos, incapaces de formar un grupo, al no haber nadie más que ellos, actúan como unidades políticas por sí mismos, teniendo los objetivos a los cuales los fuerzan las circunstancias. En este sistema de dos individuos, las relaciones que habrá entre ellos serán de equilibrio de poder y tendrán la alternativa —según sea la situación— de recurrir a la cooperación para alcanzar un fin común o de entrar en conflicto, en virtud de la divergencia de sus intereses y de su incapacidad de negociarlos. Con tres individuos, la dinámica del sistema político se vuelve menos predecible —como dice Waltz en su estudio sobre la polaridad de los sistemas políticos internacionales.²⁷ Con una unidad más, el juego cambia y se abren más posibilidades de comportamiento político.²⁸ En una situación con grupos grandes de individuos, habrá agrupación de éstos —si no todos, algunos— para buscar la prevalencia de sus intereses fundamentales —supervivencia, dominación e implantación de un orden favorable— sobre aquellos de los otros, teniendo como resultado la creación de unidades políticas y, por lo tanto, de un sistema político.

La afirmación típica del realismo de Waltz de que las unidades del sistema político (refiriéndose al internacional) interactúan en un contexto de anarquía²⁹ se

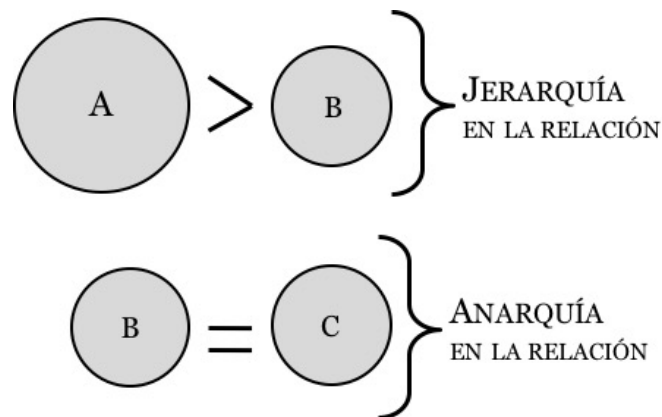
²⁷ Véase: "The Stability of A Bipolar World", *Daedalus*, julio de 1964, vol. 93(3).

²⁸ La analogía waltziana con la historia de Rousseau es útil de recordar, pues es ilustrativa de la idea de la lógica del sistema. Cinco individuos primitivos buscan cazar para comer ese día. Se encuentran y acuerdan cooperar para lograr cazar un ciervo, el cual aportaría suficiente alimento para los cinco. Sin embargo, cuando se pone en marcha el plan y el animal se acerca, uno de los cazadores ve pasar a su lado una liebre; por lo tanto, surgen dos alternativas para éste: continuar en la relación de cooperación y seguir el plan para cazar al ciervo (aunque no haya resultados positivos seguros de lograr atraparlo ni de que los otros cuatro, en serio, vayan a compartir el alimento), o atrapar a la liebre y comer ese día. Rousseau concluye que el cazador que enfrenta este dilema, al final, captura a la liebre, mientras que el ciervo se escapa. Éste es el ejemplo que pone Waltz, para presentar la estructura del sistema (internacional) de unidades que viven en riesgo y desconfianza y que buscan su supervivencia de forma egoísta. *Man, the State, and War: A Theoretical Analysis*, Nueva York, Columbia University Press, 1959, pp. 167 y 168.

²⁹ Para Waltz, la anarquía del sistema internacional es "[...] la ausencia de una autoridad por encima de los Estados que previene y ajusta los conflictos que inevitablemente surgen de las voluntades particulares [...]";

tiene que analizar y precisar. En un sistema político hay dos relaciones de poder fundamentales: 1) jerarquía, en las relaciones de dominantes sobre dominados, y 2) anarquía, cuando hay equilibrio entre el poder de las unidades políticas y, por lo tanto, no hay preeminencia de alguna de las unidades (FIGURA 1.). De la relación que se guarda entre unidades políticas, se pueden deducir las posibles estrategias de éstas —por ejemplo, en jerarquía, estrategias de dominación y sometimiento; en anarquía, de cooperación o conflicto abierto, incluso violento. Cabe destacar que, sin importar el tipo de relación política que haya, siempre habrá una situación latente de conflicto, pues, incluso en el caso más obvio de dominación, la unidad subyugada siempre deseará y buscará su independencia del dominante, su supervivencia y su prevalencia.

FIGURA 1.



El sistema político no es exclusivo de algún ámbito particular de la vida política, sino que se aplica a todo cuanto la política permea, de forma indistinta en política interna o en política internacional; así, hay dos sistemas políticos

por lo tanto, “entre Estados autónomos la guerra es inevitable”; en esta situación “no hay armonía automática”. *Ibid.*, pp. 182 y 186.

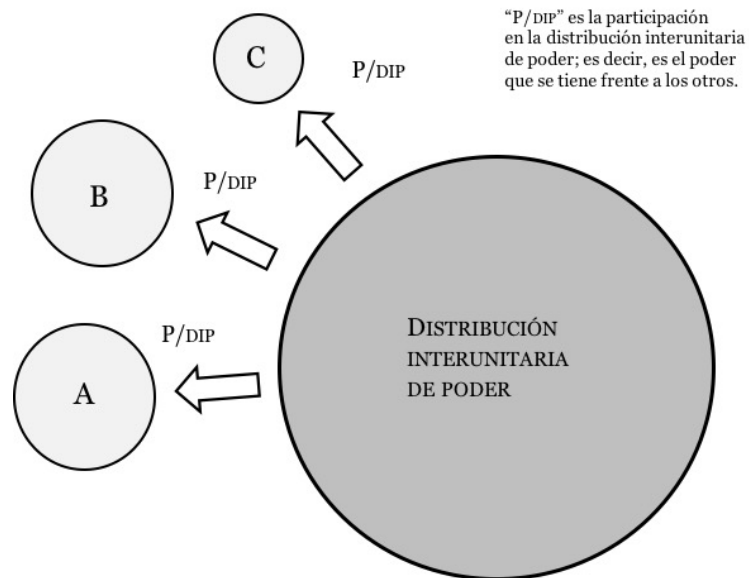
principales: el interno y el internacional, ambos sistemas interunitarios. El primero se establece en un territorio, con una población determinada; en este sistema, el objetivo principal de las unidades políticas de hacerse con la supremacía sobre las demás se traduce en tomar el control del aparato estatal, adquiriendo el título de "unidad estatal" o "Estado".³⁰ El segundo sistema se desarrolla entre los Estados, cuyo objetivo de primacía en la distribución de poder se traduciría en la dominación de uno sobre todos los demás, situación que varios autores han denominado — idealmente— "imperio universal".³¹

Las relaciones entre las unidades de un sistema político y las desigualdades que hay entre ellas tienen como consecuencia lo que se ha denominado la “distribución de poder”. El poder que una unidad política tiene siempre es frente a otra unidad política; es decir, el poder es relacional, comparativo, pues éste se tiene para el objetivo concreto de prevalecer. En aislamiento, el poder de una unidad política es inútil, pues no lo necesita, ya que no compite con nadie ni su supervivencia se encuentra en riesgo; es más, en ese caso, esta unidad ni siquiera merecería el adjetivo de política. Entonces, el poder que se tiene es siempre relativo frente a aquel del rival. Así, en un sistema político, en virtud de las relaciones y la interdependencia políticas que hay en éste, se forma una especie de red —un tejido— de comparaciones de poder, el cual recibe el nombre de distribución (interunitaria) de poder (FIGURA 2.).

³⁰ Más adelante, se ahondará en este concepto.

³¹ Véase: J. Mearsheimer, *op. cit.*; H. Morgenthau, *op. cit.*; Inis L. Claude, *Power and International Relations*, Nueva York, Random House, 1962.

FIGURA 2.



En virtud de lo anterior, se deduce lógicamente que, si el poder de una unidad política es relativo, la distribución interunitaria de poder es siempre finita. Cuando una unidad aumenta su poder (es decir, incrementa su parte en la distribución de poder), el poder de las demás unidades disminuye. Éste es un juego de suma cero, como lo ha llamado, por ejemplo, Mearsheimer.³² Sin embargo, esto no implica que la creación de instrumentos de poder —por ejemplo: tanques, aviones, etcétera— sea finita; todo lo contrario, las unidades se encuentran en constante competencia y cambio para incrementar sus instrumentos y la capacidad de éstos. Se pueden obtener cuantos instrumentos de poder sean posibles; sin embargo, esto implica un cambio en la distribución de poder sólo si este aumento contribuye notablemente a incrementar la diferencia entre las unidades. La capacidad material y su adquisición es infinita, pero se vuelve finita, limitada, cuando entra a la red de relaciones

³² *Op. cit.*, p. 34 *et passim*.

políticas que forman la distribución de poder, ya que esto implica su relatividad frente a las capacidades materiales ajenas.³³

Ésta es la lógica de la política, ineludible y perpetua. No hay forma de acabar con este juego de lucha por el poder; sin embargo, mitigarlo es posible. La base de la paz es la jerarquía en la distribución de poder; es el imperio, entendido como el “control político ejercido por una unidad política organizada sobre otra unidad separada y extraña a ella. [...] Un imperio real requiere de autoridad final efectiva”;³⁴ o, como dice Berle, “[...] significa [...] la capacidad de un país [una unidad política] de forzar decisiones políticas fundamentales de naciones [unidades políticas] más débiles”.³⁵ La paz implica la delimitación de la acción y la imposición de sistemas normativos; esto sólo es posible en el desequilibrio, como dice Hobbes, “[...] *sed authoritas, non veritas facit legem*”.³⁶ La autoridad, no la verdad, establece los criterios del orden en el sistema político. Todo orden se impone por una unidad política; hay implantación por aquel que domina; la ley es "el mandato del soberano".³⁷ De forma lógica, el orden tiene tras de sí los intereses de la unidad

³³ Para esto, es útil hacer una analogía con el mercado. Las unidades económicas —empresas— pueden fabricar cuanto sean capaces y cuanto deseen; sin embargo, esto no significa que, en virtud de la cantidad que produzcan, se harán con mayor parte del mercado, pues no están en un juego en solitario. La participación que las empresas logran en el mercado se da, principalmente, en función del poder (de mercado) que tienen frente a sus competidores. Fabricar más sólo implica mayor participación, cuando se incrementa el poder de mercado que se tiene, en función de la disminución del poder de las demás empresas. El mercado y la distribución interunitaria de poder son como una cobija única con la cual todos los participantes buscan cubrirse; el que se tapa destapa a los demás. La idea de esta analogía la tomo de mi amigo y compañero, Mauricio Rodríguez Lara, a quien agradezco por su voluntad siempre dispuesta a debatir los conceptos para este trabajo. Al respecto, Gilpin también hace una analogía del sistema internacional con el mercado, cuando dice que es “[...] como un mercado oligopólico, que se caracteriza por 1) toma de decisiones interdependientes y 2) tan pocos competidores que el comportamiento de cualquier actor tiene un efecto apreciable en algunos o todos sus rivales”; *War and Change in World Politics*, Nueva York, Cambridge University Press, 1981, p. 87.

³⁴ Paul Schroeder, “Is the U. S. an Empire?”, *George Mason University’s History News Network*, febrero 10, 2003, <<http://hnn.us/articles/1237.html>>, consultado en septiembre, 2014.

³⁵ *Power*, Nueva York, Harcourt, Brace & World, 1969, pp. 472 y 473.

³⁶ C. Schmitt, *Teología política*, trads. Francisco J. Conde y Jorge Navarro, Madrid, Trotta, 2009, p. 33 y nota de los traductores en la misma página.

³⁷ John Austin, *The Province of Jurisprudence Determined*, parte IV, cit. por, Hedley Bull, *op. cit.*, p. 129.

política dominante y contribuye a su permanencia en posición de primacía frente a las demás.

II. EL SISTEMA POLÍTICO INTERNO

Como se ha dicho, la lógica de la política se aplica de la misma forma en todo tipo de sistema político, sin distinción. En esta parte, se analizará el sistema que surge cuando hay situación de primacía de una de las unidades políticas sobre las demás, resultando en la formación de un Estado —es decir, en la centralización del poder en un territorio determinado. A esto se denomina sistema político "interno" —a diferencia del "internacional", en el cual las unidades políticas son los Estados resultantes de la lucha política interna.

Unidad dominante y unidades rivales

En el sistema político interno hay situación de enfrentamiento entre unidades políticas. Sin embargo, la peculiaridad de la situación de la política interna es que, durante la contienda, surge una unidad política que ha logrado imponerse frente a las demás y modificar el equilibrio de poder del sistema político interno, para establecerse como unidad hegemónica o imperial.³⁸ Ésta unidad, que recibe el nombre de "Estado", constituye lo que antes denominamos un "orden general" que le resulta benéfico para mantenerla en posición de primacía. Sin embargo, la guerra que se libra en el sistema político interno no acaba, pues las unidades políticas

³⁸ Por "HEGEMÓNICO O HEGEMONÍA", se entiende la primacía y el control de una unidad sobre las demás. Este concepto, en este trabajo, se utiliza como sinónimo de "IMPERIO" (véase *supra* nota 34). Esta idea se toma de J. J. Mearsheimer, *op. cit.*

derrotadas aún buscan sobrevivir frente al Estado y las otras como ellas, por lo cual, buscarán continuamente revertir la situación de la distribución de poder del sistema político interno que las mantiene en desventaja, para, de esta forma, lograr ser la unidad política estatal.

Cabe acotar y señalar lo que se entiende por "Estado". Por un lado, la definición clásica de Weber —"es aquella comunidad humana que en el interior de un determinado territorio reclama para sí (con éxito) el monopolio de la coacción física legítima"—³⁹ supone dos características principales del Estado: primero, que éste tiene únicamente el "monopolio de la coacción física legítima"; segundo, que, una vez instaurado su "monopolio", se logra establecer una especie de orden amplio y permanente, el cual se vería amenazado únicamente por otro Estado, pero no por fuerzas internas. Por otro lado, Schmitt, parte de un punto de vista hobbesiano cuando dice que el soberano

[...] asume el monopolio de la última decisión. En la cual estriba precisamente la esencia de la soberanía del Estado, que más que monopolio de la coacción o del mando, hay que definirla jurídicamente como el monopolio de la decisión [...]. [...] [L]a autoridad demuestra que para crear derecho no necesita tener derecho.⁴⁰

Schmitt, aunque amplía el concepto de Weber, también supone que la creación del Estado implica el fin de la "*bellum omnium contra omnes*".

Como se dijo antes, la lógica de la política —de unidades que buscan sobrevivir, ampliar su libertad de acción y, para esto, prevalecer y dominar— no es privativa sólo del sistema internacional, sino que forma parte de todo sistema político, incluido el interno. En este trabajo, no se ve al Estado como la solución

³⁹ *Economía y sociedad*, México, FCE, 1994, p. 1056.

⁴⁰ *Teología política*, *op. cit.*, p. 18.

definitiva a la "guerra de todos contra todos", sino como una unidad política más, que, a diferencia de las otras, ha logrado imponerse frente a ellas, estableciendo un sistema de dominación basado en la coerción —reflejo de su poder— y en la imposición de un orden general —instrumento para afianzar su prevalencia, que Schmitt denominaría un medio para establecer el "monopolio de la decisión". El Estado, entonces, es soberano en cuanto a que tiene el "monopolio de la decisión" sobre el orden general del sistema interno; como diría Schmitt,

[...] la soberanía, y con ello el Estado mismo, consiste en decidir la contienda, o sea, en determinar con carácter definitivo [—mientras permanezca en posición de primacía—] qué son el orden y la seguridad pública, cuándo se han violado, etc. [...] [T]odo orden descansa sobre una decisión [...]. También el concepto del orden jurídico, como todo orden, descansa en una decisión, no en una norma.⁴¹

Sin embargo, a pesar de lo anterior, el poder del Estado —aunque superior al de las otras unidades políticas— generalmente no logra ser absoluto; la unidad política estatal tiene que luchar continuamente en el sistema interno para imponerse frente a las demás unidades políticas, las cuales —desde la fundación del Estado mediante el logro de la primacía— no paran de intentar fortalecerse, para derrocar a la unidad política estatal y, así, lograr ser quienes se encuentran en la posición máxima del sistema político interno.⁴² A pesar de la dominación, el agravio permanece y la guerra está latente; así, la lucha que tiene que enfrentar la unidad política estatal (el Estado) no sólo es externa —frente a sus pares—, sino también interna —frente a los enemigos que pretenden derribarla. Aunque una unidad política se encuentre en posición de sometimiento dentro de un orden político, esto no implica que el

⁴¹ *Ibid.*, p. 16.

⁴² Tilly denominaría a esto "*state making*"; es decir, la tarea continua del Estado de combatir enemigos internos. *Coercion, Capital and European States, AD 990 - 1990*, Oxford, Basil Blackwell, 1990, p. 96 *et passim*.

conflicto potencial entre ésta y su opresor haya desaparecido; a pesar de estar bajo la estructura que se le ha impuesto, la unidad dominada siempre buscará revertir la relación y ser ella la que se encuentre en posición dominante. El Estado contiene en dos frentes simultáneos. El fin de la *bellum omnium contra omnes* no es posible, pues ésta es el núcleo de la política.

Cambio de la unidad dominante

De lo anterior, se presenta la posibilidad, siempre latente, de que se logre derrocar a la unidad política estatal de su posición de primacía. Como se dijo antes, cuando una unidad ha logrado hacerse con la primacía frente a sus competidores del sistema político interno, empieza a implantar su orden general. La importancia de esta acción radica en que tiene una función triple de mitigar la lucha política, de incrementar la legitimidad de la unidad hegemónica y de dotarla de recursos económicos para su fortalecimiento político, en cuanto a instrumentos de poder y legitimidad interna. Sin embargo, como se expuso, esto no implica la destrucción total de los rivales de la unidad política estatal.

Como se puede deducir y como se ha dicho a lo largo de la historia del debate teórico sobre las dinámicas de la política interna, la legitimidad es variable fundamental para mantener el control sobre el sistema político interno. Se entiende legitimidad, en términos de Weber, como...

[...] la creencia socialmente compartida [...] [que ve a un] régimen o sistema político⁴³ [...] como válido o vinculante[;] [que tiene] el reconocimiento de los

⁴³ En esta definición, se entiende el concepto "SISTEMA POLÍTICO" en los términos de D. Easton, explicados anteriormente (*supra*, NOTA 24), no en los términos de este trabajo (*in loco*, p. 20 y 21).

governados. [...] Whimster [...] parafrasea la definición weberiana de la legitimidad como “la creencia de los dominados en la validez del dominio”⁴⁴

Esta “creencia socialmente compartida” es fundamental para la unidad política estatal, pues es la base del mantenimiento de su orden social, que al mismo tiempo penetra en los ámbitos económico y político, lo cual repercute en el orden general impuesto por el Estado. Por esta razón, cuando, por algún motivo, se empieza a resquebrajar esta creencia, se pone en riesgo todo el orden general y el mismo control que tiene la unidad estatal sobre su sistema político.

Cuando la idea de la “validez del dominio” pierde fuerza en la sociedad, resulta en el cuestionamiento de la doctrina y la desarticulación del cuerpo ideológico y, por lo tanto, conduce claramente al fin de la legitimidad de la primacía de la unidad política estatal frente a sus subordinados. Así, se presenta una situación de crisis en el orden general establecido; la primacía estatal se mantiene, casi únicamente, en virtud de su capacidad del uso de la violencia (ya no legítima). Sin embargo, la dominación basada únicamente en la violencia sobre toda una población es efímera —“[...] un príncipe nunca puede estar seguro contra un pueblo que le es hostil: son demasiados”, dice Maquiavelo—:⁴⁵ a pesar de que frente a las otras unidades políticas, el control es posible cuando se logra una posición hegemónica, frente a toda una población adversa, la primacía debe basarse en cierto consenso, pues, de otra forma, no hay la mínima posibilidad de prevalecer sobre ésta.

⁴⁴ NOTA 5 del editor y comentarista de la obra, en el “Capítulo III. Los tipos de dominación”, en Max Weber, *Economía y sociedad*, Francisco Gil Villegas (editor revisor, comentarios y notas), trads. F. Gil Villegas et al., 3ª ed. en español de la 1ª ed. en alemán, México, FCE, 2014, p. 336.

⁴⁵ *The Prince*, trad. y con una introducción de George Bull, 2ª reimpr. con correcciones, Londres, Penguin Books, 1981, CAPÍTULO IX. “THE CONSTITUTIONAL PRINCIPALITY”, p. 68.

Por lo tanto, ante un panorama de ilegitimidad, el poder de la unidad política estatal se ve reducido de forma importante; esto, a su vez, repercute de nuevo en su legitimidad por dos factores principales: 1) es menos capaz de satisfacer las demandas internas y de mantener el orden que había establecido, y 2) incrementa la legitimidad de unidades políticas adversas a la unidad política estatal, frente a la población en general. La consecuencia directa de esto es la formación de un círculo vicioso de deterioro de la primacía estatal, cuya tendencia, a no ser que se interrumpa, resulta en el fin de la primacía de la unidad política estatal.

A pesar de la dominación de la unidad política estatal sobre la población, la economía y el sistema político, para las unidades políticas rivales del Estado la lucha sigue; la lucha entre los rivales políticos es eterna. La legitimidad es una relación que tiene la unidad dominante con la sociedad; sin embargo, cabe resaltar que, entre unidades políticas, no existe (ni puede existir) tal relación, pues ¿cómo puede el sometido considerar benéfico depender del dominante para su supervivencia y verse privado de la posibilidad de seguir sus otros dos objetivos básicos de primacía e imposición de un orden benéfico? Entre unidades políticas sólo hay conflicto — latente o presente. Todos los jugadores son potencialmente revisionistas. Cuando la unidad estatal se ve debilitada por la crisis de legitimidad y del orden general, se abre la oportunidad para sus rivales de enfrentarse con ella. Al aumentar las posibilidades de éxito frente al antiguo poder hegemónico, atacar al Estado se vuelve una opción racional.

El incremento de la debilidad de la unidad política estatal —es decir, la disminución de su parte en la distribución interunitaria de poder interna— se ve reforzado por el aumento de la legitimidad de los enemigos del Estado en la sociedad,

situación que se traduce en el fortalecimiento de sus instrumentos de poder —fondos económicos, personas que forman parte, influencia en las instituciones del orden general estatal, armas, etcétera. El sistema político unipolar, con la crisis estatal profunda, se transforma en uno multipolar.

El enfrentamiento puede tomar dos direcciones. Puede resultar en una negociación entre el Estado y las unidades rivales a éste o puede tomar la forma del enfrentamiento directo entre las partes. El primer camino es la transición pacífica. El punto fundamental en ésta es el acuerdo entre los rivales, con lo cual no hay destrucción completa ni reemplazo de la unidad política estatal, sino una alianza concertada para compartir el poder entre las partes en conflicto; el Estado se amplía en sus miembros y, obviamente, en virtud de la mezcla de intereses, surge un orden general reformado de forma concertada. Se trata de un cogobierno entre rivales. En cambio, el segundo camino es la lucha abierta entre las unidades en conflicto que no llega a ningún acuerdo de gobierno conjunto, la “guerra interna” —“el recurso a la violencia dentro de un orden político determinado para cambiar su constitución, sus gobernantes o sus políticas”.⁴⁶ La violencia, en el caso de este segundo camino, “es común [...], ya que, después de todo, los cambios se buscan mediante recursos extralegales [—fuera del orden establecido—]; el tiempo y los canales normales de influencia política se ven frustrados”.⁴⁷

Las formas que este enfrentamiento toma son diversas, pero, en todas ellas, el factor común es el objetivo de subordinar por completo a la unidad política estatal

⁴⁶ Harry Eckstein, “On the Etiology of Internal Wars”, *History and Theory*, vol. IV, núm. 2 (1965), pp. 133 a 163, en George A. Kelly y Clifford W. Brown, Jr. (eds.), *Struggles in the State. Sources and Patterns of World Revolution*, Nueva York, 1970, p. 171.

⁴⁷ Carl Leiden y Karl M. Schmitt, *The Politics of Violence. Revolution in the Modern World*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1968, p. 19.

y adquirir supremacía sobre todas las unidades políticas del sistema; es decir, el propósito es ser la nueva unidad política estatal, sin compartir ni negociar el poder con el Estado presente. Éstas formas pueden ser el golpe de Estado (en cualquiera de sus modalidades: el golpe palaciego, el golpe tradicional o el *putsch*), la revolución política o la revolución política-social. Este segundo camino de enfrentamiento, precisamente, es el que interesa para explicar, más adelante, el ascenso de los poderes revisionistas. A continuación, al ser esto de importancia más adelante en el trabajo, se explica brevemente el funcionamiento de este tipo de enfrentamientos.

El golpe de Estado es la “sustitución, por la fuerza, de un grupo gobernante por otro”.⁴⁸ Éste, como dice Edward Luttwak, tiene tres características distintivas: 1) “[...] no necesariamente cuenta con la intervención de las masas ni, en grado importante, con la de la fuerza militar[, aunque sí cuenta con apoyo de fuerzas coercitivas estatales]”; 2) “[...] no implica ninguna orientación política en particular”; 3) “[...] el poder [que se emplea] vendrá del Estado mismo. [...] [Ya que] un golpe consiste en la infiltración de segmentos del aparato estatal pequeños, pero críticos, lo cual, posteriormente, se usa para quitar al gobierno el control sobre éstos”.⁴⁹ La técnica del golpe de Estado es peculiar, ya que...

[...] a diferencia de la revolución, no se trata de confrontar, agobiar y aplastar, mediante el uso de la superioridad de poder. Al contrario, se trata de la técnica del yudo, en la cual las mismas ventajas en peso y desequilibrio del adversario se vuelven en su contra. [...] El golpe, en síntesis, se ve como un empujón[, aunque, detrás de éste,] [l]os cálculos políticos y los tiempos técnicos deben evaluarse seriamente.⁵⁰

⁴⁸ *Ibid.*, p 22.

⁴⁹ Los tres enunciados citados se toman de *Coup d'État: A Practical Handbook*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1969, p. 12.

⁵⁰ Introducción de S. E. Finer, p. xii, en *Ibid.*

En los términos expuestos y utilizados en este trabajo, el golpe de Estado es, básicamente, el intento que hace un grupo político surgido de la propia unidad política estatal, para hacerse con el control del aparato estatal y derrocar al Estado anterior, para, de esta forma, establecerse en posición de primacía en el sistema político interno. Se trata de un ataque al Estado, con medios estatales, por parte de un grupo escindido de éste mismo.

A diferencia del golpe de Estado, una revolución ocurre cuando una unidad política que no forma parte del grupo dominante logra hacerse con los medios necesarios y desafía a la unidad estatal, buscando alterar la distribución de poder en el sistema político interno. La unidad política revolucionaria es un grupo revisionista del *status quo* interno, activado en virtud de los cambios en su ambiente, los cuales hacen de la acción disruptiva una opción racional.

Toda revolución cuya característica fundamental sea el intento de un grupo por tomar la posición de primacía en el sistema político interno es necesariamente política —pues está inmersa en la realidad de la lucha por el poder. Claramente, esto no implica que, en ocasiones, las revoluciones políticas también estén impregnadas de un ánimo de cambio social; sin embargo, la condición política es factor indispensable para articular todo tipo de intento genuino de cambio en la estructura de una sociedad. De otra forma, las demandas de cambio se quedan únicamente limitadas a manifestaciones o grupos efímeros que, consiguiendo o no sus objetivos, solamente pueden lograr cambios superficiales —estéticos— en la realidad política.

En caso de éxito, la unidad política revolucionaria se hace con la primacía política interna y, por lo tanto, tras convertirse en la nueva unidad política estatal, se enfrenta con la realidad de toda unidad hegemónica: mantener y, de ser posible,

expandir su dominio frente a sus adversarios políticos. Aún si su ascenso hubiera estado rodeado por un aura de legitimidad, como unidad política sus acciones se guían por la misma moral que la de sus rivales: sobrevivir, incrementar su libertad de acción y dominar. El cambio en el dominante no implica la transformación de la dominación.

III. EL SISTEMA POLÍTICO INTERNACIONAL

La diferencia del sistema político internacional y el sistema político interno es que, mientras en el segundo hay una unidad hegemónica —lo que implica una situación de desigualdad total (unipolaridad) en la distribución de poder—, en el primero no hay unidad alguna que pueda imponerse sobre todas las demás, siempre habrá rivales lo suficientemente poderosos como para mantener la distribución general de poder en el sistema en equilibrio —al menos entre las unidades que se encuentran en la cúspide de la jerarquía del poder.

En este sistema los jugadores son las unidades que han logrado la hegemonía en sus sistemas políticos internos; ya han salido victoriosos de una guerra y ahora se enfrentan a otra más amplia. Al ser todas las unidades grupos dominantes, a diferencia de las otras unidades del sistema político interno, su capacidad de extracción de factores de poder político es mayor, haciendo del estado de guerra que es la política internacional una realidad más brutal, peligrosa y destructiva. En la política interestatal, las características de la política se aseveran; el estado de naturaleza se vuelve aún más salvaje —tal vez más natural—, pues “el miedo continuo

y el peligro de una muerte violenta, y la vida del hombre [o de la unidad política] es aún más solitaria, pobre, desagradable, brutal y limitada”, diría Hobbes.⁵¹ En este sistema, donde los costos de la lucha, el miedo y la incertidumbre son aún mayores, el equilibrio de poder entre las unidades se vuelve prácticamente imposible de modificar.

Objetivos generales de la unidad estatal

Ante esta realidad, la unidad política del sistema político internacional tiene mayores límites en sus alternativas de decisión, a comparación de las unidades políticas de los sistemas políticos internos. La necesidad de sobrevivir a la lucha lleva a las unidades a actuar para buscar continuamente incrementar su poder, en busca de la máxima posición de seguridad y libertad: la hegemonía, el imperio sobre su sistema. Sin embargo, al conducirse las otras unidades por la misma lógica y al encontrarse en una posición de poder similar, todo intento se ve obstaculizado.

El margen que queda para los Estados es tratar de acrecentar lo más posible sus medios de poder y seguridad. Esto, mediante políticas de fortalecimiento, las cuales pueden clasificarse en internas y externas. Por un lado, un Estado puede incrementar su poder por sí mismo mediante el incremento general de la combinación de factores que conforman el “poder latente”:⁵² recursos naturales,

⁵¹ *Leviathan...*, op. cit., PARTE I: “OF MAN”, CAPÍTULO XIII: “OF THE NATURAL CONDITION OF MANKIND, AS CONCERNING THEIR FELICITY, AND MISERY”, § “The Incommodities of such a War”, p. 186.

⁵² Este nombre originalmente se toma de Mearsheimer; sin embargo, el punto de vista que se tiene en este trabajo sobre lo que conforma y lo que implica el poder latente es distinto, si bien no en esencia, sí en sus particularidades. Para Mearsheimer...

Poder latente son los recursos sociales disponibles para un Estado para formar sus fuerzas militares. A pesar de que siempre hay variedad de estos recursos, el tamaño de la población de un Estado y su riqueza son los dos componentes más importantes para generar fuerza militar. [...] La riqueza es importante, porque un Estado no puede construir un ejército poderoso si no tiene dinero y tecnología para equipar, entrenar y continuamente modernizar sus fuerzas militares. Además, los costos de librar guerras de grandes potencias son enormes.

Op. cit., p. 56.

recursos humanos, economía (riqueza y capacidad productiva), tecnología, ideología y capacidad bélica; todos éstos, dependientes de la capacidad estatal de extracción —lo que Zakaria llama “poder estatal”: “esa porción del poderío nacional que el gobierno puede arrancar para sus propósitos [...]”.⁵³

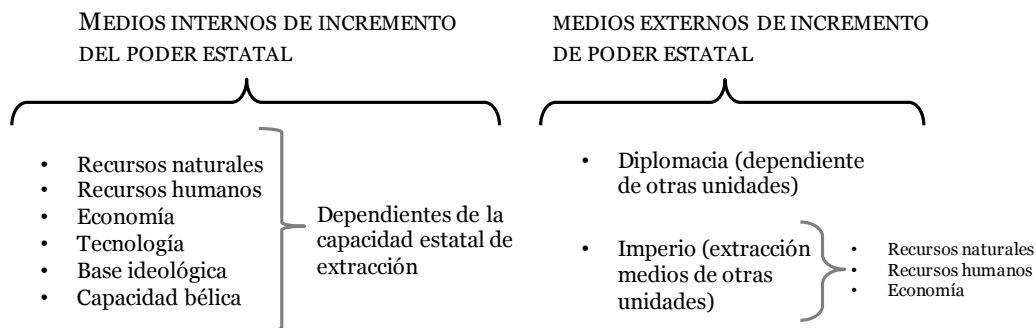
Por otro lado, los Estados pueden incrementar su poder a base de medios externos de fortalecimiento. El primero, la diplomacia, la cual a base de entendimientos con otras unidades, refuerza al Estado mediante el establecimiento de alianzas o la disminución de la potencialidad de las amenazas internacionales; sin embargo, en este caso, el fortalecimiento es frágil e incierto, ya que se basa en una relación de dependencia, la cual se mantiene hasta que otra la parte ve conveniente. La segunda forma de incrementar el poder de una unidad con medios externos es mediante la dominación de otras unidades del sistema internacional —mediante el “imperio”.⁵⁴ Al tener control sobre otra unidad estatal, se tiene la capacidad de obtener beneficios del control que ésta ejerce sobre su sistema político interno. Además, a diferencia de los límites sociales —principalmente de legitimidad— que pueda tener la unidad estatal para la extracción de recursos en su propio sistema político, cuando se ejerce control sobre un sistema ajeno, la capacidad de extracción no se ve limitada sino por la propia capacidad de desplegar violencia sobre el dominado; por lo tanto, se tiene libertad mayor de conseguir lo deseado. De esta forma, se consigue incrementar el acceso a recursos naturales y humanos, y fortalecer la capacidad económica general; al mismo tiempo que el control sobre otras unidades aumenta la fortaleza de la base ideológica impuesta por la unidad

⁵³ *Op. cit.*, p. 52.

⁵⁴ Véase: NOTA 34.

estatal en su sistema. Así, se ven incrementadas la capacidad militar y la legitimidad interna del Estado dominante (FIGURA 3.).

FIGURA 3.



Ante la incertidumbre que surge de la inseguridad que implica la guerra interminable que es la política y el miedo que de ésta se deriva, el objetivo general de las unidades del sistema político internacional es, como el de toda unidad política —cualquiera que sea el sistema en el que se desenvuelve—, hacerse con la mejor posición posible en la distribución internacional de poder; el fortalecimiento con medios internos y externos es la forma de lograr esto.

Importante es notar el incremento en la inseguridad sistémica que resulta precisamente de la búsqueda de las unidades del sistema por aumentar su poder para lograr seguridad. En primer lugar, en general, como se dijo antes en este trabajo, al incrementar una unidad su poder —ya sea por medios internos o externos—, el de las demás disminuye; en segundo lugar, al ser la dominación sobre otras unidades un medio de fortalecimiento, las unidades tienen incentivos para evitar a toda costa estar en posición vulnerable ante los demás, por miedo a perder su independencia (que implica perder su seguridad y su libertad), ya que, de presentarse la oportunidad, un Estado más poderoso podría expandir su dominio sobre la unidad

debilitada. Estos dos son aspectos de lo que se ha denominado en el estudio de la política internacional como dilema de seguridad.

Dominación y subordinación

La clasificación del sistema internacional como “anárquico” implica que no hay un orden general establecido por una autoridad única. Sin embargo, esto no implica que no haya una cierta jerarquía. Ésta, como todo en política, se basa en el poder. En la cúspide, se encuentran los grandes poderes —aquellos que, entre sí, abarcan la mayor parte de la distribución de poder en el sistema internacional—; después, están los poderes medianos y los poderes menores, que conforman la base de la pirámide del poder.

Mientras se desciende en la posición relativa de poder en el sistema, la libertad de acción y la seguridad de las que se goza disminuyen también; ya que éstas se ven limitadas por las acciones de unidades más poderosas, ante las cuales el débil poco (o nada) puede. Como dijeron los atenienses a los habitantes de la isla de Melos, “[...] el fuerte hace cuanto tiene el poder de hacer y el débil acepta lo que tenga que aceptar”.⁵⁵

La forma más obvia y extrema de dominio en el sistema internacional es el imperio; es decir, el control político directo sobre otra unidad, respecto a sus decisiones políticas. Éste, como se explicó en el apartado anterior, se establece por consideraciones de racionalidad política —ya sea para obtener beneficios sólo políticos y estratégicos o para hacerse también de recursos económicos. Este tipo de

⁵⁵ Tucídides, Libro V: “THE MELIAN DIALOGUE”, en su libro *History of the Peloponnesian War*, edición revisada y traducción por Rex Warner, Nueva York, Penguin Books, 1975, 402, § 89.

dominación puede ser indirecta e informal o franca y formal.⁵⁶ Sin embargo el fundamento de esta relación política es el mismo: “[el] poder imperial rige en [esa parte del] sistema; impone sus decisiones como le place”.⁵⁷ Esta realidad implica cierta permanencia temporal.

Sin embargo, el control momentáneo, efímero, únicamente por razones estratégicas o políticas de otra unidad política no puede denominarse una relación imperial; aunque, claramente, es una limitación a su libertad y a su seguridad política, este acontecimiento es simplemente una interacción de subordinación pasajera. También a esto se alude en esta parte del texto, cuando se habla de los límites que enfrentan las unidades a medida en que descienden en la escala de la distribución de poder. Esta es la realidad de la política, donde no hay virtuosos ni perversos, sino dominantes y dominados —poderosos y vulnerables.

Cambio

El cambio en el poder de cualquiera de las unidades no implica forzosamente una alteración en la distribución de poder. No todo fortalecimiento ni todo debilitamiento es relevante en el sistema político interestatal. Únicamente cuando el incremento o la pérdida de poder de una unidad afecta verdaderamente las posiciones relativas en la distribución de poder, se puede hablar de un cambio político en el sistema internacional (FIGURA 4.).

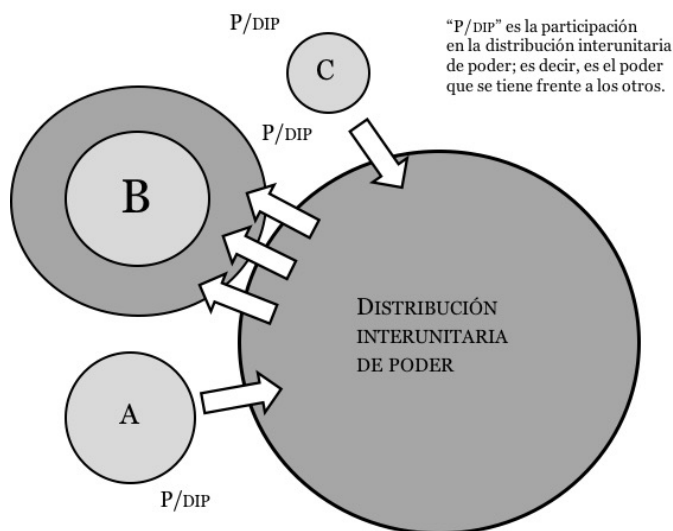
De forma lógica, en virtud de la realidad del sistema político, el cambio favorable en la distribución internacional de poder para una de las unidades resulta

⁵⁶ Véase: Paul Schroeder, art. cit.

⁵⁷ *Loc. cit.*

en políticas de respuesta por parte de las otras unidades, para buscar detener o, al menos, contrarrestar la alteración en la distribución de poder. La unidad que funge como agente de cambio se denomina “disruptiva”, pues irrumpe en el *status quo* del sistema. Esta disrupción adquiere mayor relevancia en virtud de la incertidumbre para los demás jugadores sobre las acciones potenciales del poder disruptivo. Por lo tanto, como resultado del aumento del miedo de los jugadores, la guerra perpetua que es la política se incrementa en su violencia, en virtud de la posibilidad de cambio en el sistema, pues la potencialidad de las pérdidas se ha visto incrementada por este acontecimiento.

FIGURA 4.



La respuesta de los demás actores limita los beneficios obtenidos de la decisión de cambiar la distribución de poder; de esta interacción, la cual incluso se ve reforzada por las capacidades de extracción de medios de poder de los jugadores del sistema internacional, resulta la imposibilidad de que el cambio en la distribución de poder derive en una situación de desequilibrio total a favor de una unidad sobre todas las demás, al menos con los medios políticos disponibles en ese

momento —es decir, de esto se deduce que el “imperio” sobre todo el sistema no es posible, en esa situación. Sin embargo, cabe resaltar que, a pesar de los límites que el mismo sistema impone a su acción, el poder potencialmente disruptivo obtiene beneficios de su intento de cambio de la distribución de poder. Por esta razón, para las unidades del sistema internacional, es completamente racional incrementar el poder sin importar el objetivo que con esto se persiga en el largo plazo.

Esta meta, que se busca lograr con el incremento del poder de las unidades en la distribución de poder, puede ser de dos tipos: el revisionismo o el acomodo. En el primer caso, el ascenso en revisionismo, una unidad se fortalece, teniendo como objetivo revertir las relaciones de poder entre éste y otro poder. Como dice Morgenthau,

No toda política exterior encaminada a incrementar el poder de una nación es necesariamente una manifestación de imperialismo [—revisionismo, es el sinónimo que se usa en el trabajo—]. [...] Se defin[e] imperialismo [(sinónimo de revisionismo)] como una política que busca acabar con el *status quo*, revertir las relaciones de poder entre dos o más naciones.⁵⁸

Este caso es el que ocupa principalmente al análisis que se hace en este trabajo.

En segundo lugar, el incremento de poder con fines de acomodo es cuando se busca alterar la participación en la distribución de poder que tiene una unidad, para, tras el ascenso en la jerarquía de poder, gozar de una situación de libertad de acción y de seguridad más favorable, sin que de esto sea parte la intención de revertir relaciones de esta unidad estatal con otras. Se trata de lo que se podría denominar un ascenso dentro del *status quo* internacional.

⁵⁸ *Politics among Nations...*, op. cit., p. 59.

Estas son las fuerzas, las dinámicas y la lógica del sistema político que se forma por la dependencia estratégica de sus unidades. En este contexto surgen, luchan y caen los poderes de lo que inocentemente se ha llamado “sociedad internacional”. En la guerra, no hay más norma que la de la dominación del poderoso. Los jugadores envueltos por este ambiente estratégico no entienden de los eufemismos procedentes del idealismo académico; analizan sus circunstancias y, en virtud de éstas actúan. La política es su realidad; el poder, su medio; la seguridad y la libertad, sus fines; la oportunidad y lo posible, su moral.

IV. SISTEMAS

Los acontecimientos y la distribución de poder que tienen lugar en un cierto sistema afectan los ambientes de otros sistemas. Entre las redes de interdependencia estratégica que tiene lugar en los distintos niveles de unidades políticas hay interrelación.⁵⁹ En esta lógica de interconexión entre sistemas, el patrón lógico de la conducta política que se presenta se encierra en la frase latina “*qui potest plus, potest minus*”.⁶⁰ El prevaeciente en un sistema lo será también en los sistemas que de éste se forman en orden descendente. No necesariamente sucede esto en caso contrario, ya que, cuando se asciende en el análisis hacia sistemas más generales, este tipo de

⁵⁹ Estudiar la política internacional con base en las “imágenes” limita las posibilidades de encontrar patrones en el comportamiento de unidades políticas, cualquiera que sea el “nivel” en el que se encuentren. e Esto se ha derivado de las interpretaciones que se han hecho de Kenneth Waltz, *Man, the State, and War*, *op. cit.* La primera imagen es el individuo y sus decisiones; la segunda, el Estado, sus instituciones y lo que pasa dentro del sistema político, entendido en términos de Easton; la tercera, el sistema internacional y sus dinámicas. Sin embargo, se olvida y se ignora la complejidad que hay en las relaciones políticas. Las decisiones políticas tienen lugar en este ambiente estratégico complejo; sus repercusiones y resultados afectan a todos los sistemas.

⁶⁰ Quien puede lo más, puede lo menos.

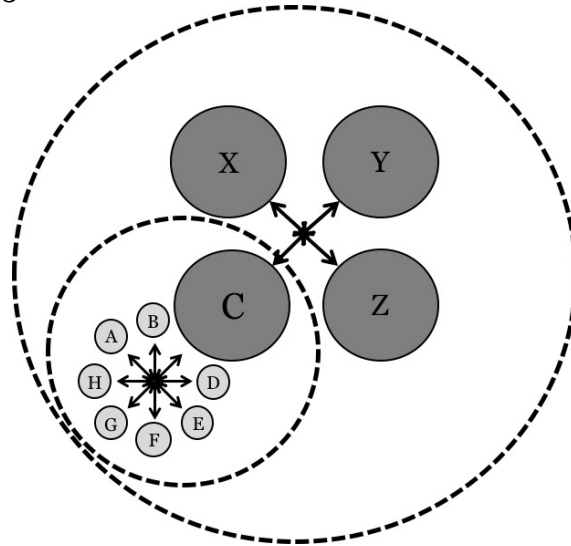
inferencia sería ilógica; en este caso, se tiene que analizar la posición que ocupa la unidad prevaleciente de un cierto sistema en uno más amplio.

De la interrelación entre los sistemas y la lógica que esta implica, es posible entender, por un lado, por qué el Estado —unidad dominante de su sistema político— opaca en importancia a las otras unidades del sistema político interno cuando se analiza su interacción en un sistema político más amplio, como el internacional, por ejemplo. Por otro lado, también resulta lógica la injerencia extranjera en guerras civiles, por ejemplo, para apoyar a unidades políticas que beneficien sus intereses, ya que, en primer lugar, en ese sistema menor no hay fuerza que detenga al poderoso de otro sistema y, en segundo lugar, de la definición de este conflicto interno surge una unidad del sistema internacional —por lo que es mejor que esté comprometida en su política internacional hacia el poder externo que la estableció como dominante.

De esta forma, toda unidad política se encuentra en una lucha eterna de varios frentes. Sin embargo, es importante aclarar que la relevancia de estos frentes (sistemas) para la unidad y *viceversa* depende del papel que en sistemas inferiores ésta desempeñe. Así, por ejemplo, para la unidad política estatal, que domina sobre su sistema político interno, la relevancia de un sistema más amplio que éste es mayor para la búsqueda de sus objetivos y la satisfacción de sus necesidades que la que ésta tiene para una unidad dominada dentro de su sistema político interno. De la misma forma, las acciones de una unidad que domina en su sistema interno son más relevantes en un sistema más amplio que aquellas de una unidad dominada. Por esta razón, en una situación de “orden” interno —es decir, de unipolaridad interna— el Estado es el actor relevante para las relaciones en sistemas más amplios —como el regional o el mundial; mientras que, en situaciones de equilibrio de poder interno y,

por lo tanto, “desorden” —como las guerras civiles—, varias unidades de este sistema son relevantes en sistemas más amplios (FIGURA 5.).

FIGURA 5.



De la interrelación sistémica se desprende la importancia que acontecimientos en un cierto sistema pueden tener en sistemas menores o viceversa. Por un lado, por ejemplo, un acontecimiento en el sistema internacional puede debilitar la posición de una unidad política estatal, arriesgando a una vuelta al equilibrio en este sistema menor y, por lo tanto, incrementando la inestabilidad en éste y poniendo en situación desfavorable al anterior poder dominante del sistema. Por otro lado, por ejemplo, el fortalecimiento frente a las unidades de un sistema interno tiene como consecuencia el fortalecimiento de ésta en el sistema internacional, lo cual, dependiendo de la situación puede implicar un cambio en este sistema más amplio. Así, se deduce que esta es la lógica de los sistemas políticos, los cuales no están aislados, sino interrelacionados; no son sencillos, sino complejos.

II. EL SURGIMIENTO

LEVANTARSE PARA CAMBIAR la relación de poder que sobre sí se yergue. Éste es el fenómeno que se estudia en este trabajo. Un ascenso impulsado no por gloria, sino por necesidad; no por deseo, sino incluso a pesar de éste. Cuando el surgimiento es por ansia de poder, acomodarse es posible para las partes en juego; cuando rige el imperio de las circunstancias, la disrupción no sólo es resultado lógico, sino necesario.

I. PRELUDIO

No todo país que se fortalece es revisionista; aunque todo país revisionista busca fortalecerse. Todo poder revisionista es una fuerza disruptiva. Al irrumpir en el *status quo* del sistema, altera las posiciones de poder. La única forma de revertir las relaciones de poder que lo constriñen es la disrupción.⁶¹ Los poderes que, ya en la cúspide de la jerarquía internacional de poder, se tornan revisionistas no tienen

⁶¹ Véase sobre la definición de REVISIONISMO la página 3 de este trabajo, en la INTRODUCCIÓN y las páginas 35 y 36, en el capítulo anterior, "LA LUCHA ETERNA".

lugar en este trabajo. Aquellos que ascienden en circunstancias diferentes a las del revisionismo —ya sea por fortuna, medios propios, etcétera— y que, por lo tanto, no comparten este comportamiento durante su ascenso tampoco se analizan aquí.⁶²

No todo poder menor puede lograr el ascenso en revisionismo. La disrupción de todo sistema es costosa. Ir contra la corriente implica que las fuerzas del *status quo* reaccionen contra lo que perciben como amenazante a sus intereses. Lógicamente, este esfuerzo requiere de la presencia de cierto potencial para convertirlo en medios, para derrocar la relación de poder; de otra forma, sería simplemente imposible —a pesar de toda voluntad— adquirir el poder necesario para el revisionismo.

Como se ha expuesto antes en este trabajo, factores de poder son los recursos naturales y humanos de los Estados, ya que estos proveen a la maquinaria económica, lo cual, a su vez, se ve reflejado en el potencial de la capacidad bélica de la unidad estatal. Entre más constreñido sea el punto de partida de un poder, lógicamente, menor será la probabilidad del éxito de su esfuerzo revisionista y mayor el desafío que éste implique. Una unidad que parte de una situación en la cual los recursos que puede utilizar son demasiado escasos o, incluso, algunos, inexistentes, se ve severamente limitada en su potencial para ascender. Esto explica por qué en ciertos casos en los que se presentan las condiciones sistémicas necesarias para el

⁶² Por ejemplo, Morgenthau habla de dos tipos de oportunidades que pueden resultar en ascenso de un Estado en el sistema político internacional: una “guerra victoriosa” y la presencia de debilidad. La primera es “[...] una guerra empezada por el victorioso, como guerra defensiva —para mantener el *status quo* anterior a la guerra—, se transforma con la proximidad de la victoria en una guerra [...] por un cambio permanente en el *status quo*”; la segunda, es “[...] la presencia de Estados débiles o de espacios políticamente vacíos, que son atractivos y asequibles para un Estado [más] fuerte”. Sobre el ascenso por “guerra victoriosa”, Morgenthau cita lo sucedido en las Guerras Púnicas; acerca del ascenso por “debilidad”, recurre a la historia de los imperios coloniales en América. *Politics Among Nations...*, *op. cit.*, pp. 67 a 69. Otro ejemplo de este tipo de casos de ascenso distinto al que sucede en revisionismo es el de Estados Unidos, potencia que, como argumenta Zakaria, *op. cit.*, “[...] tom[ó] conciencia de sus intereses políticos expansivos [...] (p. 18)” y ascendió, como gran poder, en el sistema internacional.

ascenso en revisionismo, no tiene lugar este comportamiento. El límite a su potencial de ascenso hace de esfuerzos como éste opciones irracionales.

Otro factor limitante del potencial de ascender en revisionismo es la geografía. Como se verá más adelante, las unidades ubicadas dentro de una “zona de amortiguamiento (*buffer zone*)”⁶³ entre grandes potencias, a pesar de la necesidad de cambio, tienen mayor dificultad para ascender y, por lo tanto, en cierto caso, incluso este tipo de comportamiento sería irracional y, entonces, lo lógico sería que no tuviera lugar. A esto se suma que en situaciones como esta, el número de unidades presentes en la zona de amortiguamiento es proporcional al incremento en la dificultad de ascenso, pues entre sí, las unidades actúan como fuerzas de equilibrio, evitando o, al menos, disuadiendo el ascenso de cualquiera de ellas.

Sin embargo, la política no es el reino de lo exacto, sino de lo probable y lo posible. “*Fortis fortuna adiuvat*”, dice la frase romana. La dificultad no implica imposibilidad total, sino improbabilidad. Sin embargo, hay campo para lo inusual; esto sólo sería la excepción que confirma la regla. La tendencia que se estudia en este trabajo, a pesar de la posible presencia de casos anormales, continúa.

II. LÓGICA GENERAL DEL ASCENSO EN REVISIONISMO

En el capítulo anterior, se expusieron las fuerzas y los intereses que guían el comportamiento de las unidades políticas; todas tienen dos intereses principales, de

⁶³ Sinónimos de este concepto, usados en español, son zona o Estado “colchón” o “tapón”; en este trabajo se usa “zona o Estado de amortiguamiento”, por considerarse más certero. Como dice M. Wight, “[u]n Estado *buffer* es una potencia menor que se encuentra entre dos o más potencias más fuertes [...]. Una zona *buffer* es una región ocupada por uno o más poderes menores, entre dos o más potencias más fuertes”, *Power Politics, op. cit.*, p. 160.

los cuales deriva un tercero —sobrevivir, gozar de cuanta libertad de acción sea posible y, por lo tanto, prevalecer sobre sus rivales. Todo Estado —toda unidad política del sistema interno que ha logrado la supremacía—, por lo tanto, busca, por un lado, mantener su primacía, por otro, expandir su control sobre unidades ajenas a su dominio y, mientras tanto, evitar que otros buscando lo mismo lo sometan a su imperio.⁶⁴

Cuando una unidad del sistema internacional amenaza o afecta directamente el control de otra unidad estatal sobre su sistema político (por el motivo que fuere), altera el desequilibrio de poder presente en ese sistema menor, del cual depende la existencia del Estado.⁶⁵ Al alterar la distribución de poder en ese sistema político interno, disminuyendo el poder del dominante —hasta el punto, incluso, de la paridad— y, por lo tanto, incrementando el de los rivales internos del Estado, la unidad externa reduce la probabilidad de dominio e, incluso, de sobrevivencia del Estado que se ha visto dominado por un poder externo, en su sistema político interno. Este suceso es lo que desencadena el ascenso en revisionismo. Cuando un estímulo disruptivo proveniente del sistema internacional⁶⁶ altera el orden —el desequilibrio— presente en el sistema político interno, las fuerzas de este último reaccionan en respuesta a la cascada de cambios que enfrentan en ambos niveles. En

⁶⁴ Véase: p. 56.

⁶⁵ Como se dijo en el capítulo anterior, en la lucha por el poder en el sistema político interno, se logra el “orden” y la presencia del Estado, cuando una de las unidades políticas logra hacerse con la primacía sobre las demás —es decir, cuando consigue establecer la unipolaridad en el sistema, bajo su mandato. Esta unidad dominante se llama el “Estado”; su presencia sólo es posible cuando hay una desigualdad total en la distribución de poder interna, pues, de lo contrario, el equilibrio en ésta implicaría guerra en el sistema interno. Véase: *supra*, CAPÍTULO I. LA LUCHA ETERNA, APARTADO II. EL SISTEMA POLÍTICO INTERNO.

⁶⁶ Este estímulo disruptivo no se limita a una única acción que alguna potencia ejerza sobre un sistema político ajeno; puede tratarse, por ejemplo, de una invasión, un tratado desigual, una derrota militar, el establecimiento de un régimen vasallo —derrocando al dominante interno anterior—, entre otros. Como fuere, lo importante no es el tipo de acción que ocurre, sino que ésta implique una disrupción del desequilibrio presente en el sistema político interno —que hace posible la dominación de la unidad estatal—, ocasionando una crisis que resulta de que se equilibran las fuerzas de los grupos políticos que contienen en esta lucha interna.

la política interna, se presentan nuevas oportunidades para las unidades rivales al Estado; en la externa, límites incrementados.

Este acontecimiento disruptivo desencadena dos fuerzas contrarias. Mientras la unidad dominante, lógicamente, busca mantener y reafirmar su control sobre el sistema interno, en virtud de la oportunidad que otorgan las circunstancias, los rivales del Estado —antes dominados— ven viable desafiar el orden que sobre ellos se había impuesto y buscan revertir la subordinación y establecer un nuevo desequilibrio en el cual prevalezcan. Así, el estímulo recibido desde el sistema internacional resulta en la crisis del mandato previo en el sistema político interno: la dominación externa ha desembocado en la revolución interna.

De esta situación pueden resultar dos escenarios distintos: el orden anterior prevalece y la unidad que lo ha impuesto continúa en posición de primacía en el sistema o los rivales del Estado logran derrocarlo y ascender a la cúspide del poder interno, tomando control del aparato estatal. Sin importar lo que suceda —permanencia, caída o cambio— la situación general de crisis no ha cambiado; el factor fundamental de disrupción del sistema político interno continúa, a pesar de los resultados que haya tras la crisis. La transformación de las condiciones internas no resulta necesariamente en el cambio externo. Al seguir presente el estímulo proveniente del sistema internacional, el desequilibrio en el sistema interno se encuentra en una posición de vulnerabilidad y precariedad; esto implica que, para cualquiera de las unidades que pueda llegar a ser dominante, el riesgo de enfrentar el mismo destino del primer derrocado es latente.

Por lo tanto, para evitar que el riesgo continúe y afianzarse en la dominación del sistema, la unidad política que logre prevalecer tiene que enfrentar urgentemente

el problema proveniente del exterior. Tras la revolución, el que resulte dominante debe detener la presencia disruptiva de la unidad externa; de otra forma, se verá inmerso en una guerra que, de tener fin, probablemente implique el propio.

Sin embargo, a la voluntad se enfrentan las circunstancias. El estímulo que busca detener la nueva unidad política dominante tiene una razón detrás de sí: la asimetría. La debilidad del dominante del sistema político que recibe el estímulo externo, respecto a otras unidades del sistema interestatal, hizo posible su subordinación, en primer lugar, y su crisis, en segundo. Para acabar con el estímulo disruptivo e igualador, se debe intentar revertir la situación de poder y la relación que ésta implica; la unidad sometida debe volverse, al menos, tan poderosa como la dominante, pues es la única forma de revisar la relación de poder que existe entre ambas. Ascender en revisionismo, alterando la distribución internacional de poder, irrumpiendo en las dinámicas del sistema internacional, para sobrevivir, para actuar, para afianzar, para dominar.

La unidad en ascenso trata de hacerse con más poder que el rival que la somete; por lo tanto, recurre a políticas de incremento de factores de poder en el sistema interno y, si es posible, en el externo. El ascendente tratará de expandir su capacidad de extracción de recursos internos —naturales, económicos, humanos, etc.—, mediante fortalecimiento interno; mientras, busca incrementar su poder para adquirir recursos y ganancias estratégicas de unidades externas al sistema interno, mediante la expansión de su dominio sobre menores a él y arreglos diplomáticos con pares o superiores. Sin embargo, el contexto favorable es necesario; si el poder dominante es inamovible en su control y éste es directo y absoluto, lógicamente, poco campo hay para el fortalecimiento y el revisionismo. Como se ve en los casos que se

presentan en la parte siguiente de este trabajo, la oportunidad es factor fundamental para el ascenso en revisionismo; ya fuere por el debilitamiento de la potencia dominante, por el desinterés de ésta en la dominación del sistema intervenido — cualquiera que sea el motivo para esto—, por la búsqueda de objetivos que suplantaron el interés de intervención directa en el sistema político dominado — entre otros—, la unidad que asciende en revisionismo puede incrementar su poder frente a esta potencia dominante. Dice Maquiavelo,

[y] cuando examinamos sus acciones y sus vidas [—hablando de héroes—], no parecen haber recibido de la fortuna otra cosa más que la oportunidad. Fortuna, como fuere, proveyó la materia, pero ellos le dieron su forma; sin la oportunidad, sus proezas se habrían extinguido y, sin proezas semejantes, la oportunidad habría venido en vano.⁶⁷

De tener éxito, el poder antes dominado surgirá en grandeza y logrará su cometido de acabar con la relación de poder que no sólo lo sometía, sino que también lo amenazaba en el aspecto fundamental de la existencia. Habrá surgido un nuevo gran poder y lo habrá hecho en revisionismo. Sus consecuencias se sentirán en todo el sistema; su nacimiento se conocerá en las esquinas del orbe. De haber fracasado, el dominante interno continuará desafiado por la intervención externa y amenazado por la rivalidad interna. Su futuro será incierto; tanto el primero, cuanto los segundos pueden acabar con el que alguna vez buscó jugar y triunfar en el juego de excepción que es la política. Para el victorioso, la gloria; el olvido, para el derrotado y la incertidumbre, para el arriesgado. Sin embargo, mientras todo parecía designado, nunca nada estuvo decidido. En la realidad, siempre fue el riesgo; la corona y la ruina, sólo tienen lugar en la historia.

⁶⁷ *The Prince*, op. cit., p. 50.

III. SUMISIÓN

Mantenerse en posición de superioridad y expandirse en dominio, ya que así la probabilidad de supervivencia aumenta, mientras se adquiere mayor libertad de acción, es lo que buscan las unidades estatales. ¿Por qué una unidad política decide someter a otra? Por esto. El proceso de ascensión en revisionismo inicia por la lógica misma del sistema político internacional, por el interés de sus unidades de incrementar su poder sistémico y, por lo tanto, por la búsqueda de éstos por hacerse con mayor control sobre otros jugadores, ya que, de esta forma, se incrementa el potencial de poder de una unidad o se obtienen beneficios estratégicos.

Cuando un poder externo impone su control sobre la unidad dominante de otro sistema político, la parte en la distribución sistémica de poder de ésta se ve disminuida y, por lo tanto, se incrementa el poder relativo de las unidades rivales del dominante local. Lo que explica esto es la misma política que la unidad externa sigue sobre este ambiente ajeno. Las políticas de imperio tienen en común la característica de buscar establecer el equilibrio interno. Todo poder imperial, una vez que interviene en un sistema dominado por una unidad estatal débil, busca equilibrar la distribución de poder local, pues, igualando en poder a las unidades políticas indígenas, promueve el conflicto entre éstas y evita la concentración del poder en una sola; incluso, cuando la política imperial es una de establecimiento de un régimen vasallo, se debilita a la unidad dominante local frente a sus rivales, haciéndola dependiente en su posición de primacía interna del poder externo.

Esto es claro en las estrategias imperiales que siguen los poderes intervencionistas. Por un lado, si se sigue una política de control directo —imperio

formal—, se derroca la unidad antes dominante. Se establece un nuevo desequilibrio al mando del poder externo, mientras que las unidades indígenas se ven sometidas a éste. En esta situación nueva, la distribución de poder entre las unidades locales es de equilibrio entre sí y de desequilibrio frente al poder dominante. La empresa de derrocar al dominante es, como en el caso de la dominación previa bajo el mando del Estado local, prácticamente imposible y, por lo tanto, irracional. Ni todas las unidades juntas pueden destronar al nuevo dominante. En pocas palabras, lo que sucede en una relación imperial formal es que la unidad externa reclama para sí el lugar del Estado. En adelante, el sistema político local se controlará como una colonia, como un protectorado o, en el extremo de los casos, se absorberá y se integrará al sistema interno del dominante mismo.

Por otro lado, el imperio informal es la otra forma de control sobre sistemas políticos ajenos. En esta situación, el poder externo no toma el lugar del Estado, sino que mantiene en esta posición a la unidad estatal local o coloca a uno de los rivales de ésta en su lugar. Sin embargo, su estrategia dominante es por un lado, mantener al poder sometido lo más débil posible, manteniendo un desequilibrio frágil, que de faltar el apoyo del poder externo, sería posible de desafiar por los rivales de la unidad estatal. La razón de esto es que, si la unidad estatal sometida logra incrementar su poder interno de forma importante y sin depender del poder imperial, podría resultar en el inicio de una política de rebelión contra el dominante externo, ya que aumentaría la probabilidad de éxito de la rebeldía, haciéndola una opción racional y una estrategia dominante.

Ya sea indirecta o directamente, la dominación de una unidad política sobre un sistema ajeno a ella implica una estrategia que busca mediante una especie de

*deus ex machina*⁶⁸ acabar con el desequilibrio entre las unidades indígenas, para sustituirlo con un equilibrio artificial, impuesto y debilitante para todas las unidades del sistema. Se trata de un *æquipara et impera*,⁶⁹ cuya lógica es exacerbar el ya presente *divide et impera*.

Para el poder dominante, sea cual fuere la situación, la estrategia dominante ante cualquier escenario es contener a las unidades políticas del sistema ajeno —es decir, mantenerlas en equilibrio entre sí, con las medidas que se consideren necesarias para esto—, pues lógicamente busca mantener su dominio. Por otro lado, para el dominado, estimando la probabilidad de su éxito, si ésta es poca, su estrategia dominante sería no intentar cambiar la relación. Entonces, en cualquier situación en este escenario de probabilidades de fracaso o de éxito inciertas, la estrategia dominante siempre es no intentar cambiar la situación de dominación presente. Cuando el poder imperial establece el equilibrio en el sistema político ajeno como parte de su política de dominación (*æquipara et impera*) —es decir, cuando debilita al antes dominante y lo pone al nivel de sus rivales internos, igualando la distribución interna de poder—, la probabilidad de éxito de rebelión se reduce y es mínima.

¿Qué pasaría en un escenario alternativo? Si el poder imperial no acaba con el desequilibrio entre las unidades políticas indígenas o si permite que, durante su dominio, una de éstas logre hacerse con una primacía independiente del apoyo imperial y regresar al *status quo ante*, la probabilidad de éxito de rebelión, lógicamente, se incrementaría. Entonces, si la probabilidad de éxito es alta, se deduce que la estrategia dominante se volvería desafiar el equilibrio impuesto en el

⁶⁸ Cuando algo completamente externo interviene en una situación y la altera sin importar la lógica y las tendencias que había en ésta.

⁶⁹ Que podría traducirse como “igualada y domina”.

sistema. Con la mínima probabilidad de éxito mayor a cincuenta por ciento, para el dominante es obvio que se intentará desafiar su control. Entonces, como es lógico, la unidad imperial intentará mantener el equilibrio en el sistema indígena, sin importar cuál sea la situación, o, de haber establecido un desequilibrio artificial, buscará que éste sea dependiente de su presencia, pues, de esta forma, también se reduce la probabilidad de éxito de una rebelión contra su dominio.

De lo anterior, es posible afirmar que la intervención extranjera en el sistema político que dirige otra unidad estatal, por un lado, buscará el equilibrio en éste y, por lo tanto, implicará forzosamente el debilitamiento de la unidad local antes dominante frente a sus rivales locales o, por otro lado, establecerá una relación de dependencia, de fortaleza artificial.

El nuevo equilibrio impuesto desde el exterior implica el cambio de las estrategias de los jugadores que se encuentran en el interior del sistema. Si el equilibrio se establece en un sistema con únicamente dos unidades o con dos unidades prevalecientes sobre las otras (una situación de bipolaridad), ambas buscarán derrocarlo y, por lo tanto, al ambas actuar de la misma forma y en igualdad de condiciones, el choque de estas implicará que no haya cambio en el *status quo*; es decir, la consecuencia lógica de la interacción entre dos unidades políticas en equilibrio es el mantenimiento del mismo.

En cambio, cuando el número de jugadores se aumenta a tres o más, manteniendo las condiciones del juego iguales, los resultados cambian. En este caso, el equilibrio no es más un resultado seguro, sino un escenario posible. Lo más probable es que surja una unidad dominante; mientras que la probabilidad de que el equilibrio se mantenga es precaria. Desde el punto de vista de cualquiera de las

unidades, la probabilidad de dominar no es alta, pues, si cada uno tuviera la misma fuerza —es decir, en una situación de equilibrio—, la probabilidad de alcanzar la primacía en el sistema sería de $1/3$ o de $1/x$. Sin embargo, al mismo tiempo, la probabilidad de que se vea sometida bajo la primacía de una unidad rival es mayor aún que la de dominar, pues es la suma de las probabilidades de dominación de las otras unidades (en un escenario de tres jugadores, $2/3$ o $x-1/x$ de forma general), llevando esto a que la búsqueda de todas las unidades por ser dominantes sea racional. Esta relación se mantiene a partir de $2+x$ número de jugadores.

Así, se afirma que, siempre que haya más de dos unidades políticas en juego, la probabilidad de que entre éstas se alcance un equilibrio es menor frente a aquella de que exista predominio de alguna. Entre mayor sea el número de jugadores en equilibrio de poder, más probable será que surja una unidad dominante y, obviamente, la probabilidad de que el equilibrio se mantenga se verá reducida proporcionalmente.⁷⁰

Lógicamente, identificar el número exacto de unidades políticas en el equilibrio inicial puede resultar complicado; sin embargo, esto no es necesario para saber que, siendo esta cifra mayor a dos, la probabilidad de desequilibrio será siempre mayor a la de mantener el *status quo*. Por lo tanto, a pesar de la posible falta de exactitud, el análisis, las identidades y la lógica que se han encontrado son válidas y útiles en el análisis.

⁷⁰ Esto concuerda con el análisis que hace Mearsheimer, *The Tragedy of Great Power Politics*, *op. cit.*, sobre el sistema internacional, diciendo que los sistemas bipolares tienden a ser más estables que los multipolares. Sin embargo, en su trabajo no está presente este tipo de análisis estratégico y las razones que sustentan su argumento pueden ser, en cierto grado, distintas —aunque no completamente.

Así, teniendo en cuenta el comportamiento y las probabilidades de los sistemas en equilibrio, la afirmación hecha antes sobre la necesidad de los poderes imperiales de mantener su dominio mediante presencia directa en el sistema político intervenido se refuerza. En sistemas políticos indígenas bipolares, el poder intervencionista podría optar por un imperio “informal”, ya que las fuerzas en éste mantendrían el equilibrio y, por lo tanto, no se verían amenazados los intereses del dominante externo. En cambio, cuando hay más de tres unidades políticas en el equilibrio establecido por el poder imperial, es racional para el dominante establecer un sistema de control directo sobre el sistema, ya que, al tender éste al desequilibrio, las formas más seguras de mantener el dominio imperial es establecer el equilibrio o un régimen dependiente —es decir, interviniendo directamente en el sistema político local, en la lucha interna por el poder.

Este es el proceso de sumisión que ejerce una unidad política externa sobre los jugadores de otro sistema político. El desequilibrio dependiente del poder imperial no tiende a la crisis. En cambio, en equilibrio, el orden antes presente se transforma en la guerra abierta entre las unidades del sistema. Éste es el primer paso hacia el ascenso en revisionismo, la fuerza inicial que impulsa el cambio interno que resulta en la transformación externa.

IV. CRISIS

Æquipara et impera y resulta la crisis política interna. Como se estableció en el capítulo primero, con el dominio resultante del desequilibrio, la unidad política que lo encabeza establece un orden que, al mismo tiempo que la legitima en su posición frente a la población, nutre su prevalencia, haciendo que, con el tiempo, el orden impuesto sea cada vez más firme y “normal” y que la posición del dominante se afiance.

Sin embargo, el estímulo disruptivo procedente del sistema externo altera el desequilibrio sistémico interno y, por lo tanto, desestabiliza el orden presente. La caída del dominante al nivel de sus rivales implica el riesgo de que sus reglas en la sociedad y el sistema no lo sean más. *Auctoritas non veritas facit legem*. Cuando la autoridad no tiene más la capacidad de mantener su verdad impuesta, poco a poco, a base de continuo desafío, se diluye el velo de verdad que a ésta cubría, dejando al descubierto el monstruo que se escondía detrás de la máscara: no un espíritu celestial, cuyos designios eran fruto del derecho que la naturaleza brinda a los hombres, sino el mismo Leviatán, el cual obtiene su derecho de la fuerza.

En la crisis política total que lleva al resquebrajamiento del orden del sistema, los rivales se fortalecen a costa del Estado que perece. Las dos fuerzas titánicas se enfrentan por el dominio de los hombres: Leviatán y Behemot —como los llamó Hobbes—⁷¹, orden y cambio, ambos guerra. Revolución, golpe de Estado, guerra civil... todos, nombres del acontecimiento disruptivo de aquellos que desafían al

⁷¹ Véase: C. Schmitt, *El Leviathan en la teoría del Estado de Thomas Hobbes*, ed. José Luis Monereo, trad. Francisco Javier Conde, Granada, Comares, 2004.

dominante del sistema político interno. Mientras la unidad política estatal actúa en interés del mantenimiento del *status quo*, los polos de poder interno que surgieron con la aparición del equilibrio buscan acabar con éste y la relación de poder que lo hace posible.

Una vez en equilibrio, la crisis se torna en guerra, pues no hay forma de acabar con el monstruo más que siendo monstruoso. Del enfrentamiento bélico interno, la probabilidad de que el equilibrio generador de la crisis se mantenga se torna menor, en comparación con las posibilidades que respaldan el establecimiento de un nuevo desequilibrio. Éste es el desenlace lógico de la guerra interna; sin embargo, en el contexto que origina la crisis, la lógica del sistema se puede ver obstruida por aquella de un sistema superior. ¿El poder externo disruptivo del sistema interno permitiría un nuevo desequilibrio?

Tres escenarios serían posibles: en primer lugar, el poder externo percibe al nuevo predominante del sistema local como no amenazante a su control; en segundo lugar, la unidad imperial controla o impone su control sobre el polo de desequilibrio (es decir, la unidad dominante interna) o, en tercer lugar, el resultado de la lucha interna por el poder no interesa a la potencia externa, pues no ve afectados sus intereses en el sistema intervenido.

Poco factible es que el poder dominante considere al nuevo polo único de poder del sistema local como no amenazante, pues, las unidades políticas siempre están en una realidad de lucha por poder y, por lo tanto, en virtud de su racionalidad, se ven imposibilitadas para confiar en los otros jugadores. El único poder que no amenaza es el propio; siendo éste ajeno, no es digno de confianza, aunque su peligrosidad para el disruptivo se reduce con la preponderancia del mismo. Por lo

tanto, en el primer caso, no es que el poder local en control del sistema sea “afín” o no implique su predominio un riesgo para su patrón externo, sino que, al verse minúsculo frente al mayor, no representa una amenaza potencial para el disruptivo.

El segundo escenario posible es uno de política imperial “formal” —establecer un gobierno propio o anexas el sistema. Sin embargo, esta medida dependerá de la importancia que el poder externo otorgue a los beneficios que obtiene del control sobre el sistema que interviene; al ser el control directo una carga económica importante, la racionalidad de la unidad imperial se verá moldeada por factores como las posibles complicaciones del control en el sistema local, la estrategia sistémica general que se sigue o el balance de utilidad de la intervención directa.

En tercer lugar, al no interesarse más en los beneficios obtenidos de la intervención en el sistema (cualesquiera que éstos fueran), la unidad imperial podría abandonar su empresa, dejando que la lucha interna se desarrolle sin intervención externa, tendiendo ésta al desequilibrio. Este escenario es poco probable, pues, lógicamente, por alguna razón tuvo lugar el estímulo disruptivo inicial; sin embargo, cabe recordar que la unidad invasora no actúa en el vacío —sola con el sistema intervenido—, sino que esta acción se toma y se considera con base en el contexto de la lucha por el poder en el sistema internacional.

De estos tres escenarios distintos, resulta un cuarto escenario: que, en virtud del caos resultante de la guerra civil, el poder externo considere como opción aceptar un nuevo desequilibrio de poder. La lógica detrás de esta decisión sería que, en el contexto del conflicto interno, intervenir bélicamente, probablemente, acabaría con la anarquía y reestablecería el orden, mientras que sus intereses en el sistema no se verían afectados; sin embargo, esta opción implicaría enfrentarse a todas las fuerzas

en conflicto y, por lo tanto, resultaría en una medida costosa. Escenario alternativo sería apoyar a una de las unidades a establecer un nuevo predominio sobre el sistema, subordinado al poder imperial; de esta forma, los costos disminuirían y se regresaría a una estabilidad favorable para sus intereses.

Ante el posible apoyo externo para un nuevo desequilibrio, los poderes locales en competencia tendrían como estrategia dominante hacerse notar frente al dominante externo, para hacerse con su apoyo frente a sus rivales. La unidad imperial, lógicamente, apoyaría a la unidad con mayores posibilidades de prevalecer en la lucha —para servir a los intereses del dominante—: la que se perciba como más amenazante, infiriendo que, por esta razón, es más poderosa que las otras.

A la estrategia de parecer amenazante, para obtener beneficios políticos, se denomina en este trabajo “política de caos”. El objetivo es presentarse no sólo como una unidad potencialmente dominante, sino, también, como un riesgo incluso para los intereses de la unidad externa, en caso de que el conflicto continúe. De la interacción estratégica entre las unidades del sistema en equilibrio, resulta lógico que las unidades locales elijan todas seguir políticas caóticas, mientras que el poder externo tiene como estrategia dominante, en este escenario, buscar que se establezca en el sistema un desequilibrio que, si bien no sería completamente de su agrado, al menos lo podría favorecer para mantener los beneficios que obtiene de la intervención en el sistema.

Como han analizado Wood y Kathman, en las guerras civiles, los grupos que se comportan de forma más violenta tienen mayores posibilidades de hacerse presentes en mesas de negociación y de participar en la construcción del orden posterior al conflicto, ya que, al parecer amenazantes, se les considera como parte

fundamental para el restablecimiento del orden. El análisis que hacen sobre la violencia en conflictos internos se centra en uno de los aspectos posibles del caos resultante: la victimización de civiles.

Los ataques a civiles son instrumentales en generar recursos, moldear el comportamiento civil, acabar con opositores o civiles sospechosos de deslealtad y dismantelar o disminuir las estructuras de gobierno del régimen. Así, la victimización ayuda a promover los objetivos de los insurgentes, orientados a derrocar el régimen. Aún más, [...] argumentamos que esto incrementa la habilidad de los insurgentes de lograr objetivos políticos. [...] [L]a búsqueda de estas metas, al mismo tiempo, impone costos al régimen y demuestra la determinación de los insurgentes.⁷²

El estudio de Wood y Kathman, aunque sólo se concentra en la violencia contra los civiles, coincide con el escenario modelado sobre la retribución política de las medidas caóticas en los conflictos violentos del sistema interno.

Entonces, durante la guerra interna —la crisis derivada de la intervención externa—, se mezclan dos juegos: por un lado, el de las probabilidades de rebelión y de éxito en la búsqueda de la primacía sistémica; por otro, el del caos, para buscar parecer más amenazante frente a rivales internos, pero, sobre todo, para presentarse ante el intruso como una opción —al mismo tiempo, viable y casi inevitable— ante el riesgo de ver afectados sus intereses y la posibilidad del fin del equilibrio sistémico que había establecido.

En este escenario, la tendencia y lo más probable es que surja un poder dominante en el sistema —ya sea que la unidad estatal recupere su posición de preeminencia o que uno de sus rivales logre derrocarla e imponerse frente a los demás jugadores— y que, en virtud del caos presente, la unidad invasora acepte la

⁷² “Too Much of a Bad Thing? Civilian Victimization and Bargaining in Civil War”, *British Journal of Political Science*, 2014, Vol.44(3), p. 690.

nueva situación, en contra de su política inicial de equilibrio en el sistema. Por lo tanto, con este acontecimiento, el sistema avanza un paso más hacia la independencia frente al poder invasor.

Una vez terminada la guerra interna, ya establecido el desequilibrio sistémico —como sea que esto hubiere pasado—, la unidad dominante que ha resultado del conflicto enfrenta un escenario familiar: a pesar de tener preeminencia en el sistema, sigue enfrentando la presencia del poder intrusivo y, por lo tanto, el estímulo disruptivo del orden, causante del inicio del proceso que la ha llevado a su dominio, continúa presente en el sistema, implicando un riesgo continuo para mantener el control de la nueva unidad estatal sobre sus rivales.

Para mantenerse en la cima de la jerarquía de poder interna, la unidad política victoriosa en la guerra interna —como fuere que hubiera logrado la dominación del sistema político interno— debe enfrentar el estímulo externo, ya que, de otra forma, su dominio se verá siempre amenazado por la intrusión del poder imperial, tendiente al equilibrio. Sin embargo, para hacer frente al poderoso, se tiene que estar, al menos, en equilibrio con éste; la supervivencia interna depende del fortalecimiento frente al poder externo y esto, a su vez, de la consolidación del poder en el sistema interno. Éste es el siguiente paso del ascenso en revisionismo.

V. PODER

Una vez acabada la crisis y el dominante establecido, la unidad victoriosa sigue una política de incremento de poder. Su preeminencia en el sistema interno depende no sólo de su fuerza frente a los rivales en éste, sino también de la independencia que

logre conseguir frente a las unidades externas y, en este caso, también frente al poder imperial que, mediante su intervención, desató la crisis que inició el proceso. Entonces, el dominante interno —buscando, primero, sobrevivir y, luego, mantener la distribución de poder desequilibrada en el sistema— tiene como estrategia dominante buscar incrementar su poder, para, con esto, acabar con el estímulo disruptivo externo. Como fuere, cabe destacar que lógicamente, como se ha dicho antes, para lograr fortalecerse, las condiciones propicias son necesarias.⁷³

Medios de poder son, como se ha dicho antes (FIGURA 3.): los recursos naturales disponibles, los recursos humanos (población económica y militar) a disposición del Estado, la economía controlada por la unidad estatal, la tecnología (la población científica, el conocimiento, la educación, entre otros), la base ideológica de la sociedad (medio de cohesión) y, principalmente, la capacidad bélica de la unidad política. Las formas de incrementar los factores de poder de las unidades políticas estatales son el incremento del control interno, la explotación de unidades y sistemas externos y la negociación ventajosa con sus pares. Voy a referirme ahora al Estado que se fortalece, al imperio que se expande y a la diplomacia.

El Estado

“La mejor política externa es una buena política interna”, dice Meyer, para el caso de México.⁷⁴ Cohesión, disposición y preparación internas son factores fundamentales para la fortaleza de toda unidad estatal; sin éstos, el Estado se encontraría indefenso

⁷³ Importa recordar las condiciones necesarias para el ascenso en revisionismo; véase en este capítulo la sección “I. PRELUDIO”, las páginas 52 y 53 y la sección anterior “IV. CRISIS” (en especial las páginas 61 a 63).

⁷⁴ “Hartazgo, adentro y afuera”, *Reforma*, opinión, agosto 18 de 2016, <http://www.reforma.com/aplicaciones/editoriales/editorial.aspx?id=95194>, consultado el 29 de agosto de 2016.

frente a las fuerzas externas a él y poco servirían sus recursos naturales o su capacidad de transformación. Dice Morgenthau,

De los tres factores humanos de naturaleza cualitativa que influyen en el poder nacional, el carácter y la moral nacionales destacan por [...] su permanencia y generalmente su influencia decisiva respecto a la preponderancia que una nación puede tener en los parámetros de la política internacional.⁷⁵

El Estado incrementa la cohesión interna, su legitimidad y, por lo tanto, la aceptación de sus políticas y el apoyo que éstas reciben, mediante la intervención en las estructuras sociales, infundiendo miedo y el sentimiento de un ideal común de gloria —diría Tucídides, “la naturaleza humana está motivada por el miedo (*phobos*), el interés egoísta (*kerdos*) y el honor (*doxa*)”.⁷⁶ El orden social que impone tras el establecimiento de su primacía en la lucha interna por el poder es su instrumento de construcción de poder social.

El primer medio interno de incremento del poder interno sobre la sociedad es la disuasión o (si así se le quiere llamar) la fuerza y su imagen —lo que Lukes llamaría la “primera cara del poder”.⁷⁷ Mediante el miedo, se incrementa la obediencia de la población frente a los mandatos de la unidad estatal. La violencia funge como instrumento principal de control; sin embargo, no sólo la coerción resulta en obediencia y cohesión; lo que emana de ésta —la imagen de poder leviatánico del Estado—, en forma de propaganda, de historias y de reputación, sirve como sistema de difusión de las acciones violentas en las mentes de la población e inculca en éstas

⁷⁵ *Politics among Nations*, op. cit., p. 99. Para Morgenthau, por un lado, el carácter nacional es una especie de ánimo cultural presente en las sociedades, que fortalece o debilita a los Estados; por otro, la moral nacional es “[...] el grado de determinación con el cual una nación apoya las políticas exteriores de su gobierno, en paz o en guerra. Permea todas las actividades de una nación, su producción agrícola e industrial, así como sus instituciones militares y su servicio diplomático” (*Loc. cit.*, p. 100).

⁷⁶ Cit. por Robert D. Kaplan, *The Revenge of Geography: What the Map Tells Us about Coming Conflicts and the Battle against Fate*, Nueva York, Random House, 2012, p. 24.

⁷⁷ El comportamiento de forzar las decisiones de otro, en un contexto de conflicto de intereses abierto y notorio; *Power: A Radical View*, 2ª ed., Nueva York, Palgrave-Macmillan, 2005, pp. 16 a 19.

las consecuencias de la desobediencia. El control notorio sobre los rivales se transforma en el yugo de los neutrales. Ante el monstruo y su mito, ¿quién osará levantarse?

El segundo medio interno para incrementar el poder de la unidad estatal frente a dominados y externos es el adoctrinamiento poblacional —lo que Lukes llamaría la “tercera cara del poder”.⁷⁸ A base de símbolos e ideas compartidos inculcados mediante el control y la difusión de información, la unidad estatal impregna a la población que tiene bajo su control de sentimientos e intereses afines a sus objetivos; entonces, la resistencia frente al dominante externo se tiñe de un aura de legitimidad, de gloria futura, de destino. Ante la inevitabilidad y la obligación del cumplimiento del objetivo del Leviatán, ¿quién se atreve a enfrentarse a la tendencia marcada por la historia, por la divinidad o por la criatura monstruosa?

El tercer medio para aumentar el poder sobre la sociedad es su misma estructura. La estructura social reproduce el orden establecido por el Estado; sus divisiones le son instrumentales; sus normas fungen como reproductores del derecho impuesto por el dominante. Las estructuras de la sociedad refuerzan los dos medios anteriores de imposición y adoctrinamiento, al difundir cierta información normativa en la esfera social, legitimando el *status quo* e incrementando su normalidad, para con esto disminuir las fricciones de la sociedad con la unidad estatal.

Incrementada la cohesión, la obediencia y la lealtad de la población, el Estado puede explotar su capacidad interna para enfrentar la amenaza externa. En virtud

⁷⁸ “A puede ejercer poder sobre B, forzándolo a hacer lo que no desea, pero también ejerce poder sobre él influyendo, moldeando o determinando sus mismos deseos”; *ibid.*, p. 27.

de su fuerza, tiene a su alcance recursos humanos, para incrementar su poder frente a las unidades del sistema internacional. Importante es recordar que las guerras se libran con población —económica y militar; productores y soldados— y que, así como es relevante la magnitud de ésta en la distribución de poder en el sistema, su disponibilidad para los intereses estatales es fundamental, pues ¿de qué sirven miles o millones si están amotinados?

Para enfrentar a la potencia externa es fundamental también, al menos, alcanzar igualdad tecnológica frente a ésta. Pues ya se tendrá una población tremenda, pero la ventaja de los rifles sobre el arco es notoria. Así, de encontrarse en posición desventajosa, el Estado ascendente busca alcanzar a la unidad disruptiva en el ámbito tecnológico. Mediante el uso de su poder sobre la sociedad, la unidad estatal promueve el avance tecnológico, para deshacerse del estímulo disruptivo en su sistema.

Una vez en control de su sociedad, la unidad estatal se apodera de los recursos naturales de su territorio. Donde el poder estatal es mínimo, el control sobre los materiales existentes es también menor. ¿Por qué darlos al Estado, cuando se puede comerciar con ellos, dentro de la sociedad o entre pueblos? El objetivo del Estado es su fortalecimiento frente a la unidad externa disruptiva; el de su población, sobrevivir y, mientras tanto, vivir. Las materias primas existentes en su dominio sirven tanto para la guerra, cuanto para la estructura económica que a ésta sostiene; por lo tanto, entre mayor sea su control sobre éstas y menor sea su dependencia de la sociedad y de unidades externas, mayor será el margen de maniobra que tiene para preparaciones de política externa y, así, mayor capacidad tendrá para enfrentar al enemigo disruptivo de su sistema.

Entonces, bajo control la sociedad, los recursos y las capacidades productivas, la unidad estatal incrementa su poder económico, fundamental para su supervivencia en ambos sistemas, ya que de éste dependen, de forma fundamental, las capacidades de violencia del Estado —el control de los rivales internos y el futuro frente a la unidad externa disruptiva. Así, la unidad dominante, para afianzar el control sobre su sistema y expulsar de éste el estímulo disruptivo, incrementa su influencia sobre las actividades económicas, para, con esto, asegurar su capacidad militar y las posibilidades de supervivencia material, frente a una posible reacción del rival externo.

De esta forma, a base de control e intrusión, el Estado logra incrementar con medio internos su capacidad bélica frente al poder disruptivo en el sistema internacional. Para ascender y alcanzar la simetría en la distribución de poder con el enemigo externo, la unidad estatal permea las estructuras sociales y económicas, para, al mismo tiempo, lograr mayor autonomía y forjar instrumentos de violencia y, así, afianzar su posición de primacía interna y su supervivencia frente al sistema externo. Una vez fortalecido, cuando al Estado intervenido no bastan sus propios medios internos para alcanzar el equilibrio con la unidad disruptiva, busca expandir su dominio sobre unidades externas menores en la jerarquía de poder; se hace con un imperio.

El imperio

La dominación sobre unidades externas tiene dos objetivos principales: por un lado, eliminar posibles fuentes de amenaza para la supervivencia propia; por otro, hacerse con medios de poder adicionales —presentes en sistemas externos. Así, cuando una

unidad en ascenso revisionista no posee el potencial para equilibrarse con el poder disruptivo, pero, en su ascenso responsivo, ha logrado hacerse con una mayor parte en la distribución de poder frente a otras unidades, ésta ve en la debilidad de los demás una necesidad y una posibilidad de expansión. El imperio es para ésta un medio para la simetría con la unidad que irrumpe en su orden, en el sistema que domina.

En primer lugar, al dominar unidades externas, la unidad estatal en ascenso adquiere recursos humanos mayores; las poblaciones ajenas, al no ser súbditos directos, tienen menos garantías frente a su poder, incrementando la capacidad de movilizar recursos de la unidad ahora imperial. Como sujetos de producción o instrumentos bélicos, las poblaciones de las unidades dominadas se encuentran a merced y disposición del poder ascendente.

En segundo lugar, lógicamente, el control sobre otras unidades implica el mando sobre la distribución, posesión y explotación de los recursos naturales existentes en el territorio. Además, esto implica la posibilidad de acceso a materias inexistentes en el dominio original y, por lo tanto, a posibilidades mayores de producción para el desarrollo económico y la guerra.

De esta forma, en virtud de la inyección repentina de factores de producción que implica hacerse con el control de poblaciones y recursos externos, lógicamente la economía de la unidad en ascenso se fortalece y adquiere nuevo ímpetu. Así, cuando, por limitaciones propias, no se pueden incrementar las capacidades productivas ni la riqueza a disposición de la unidad en ascenso, ésta recurre al imperio —en este caso, como recurso de equilibrio frente a la intrusión en su sistema.

En tercer lugar, la expansión imperial tiene como consecuencia (deseada o inesperada) el incremento del poder de la unidad ascendente sobre su sociedad. Por un lado, la dominación sobre sistemas externos se traduce en miedo sobre la población propia. Al ver el yugo caído sobre otros, los enemigos internos de la unidad estatal en ascenso se ven disuadidos por la fuerza del dominante; las amenazas internas se desalientan y la población interna general experimenta en la conquista de los otros la monstruosidad del poderío del Leviatán que la domina. Por otro lado, el imperio también resulta en la exaltación del orgullo de la sociedad del poder que asciende; las ideas y los símbolos inculcados y propagados sobre ésta se tornan veraces al rugido de los ejércitos gloriosos. ¿Quién osa desafiar la profecía cumplida? Al mismo tiempo, las consecuencias económicas de la dominación externa se perciben en el núcleo del imperio; la derrota de los externos resulta en la mejoría de las condiciones de la población y el desarrollo económico de la metrópoli. Así, la gloria y la riqueza resultan en la legitimación no sólo de las aventuras imperiales de la unidad estatal, sino también en la legitimidad del dominio sobre el sistema político interno y su población. Ante las mieles del imperio, la población interna se rinde ante la majestuosidad del poder leviatánico.

La necesidad —o, tal vez, la avaricia— llevaron a la unidad en ascenso a subyugar a sus inferiores, para, así, alcanzar el equilibrio con la unidad que irrumpe en su sistema. El yugo se torna herramienta de balance; mediante la opresión, se asciende.

La diplomacia

Cuando el incremento interno de poder no basta o no se tienen los recursos necesarios para la política equilibradora con el poder disruptivo, la unidad que asciende en revisionismo recurre a la cooperación (o, al menos, al intercambio). Cuando no se tiene la fuerza necesaria o el uso de ésta no se ve como opción racional para conseguir lo que se busca, la unidad ascendente recurre a la diplomacia. Este medio de fortalecimiento es, al mismo tiempo, incierto y limitante; la dependencia que se adquiere frente a los aliados y mercaderes constriñe potencialmente las acciones futuras del Estado ascendente. Sin embargo, en ocasiones, no hay más alternativa que negociar para liberarse.

En primer lugar, la unidad en ascenso revisionista puede recurrir a la negociación diplomática para conseguir el equilibrio tecnológico —bélico o económico— frente a su rival irruptor. Así, al mismo tiempo que se fortalece interna y externamente, se presenta con otras unidades en su nuevo carácter de poder creciente y, en virtud de intereses estratégicos comunes, la posibilidad de acordar la cooperación en el conocimiento con otros poderes se presenta.

En segundo lugar, cuando el potencial interno no basta o ciertos bienes no existen en el territorio sobre el cual domina, la unidad en ascenso revisionista busca hacerse con recursos materiales mediante el intercambio con otras unidades. El ascenso en revisionismo no implica necesariamente la suspensión de actividades productivas ni comerciales; los Estados revisionistas que ascienden establecen redes de abastecimiento, pues el esfuerzo ascendente es labor que, en virtud de su carácter estridente, requiere de cuantos medios se alcancen, para lograr su éxito.

En tercer lugar, el Estado que asciende en revisionismo puede aprovechar las relaciones diplomáticas que ha establecido para presentarse como fuerza no amenazante (a pesar de su ascenso) frente a otras unidades o para establecer bloques de intereses estratégicos o comerciales comunes. Sin embargo el monstruo, aún con sedas, no cambia de carácter; no altera su ímpetu.

Por un lado, haciéndose pasar por una potencia cuyo fortalecimiento no implicaría una amenaza a otras unidades, el Estado en ascenso revisionista busca evitar la formación de coaliciones en su contra, que busquen detener su ascenso. Mediante el establecimiento de relaciones cordiales, el ascendente consigue libertad de maniobra en el sistema político interestatal, para continuar con su empresa y acabar con la interferencia del poder disruptivo en su sistema. Por otro lado, la unidad ascendente tiene como estrategia posible formar coaliciones con unidades afines a sus objetivos; se trata de una especie de alianza revisionista, formada por Estados que buscan alterar la distribución de poder a su favor.

Así, la “cooperación”, que tan alegremente se clama en el mundo moderno, toma su carácter obvio —aunque, en este tiempo, a veces oculto— de instrumento de poder; la “unión” y el “comercio”, ideales del liberalismo son también herramientas en la guerra que es la política —sirven tanto para mantener el *status quo*, cuanto para modificarlo.

Entonces, ante la necesidad y la racionalidad, el Estado se fortalece frente al enemigo que irrumpe en su dominio, que amenaza su supervivencia misma y la primacía que ha logrado sobre sus rivales internos. Expandiendo su control sobre su sistema, sometiendo y dominando sobre externos o negociando en la red de interdependencia

estratégica que es el sistema internacional, el revisionista logra su ascenso. Para acabar con ente tan grotesco y violento, no basta un David, sino otro Goliat.

VI. REVISIONISMO

Del desequilibrio, surgen la posibilidad, la dominación, el yugo, el orden y la guerra. Equilibrar es liberar; es revolucionar, revisar; es irrumpir, alterar. La dualidad política del orden y el caos no es más que la futilidad del primero y la posibilidad permanente del segundo. *Dynamis* es el núcleo de la lucha por el poder, la cual, si en su carácter pudiera ser definitiva, no sería más contienda, sino estado de letargo. La política es *bellum*; la guerra, *motus* y el movimiento, eterno. De la sumisión, en ocasiones, resulta el ascenso, la rebelión.

Una vez alcanzado el equilibrio de poder con la unidad disruptiva del sistema político interno, la unidad estatal busca acabar con la presencia de la potencia externa, para así, conseguir finalmente el control indisputado sobre su sistema. La posibilidad próxima de la resurrección de la guerra interna queda erradicada, casi por completo, de no ser por las semillas siempre presentes de la lucha que, aunque se pacifique, no termina. El Leviatán se libera de sus antiguos grilletes y expande su poder sin límite sobre su dominio. Así, la unidad dominante del sistema interno logra cumplir con su objetivo primero de mantenerse en posición de primacía en la contienda interna; su supervivencia frente a los enemigos a su dominio se afianza, su orden se consolida y su influencia se consuma.

Para haber alcanzado primacía interna, antes la simetría con la potencia disruptiva del sistema interno fue necesaria. Mediante las políticas de fortalecimiento, la unidad política estatal incrementó su control sobre las unidades ya sometidas —o se expandió sobre otras ajenas a su dominio—, se hizo de los medios necesarios para construir su poder bélico y surgió como una potencia política —y por lo tanto, militar y económica. Sin embargo, el equilibrio, aunque requisito indispensable, no basta. El poder se acompaña de acción; uno sin el otro no es nada.

Una vez establecido el equilibrio con la potencia que irrumpe en el sistema político interno y cimentado el desequilibrio en éste, la unidad estatal tiene frente a sí la oportunidad única de acabar con el yugo crítico que sobre ella y todo su sistema se posa. El fin de la dominación de la unidad hegemónica se presenta; la liberación frente al irruptor externo implica el inicio en grandeza de la unidad que ha ascendido. Para esto, es necesario que reclame el poder soberano que se le había arrebatado; indispensable, que consume su libertad y su dominio; fundamental, que revierta la dominación que sobre sí se había impuesto.

Ascender para revisar, para derrocar la relación de poder que sobre el sistema y su unidad dominante se había impuesto; el nuevo gran poder del sistema internacional surge de la necesidad, de la sumisión, del imperio de la supervivencia, del ímpetu de dominación; su origen, su tránsito y su culminación no son más que la política —la lucha por el poder— y las consecuencias de la guerra que no termina.

En equilibrio —o incluso en una situación nueva de desequilibrio— la unidad estatal tiene al menos tres posibilidades para actuar y revertir la relación de subordinación que la unidad irruptora había impuesto: el acomodo diplomático, la expulsión y la expansión. Las tres implican la revisión, la liberación; las tres son

posibles por la ascensión, el fortalecimiento. Sin embargo, las opciones son distintas en consecuencias, en posibilidades; lógicamente, la decisión depende de la racionalidad y ésta del ambiente estratégico de la lucha por el poder.

En primer lugar, el acomodo diplomático implica el fin del estímulo disruptivo del sistema político interno mediante negociación con el poder intervencionista. En igualdad de poder y condiciones, la unidad que ha ascendido, fundamentada en su nueva posición en la jerarquía interunitaria de poder, enfrenta a su rival y acuerda con éste su salida, el fin de la irrupción.

En segundo lugar, el nuevo gran poder puede recurrir a la expulsión violenta del poder irruptor de su sistema. Fundamentada en el equilibrio alcanzado, la unidad dominante se planta frente a su enemigo y, recurriendo al poder que amasó durante el tiempo de su sumisión, erradica la presencia del antiguo patrón; se libera del yugo usando la herramienta más fundamental de la política —la violencia. El nuevo gran poder se presenta, frente a sus rivales y el sistema, como capaz de recurrir a la “*ultima ratio*” frente a las amenazas externas.

En último lugar, el que ha ascendido no sólo corta de tajo el yugo que lo había sometido; impone sobre el antes opresor la servidumbre misma. El liberado, el ascendente, el revisor, implanta la sumisión sobre el que lo había subyugado; expande su dominio sobre éste y lo integra a los poderes serviles a su mando. Sobre el sistema interestatal se extiende su poder; se ha plantado frente a las otras unidades no sólo como un nuevo gran poder ni solamente como potencia capaz de recurrir exitosamente a la violencia, sino como poder en expansión, ante el cual, incluso el antiguo patrón sucumbe. El que ha ascendido irrumpe en el *status quo* interunitario; moldea el sistema; el sistema responde.

El actuar de la unidad que ha ascendido frente al poder irruptor se rige por la racionalidad política de ambos. El azar hace que, en una situación de total incertidumbre (cuando la probabilidad de que haya un desequilibrio favorable para la unidad que ha ascendido es de $\frac{1}{2}$ y la de que exista equilibrio entre ambas unidades, la revisionista y la disruptiva, es también de $\frac{1}{2}$) no haya una estrategia completamente dominante para ninguna de las unidades. Por un lado, si la unidad revisionista apuesta por la existencia del desequilibrio, tiene como opción dominante la expansión sobre su rival; en cambio, por otro lado, si apuesta por la presencia del equilibrio, lo racional sería optar por el reacomodo o la expulsión.

Si hay la mínima señal de que existe el desequilibrio a favor de la unidad disruptiva, ésta tiene como estrategia dominante la expansión sobre la unidad dominante, resultando en la incertidumbre en el actuar del rival de la unidad que ha ascendido —no se podría saber si presentaría resistencia o cedería ante las acciones del revisionista. En cambio, si en el juego se presenta signo alguno de equilibrio entre las unidades, por un lado, para la unidad revisionista, la estrategia dominante sería optar ya sea por el reacomodo diplomático o por la expansión; por otro, la unidad dominante tendría como opción lógica ceder frente al ascenso de su rival.

De esta forma, la unidad que ha surgido elige la opción que, en el contexto estratégico y de información, parece más racional para acabar con el yugo que sobre ella se había impuesto. El reacomodo y la expulsión acaban con el estímulo disruptivo del sistema, limitándose a terminar con la relación de dominación; en cambio, la expansión termina la subordinación y la convierte en una nueva sumisión del antes oprimido frente al antiguo opresor.

Alcanzada la primacía interna indiscutida, expulsado el poder disruptivo, derrocada la relación de poder que sobre sí se había impuesto, liberado de ataduras, el nuevo gran poder que ha ascendido se presenta ante el sistema internacional como un nuevo polo en la distribución interunitaria de poder. Consolidado interna y externamente tras la contienda por la supervivencia, la gran potencia ve aumentadas sus posibilidades y sus oportunidades; ahora, desde la cúspide de equilibrio de la jerarquía del sistema, puede desplegar su poder en la guerra que no termina.

Así, las unidades menores frente a este nuevo gran poder ven en éste una amenaza. ¿Qué asegura que su ascenso no resultará en yugo? Se encuentran a merced de la voluntad del poderoso, de las fuerzas del sistema, del azar y de su capacidad limitada. En la lucha por el poder, la supervivencia de los menores y aún sometidos parece menos probable con cada ascendente emancipado. La oportunidad, combinada con la racionalidad, hace que la expansión de la unidad que se ha levantado en revisionismo sea probable, tal vez incluso estrategia dominante. Entonces, los débiles no pueden más que buscar acomodarse al cambio en el sistema —que aunque fue transformación en la distribución de poder, no lo fue para éstos; la precariedad, el riesgo y la sumisión no terminan, sólo vienen con otros que antes fueron de la misma condición. Los poderosos se alternan; la distribución de poder se altera; la cúspide de la jerarquía sistémica se modifica. Generalmente, los débiles son inermes frente a los que dominan; el cambio en las potencias no es más que pugna por la propiedad del yugo que los somete; la cumbre podrá transformarse, pero la base sigue estando por debajo.

Sin embargo, la expansión del dominio de la unidad que ascendió sobre los que debajo de sí se encuentran descubre la posibilidad de la rebelión frente a su

mando. Como pasó con el ahora poderoso, siempre latente está la posibilidad del desafío a su control; presentes están las semillas del ascenso de los oprimidos. ¿Será que el ascenso —el poder, el imperio— trae consigo el origen de su destrucción? El dominante antes fue sumiso; el dominado se rebela, se levanta y somete.

El ascenso implicó la transformación de la distribución interestatal de poder. A cada escalón hacia la simetría con el rival disruptivo, la parte del ascendente se incrementaba, mientras que la del enemigo se reducía frente al fortalecimiento. No sólo se creció ante el antiguo patrón; ascendió de cara hacia el sistema, las unidades y la red de interdependencia estratégica que entre éstos se forma. El revisionismo fue ascenso; la emancipación fue la grandeza.

El incremento de la parte en la distribución interunitaria de poder que implica el surgimiento del nuevo gran poder se ve desafiado por las unidades del sistema. De dejarlo seguir con la tendencia, el ascenso culminaría con el imperio —la dominación sistémica interestatal. La lógica de la política hace que los poderes a la par del que ha ascendido reaccionen y limiten al rival que amenaza la supervivencia de los que en la cúspide se encuentran. Así, probable es que del surgimiento resulte el conflicto, respuesta de equilibrio de los pares, reacción lógica del sistema.

Una vez levantado de su antigua sumisión, el poder emancipado se comportará como lo que es: un gran poder del sistema interestatal. Se guiará por las lógicas de la política, pero tendrá ahora a su mando las capacidades de los miembros de la cima de la jerarquía interunitaria, bajo su dominio a aquellos sobre quienes expanda su poder.

Éste es el ascenso de los grandes poderes que se han levantado en revisionismo. El camino se traza en estas páginas. El cambio es incierto; el fin no está determinado. La probabilidad —el azar— se enlaza con la capacidad, el instinto y la reacción. La tendencia se vislumbra; la culminación se prevé; la realidad se estudia. El pasado sirve como muestra de veracidad de las ideas; el futuro las confirmará.

II

LOS PODERES

I. REVISIONISMO, LA EDAD DE BRONCE TARDÍA⁸

Un Estado es lo que Weber define como “aquella comunidad humana [el grupo político] que en el interior de un determinado territorio [...] reclama para sí (con éxito) [...] el monopolio de la coacción física legítima”.⁷⁹ La lógica de este trabajo implica que —además del concepto weberiano— la unidad política denominada “Estado” es capaz de “reclamar” este monopolio, en virtud de su posición dominante dentro de su sistema político interno. En este sentido, es posible hablar de “Estados” durante la Edad de Bronce tardía (1500 a 1200 AC),⁸⁰ en Oriente cercano (así llamado en la bibliografía de historia antigua). Egipto, Hatti —en Anatolia—, Mitanni, Asiria y Babilonia —estos tres en lo que actualmente es el territorio de Siria, Irak y Kuwait—, habían alcanzado para esa época un estado de concentración del

⁸ Una versión preliminar de este capítulo se publicó como “Ascend; Disrupt”, *First Empires: Power and Propaganda in the Ancient World*, Harvard University, <http://dighist.fas.harvard.edu/courses/2016/HIST1039/exhibits/show/ascend-disrupt>.

⁷⁹ NOTA 35, *Economía y sociedad...*, p. 1056.

⁸⁰ Por ejemplo, como dice Vlassopoulos, “los griegos no tenían una palabra para religión, pero claramente nadie puede acreditar que no tenían dioses y prácticas rituales”, *Unthinking the Greek Polis. Ancient Greek History beyond Eurocentrism*, Cambridge, University Press, 2007, p. 104 cit. por Maria Thereza David João, *Estado e elites locais no Egito do final do IIIº milênio a. C.*, tesis de doctorado, Universidade de São Paulo, 2015, p. 61. Un punto de vista interesante al respecto y que está de acuerdo con esta idea se puede ver en Harold D. Lasswell, *A Pre-View of Policy Sciences*, Nueva York, Elsevier, 1971, pp. 9 a 11.

poder político tal que les permitía 1) ejercer dominio sobre unidades políticas rivales y 2) establecer un monopolio de la coacción física legítima. Aún más, desde la Edad de Cobre –que va desde el Neolítico, hasta la Edad de Bronce– el Estado ya había aparecido en la región;

[los habitantes locales] estaban atrapados en relaciones sociales y territoriales particulares, forzándolos a intensificar estas relaciones, en lugar de evadirlas. Esto llevó a oportunidades para desarrollar el poder colectivo y distributivo. La civilización, la estratificación social y el Estado resultaron.⁸¹

Los “[...] Estado[s] emergieron primero, [como] [...] minúsculas ciudades-Estado”, cuyos “[...] recursos de poder se concentraban en su centro, en lugar de que hubiera un control que fuera extensivo”;⁸² para la Edad de Bronce tardía éstos ya habían evolucionado en Estados territoriales que luchaban entre sí y se expandían unos sobre otros en forma de imperios.

En el periodo de la Edad de Bronce, un sistema internacional (interestatal) completamente funcional se había creado, en virtud de la interacción entre las unidades políticas estatales de Oriente cercano, que formaba una red de interdependencia de poder.⁸³ Los Estados de Mesopotamia se encontraban en un enfrentamiento constante por la primacía en el sistema, a lo largo de toda la región. Así, Liverani dice que...

[a pesar de que el estudio actual de la política internacional] se limita a los mundos moderno y contemporáneo [...] el objeto de esta disciplina se puede aplicar a toda sociedad —cual fuere su lugar en el espacio y el tiempo— después del ascenso de los “Estados” [mesopotámicos].⁸⁴

⁸¹ Michael Mann, *The Sources of Social Power. A History of Power from the Beginning to A.D. 1760*, VOL. 1, Londres, Cambridge University Press, 1986, p. 75.

⁸² *Ibid.*, p. 82.

⁸³ Relevante ver la definición de sistema político de Hedley Bull, en la página 20, NOTA 26.

⁸⁴ *International Relations in the Ancient Near East, 1600-1100 BC*, Londres, Palgrave, 2001, p. 1.

Como se sabe, el primero en utilizar el término “Estado” —“*lo stato*”— fue Maquiavelo; sin embargo, antes de que se acuñara el nombre actual, el fenómeno ya existía y había estado presente desde, al menos, seis mil años antes.

Más de mil años antes de la época de Tucídides, se presencia en el Oriente cercano una arena internacional donde se presentan los primeros documentos diplomáticos que sobreviven —como tratados de paz, tratados de alianzas entre iguales y vasallos—, imperios centralizados multiétnicos, relaciones de comercio protoglobalizadas y descripciones detalladas de batallas militares.⁸⁵

Los casos que se examinan en esta parte, a pesar de su antigüedad, se justifican para contrastarse bajo la luz de la teoría del ascenso en revisionismo.

I. EL NUEVO REINO HITITA

El Estado hitita había sido una de las grandes potencias durante la época denominada el Reino Antiguo. La lucha constante contra los ejércitos egipcios en el Levante había resultado en el reconocimiento del rey de los hititas como “hermano”⁸⁶ del faraón —el Imperio egipcio era entonces la unidad política más poderosa del sistema interestatal de Oriente cercano. “Hattusili III, de Hatti, y Ramsés II, de Egipto, concluyeron el tratado más famoso del periodo [de la Edad de Bronce] en 1259 [...]. El acuerdo procuraba equidad completa y hermandad entre los

⁸⁵ Alex Aissaoui, “A Near Eastern States System ‘Before Age’: Comparing the Greek Poleis System with the Ancient Near Eastern State Formation”, *Annual Meeting of the International Studies Association (ISA)*, Nuevo Orleans, 18 a 21 de febrero, 2015 (artículo presentado en conferencia), p. 7.

⁸⁶ “[...] ‘Mi hermano’[...] [é]sta era la forma normal de referirse entre los reyes soberanos de ese tiempo”, véase: Hans Gustav Güterbock, “The Hittites and the Aegean World: Part 1. The Ahhiyawa Problem Reconsidered”, en Harry A. Hoffner, Jr (ed.), *Perspectives on Hittite Civilization: Selected Writings of Hans Gustav Güterbock*, Chicago, The Oriental Institute–The University of Chicago, 1997, p. 201.

dos [...]”.⁸⁷ El Estado hitita se convertía en imperio; expandía su control sobre las poblaciones de Anatolia y Siria, obteniendo de éstas recursos y hombres.

El primer ocaso de Hatti vino en virtud de dos factores: las pugnas internas y la expansión de Mitanni (imperio en el norte de Siria, que se expandía sobre la región). Así, con el debilitamiento de la unidad política dominante en el sistema político hitita, las intrigas palaciegas resultaron en golpes de Estado que debilitaban el control sobre el territorio y sobre los que antes habían estado sometidos. Hatti disminuyó su presencia militar en el norte y sur del territorio imperial y, tras años de expansión en Siria con los Reyes Hattusili y Mursili, se retrajo hacia el centro del imperio, dejando un vacío en la región. Vacía la zona de amortiguamiento del Levante, Mitanni y Egipto invadieron lo que antes había pertenecido al Estado hitita. Empezaba el sometimiento de Hatti frente a sus rivales.⁸⁸

Sumisión

El ascenso en revisionismo de Hatti tuvo como inicio dos eventos. Por un lado, el Rey Artatama había logrado reestablecer el pasado glorioso de Mitanni y había alcanzado una alianza con el faraón egipcio, lo cual resultó en la división de Siria entre los dos poderes; esto limitó cualquier intento de Hatti de expandir su influencia sobre esta zona que colindaba con su territorio y, al incrementarse así más aún el poder mitanio, la supervivencia hitita se veía amenazada.

Mitanni no permanecería satisfecho por largo tiempo con los territorio que había ganado en Siria. Sus miras tuvieron que estar ahora puestas en una

⁸⁷ Marc Van De Mieroop, *A History of the Ancient Near East, ca. 3000-323 BC*, 3ª ed., West Sussex, Wiley Blackwell, 2016, p. 146.

⁸⁸ Trevor Bryce, *The Kingdom of the Hittites*, Nueva York, Oxford University Press, 2005, pp. 100 a 116.

expansión mayor, hacia el noroeste. Inevitablemente, esto implicó una amenaza importante a Hatti y a sus territorios vasallos en el este de Anatolia.⁸⁹

Mitanni se alzaba para alcanzar el cenit de su poder; con su ascenso, llegaba la ruina del antes poderoso Estado hitita. Se acordó que Egipto se quedara con Kadesh y el norte de Siria permaneciera bajo control mitanio. “Entretanto, este [acuerdo] había acabado efectivamente cualquier prospecto de futuras intervenciones hititas en la región siria”.⁹⁰

Mientras tanto, por otro lado, una de las mayores crisis de la historia hitita tenía lugar. Tudhaliya de Hatti había desatado una campaña de sometimiento de poblaciones rebeldes en el norte del territorio hitita; tras años de guerras, los ejércitos rivales habían sucumbido ante las fuerzas hititas; sin embargo, esto había implicado gastos enormes para las arcas de Hatti y bajas en la población guerrera; además, las debilitadas fuerzas hititas se habían concentrado en las fronteras del norte, dejando descubierto el resto del territorio ante rivales vecinos. El Rey Madduwatta, antes vasallo hitita se expandía sobre Anatolia y Chipre —zonas bajo control de Hatti—; se había hecho del control sobre Arzawa y Hapalla, antes vasallos hititas. Los rivales de Anatolia invadían simultáneamente el corazón del territorio hitita. Como quedó plasmado en una tableta, “Ahora, mientras yo, Tudhaliya, el Gran Rey, peleaba en la Tierra de Assuwa, detrás de mi espalda, tropas kaskanas tomaban las armas; entraron a la Tierra de Hatti y devastaron el país”.⁹¹ Los kaskanos, los arzawanos, los arawannos, los azzios, los isuwanos y los asmatanos [pueblos anatólios] azotaron Hatti, destruyendo todo a su paso e incluso saqueando y

⁸⁹ *Ibid.*, p. 118.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 145.

⁹¹ *Annals*, rev. 9'-12', Garstang y Gurney (trads.), 1959, 122, cit. por T. Bryce, *op. cit.*, p. 127.

quemando Hattusa —la capital.⁹² Dice un decreto de Hattusili III, recordando la historia hitita,

En tiempos anteriores, los enemigos saquearon las tierras de Hatti. El enemigo kaskano vino y saqueó las tierra hititas e hizo de Nenassa su frontera. De la Tierra Baja, vino el enemigo arzawano y también saqueó las tierras de Hatti e hizo de Tuwanuwa y Uda su frontera. Desde lejos, el enemigo arawanno llegó y saqueó por completo la Tierra de Gassiya. De lejos, el enemigo azziano vino y saqueó todas las Tierras Altas e hizo de Samuha su frontera. El enemigo isuwano vino y saqueó también las tierras hititas e hizo de Kizzuwadna, la ciudad, su frontera. Hattusa, la ciudad, se destruyó en el fuego.⁹³

El sistema político interno no sólo se había alterado, había quedado destruido. Las que antes habían sido unidades políticas hititas se habían arrasado o subyugado frente a los invasores. La unidad política dominante no regía más que en el exilio, probablemente en la ciudad de Samuha, mientras huía de sus persecutores anatolios. Ante la ruina total y lo que parecía la desaparición del Estado hitita, el faraón Amenhotep III estableció relaciones diplomáticas con el monarca de Arzawán, unidad política que parecía el posible sucesor del poderío hitita. Sin embargo, lo que había sido el territorio hitita había quedado desolado y en anarquía; no había unidad política que dominara por completo.⁹⁴

Crisis

Dentro de la élite dominante hitita en el exilio, divisiones y pugnas tuvieron lugar, debido a la crisis política. Ninguna de las unidades políticas era capaz de retomar el control de Hatti de manos de los invasores ni de los rivales internos. El Rey

⁹² Marc Van De Mieroop, *op. cit.*, p. 167.

⁹³ Goetze trad., cit por T. Bryce, *op. cit.*, p. 146.

⁹⁴ *Ibid.*, pp. 145 a 148.

Tudhaliya II y su hijo Supiliuluma lucharon una guerra continua contra los opresores extranjeros. Después de años de combate, el rey murió, dejando el trono de Hatti vacante. Tudhaliya el Joven heredó el mando hitita; sin embargo, poco después de su nombramiento como rey, tuvo lugar un golpe militar que acabó con su reinado y con su vida, resultando el ascenso de su hermano —Supiliuluma. La crisis política se había llevado al heredero al trono de Hatti.

Mursili —sucesor de Supiliuluma—, tiempo después, escribió sobre lo acontecido, desde el punto de vista de la unidad política vencedora:

Siendo Tudhaliya el Joven amo de la Tierra de Hatti, los príncipes de Hattusa, los señores, los comandantes de los miles, los oficiales, [los subalternos/corporales?(sic)], la infantería completa y la caballería le juraron alianza. Pero cuando mi padre [Supiliuluma] deshonoró a Tudhaliya, todos los príncipes, los nobles, los comandantes de los miles y los oficiales de Hatti se fueron contra él. Las deidades por las cuales se había jurado lealtad tomaron a Tudhaliya y mataron a Tudhaliya. Más aún, asesinaron a aquellos hermanos que se mantuvieron de su lado.⁹⁵

Así, defendido por los dioses hititas, Supiliuluma justificaba el asesinato de su hermano y de los miembros de la unidad política a la cual pertenecía.

Ascenso

Cuando la nueva unidad política dominante —liderada por Supiliuluma— tomó el poder, enfrentaba la misma amenaza que se había vuelto real y había acabado con la unidad política de su hermano: el estímulo disruptivo externo del saqueo, la subyugación y la destrucción de Hatti no se había logrado detener. Así, si el nuevo rey quería sobrevivir y continuar en el poder, tenía que retomar su tierra perdida y

⁹⁵ *First Plague Prayer*, obv. 13-19, Singer trad., 2002^a: 61-2, cit. por *ibid.* 154.

acabar con la sumisión frente a los poderes de Anatolia y Mitanni —quien los respaldaba.

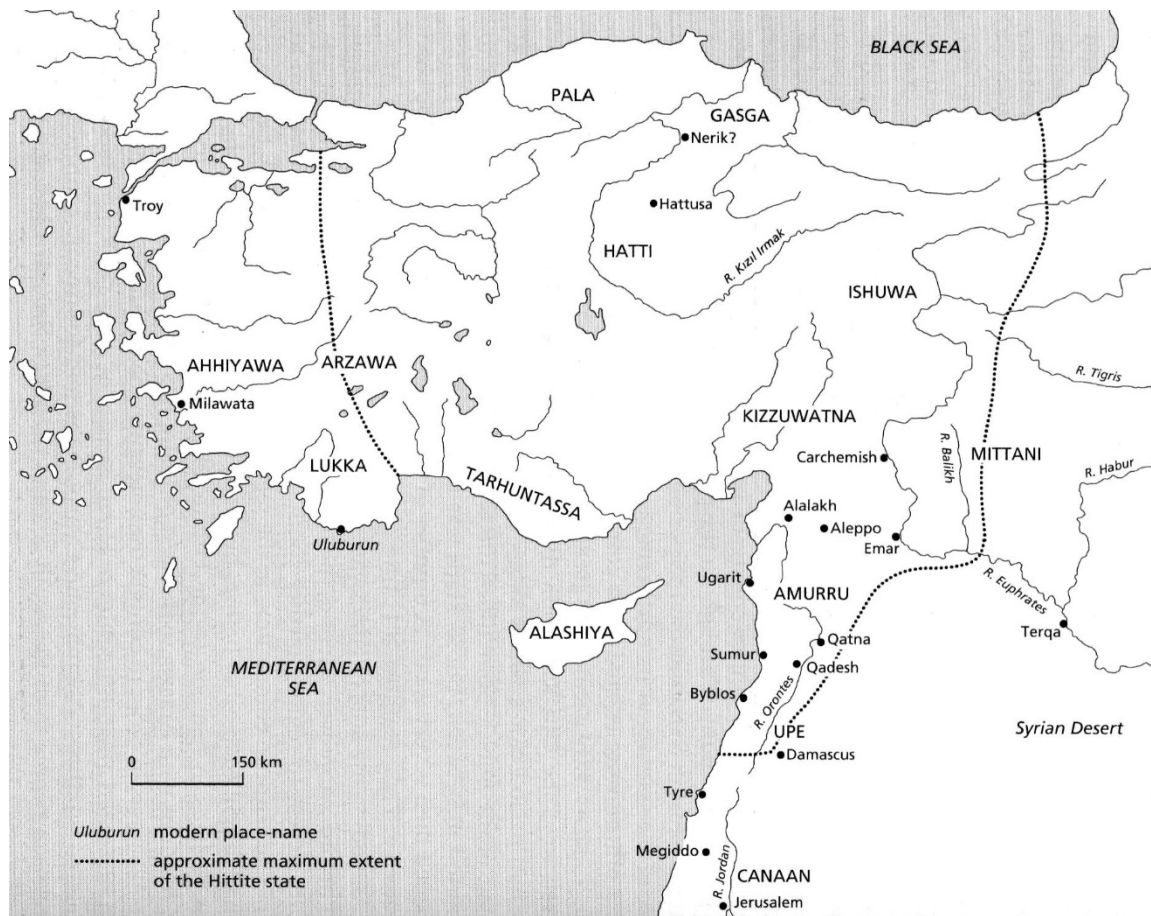
La reconquista del territorio empezó en lo que había ocupado Arzawán; a cada paso que daban las fuerzas hititas, poblaciones se unían a los ejércitos arzawanos, para frenar el avance de Hatti. El problema principal en la lucha era que los Estados enemigos de la unidad política hitita —principalmente Mitanni— proveían de recursos a Arzawán. La campaña duró más de veinte años.

Después de derrotar a las fuerzas anatólicas de Arzawán y de reconquistar la mayor parte del reino, debía acabar con Armatana y Isuwa; sin embargo, ambos estaban respaldados por el poderío militar mitanio y el riesgo de que esta potencia interviniera para defenderlos era mayor que la probabilidad de enfrentarlos con éxito. En lugar de atacar y recuperar directamente el núcleo del territorio hitita, la estrategia que siguieron los hititas fue invadir las tierras vecinas de Anatolia, de donde procedían los rivales externos, y, una vez ahí, separados de sus aliados, aplastar a los ejércitos invasores y arrasar con todo cuanto encontraran, para evitar el resurgimiento de sus enemigos.⁹⁶ A base de expandir su control sobre los rivales anatólicos derrotados, de establecer una estructura imperial sobre éstos y de restaurar el territorio devastado, Hatti incrementó su capacidad de extracción y su poder sistémico.

Una vez siendo capaz de disuadir a Mitanni de ayudar a sus aliados anatólicos, el Hatti de Supiliuluma lanzó una campaña ofensiva que resultó en la recaptura total de los territorios perdidos y en la sumisión de toda Anatolia ante el poder hitita. Así,

⁹⁶ *Ibid.*, p. 152.

Hatti había ascendido, llevado por la necesidad de sobrevivir, por el ímpetu de derrocar un status quo oneroso de subyugación. El paso siguiente para consolidar su posición y deshacerse por completo de los que antes lo sometían era acabar con Mitanni. Relevante es destacar que durante este periodo, Hatti había evitado todo tipo de confrontación con su rival principal —Mitanni—; así, aunque las fuerzas anatolias encontraban apoyo militar y económico mitanio, la unidad política hitita evitó, cuando aún era débil, el involucramiento directo de su enemigo más poderoso.



MAPA 1. Territorio del Imperio hitita durante el Nuevo Reino. Tomado de Michael Roaf, *Cultural Atlas of Mesopotamia and the Ancient Near East*, Oxford, Equinox, 1990, p. 139, tomado de M. Van De Mieroop, *op. cit.*, p. 168.

Revisar

Cuando la oportunidad se presentó, Hatti movió sus fuerzas. Tras una serie de intrigas palaciegas, la casa real de Mitanni se veía amenazada por una crisis política severa.

[...] [C]on la muerte de Suttarna, las rivalidades dinásticas se desencadenaron en el reino. Un oficial militar de Utkhi asesinó al hijo y sucesor del rey, Artasumara, y su hermano menor, Tusratta, lo remplazó en el trono[, pero] su ascenso no estuvo exento de desafíos.⁹⁷

La debilidad política interna de Mitanni abrió el camino para Hatti. Al mismo tiempo, la unidad estatal hitita buscó evitar que el ataque a territorio mitanio resultara en el involucramiento de Egipto, pues esto amenazaría la estrategia de ascenso y conquista de Mitanni.

Las fuerzas hititas entraron por el norte del territorio mitanio; atravesaron el Éufrates y tomaron la capital —Washukanni. “Desprevenido ante la velocidad y la ferocidad del avance hitita, Tusratta no pudo ofrecer resistencia efectiva alguna. No tuvo opción más que abandonar la capital, [...] antes de que cayera a manos de los hititas”.⁹⁸ Así, Supiliuluma invadió el imperio vecino, lo sometió y estableció un reino vasallo. La campaña continuó, para someter a los pueblos leales a Mitanni; se trasladó a la familia real a la capital hitita —Hattusa—; había terminado el tiempo mitanio. Escribió el rey de Hatti, “[e]n virtud de la hostilidad de Tushratta, el rey, yo saqué todas estas tierras en sólo un año y las entregué a la Tierra de Hatti. Las incorporé a mi territorio, desde el Monte Niblani y desde la orilla opuesta del

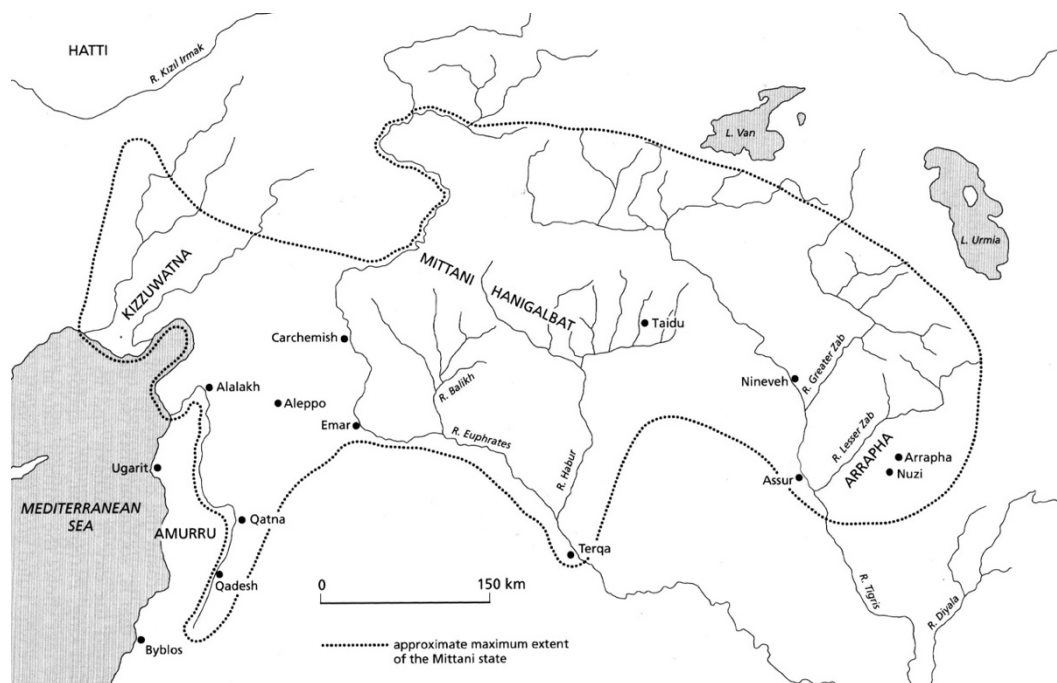
⁹⁷ Billie Jean Collins, *The Hittites and their World*, Atlanta, Society of Biblical Literature, 2007, pp. 46 a 49; T. Bryce, *The Kingdom of the Hittites*, *op. cit.*, ed. 1998, p. 170.

⁹⁸ T. Bryce, *The Kingdom...*, *op. cit.*, 3ª ed., 2005, p. 161.

Éufrates”.⁹⁹ El poder revisionista había derrotado al último de sus enemigos y, mientras tanto, había alcanzado grandeza.

II. ASIRIA

Después de una época de gloria, el primer imperio asirio se había hundido en la ruina; había acabado el periodo asirio antiguo. Durante la ruina de Asiria, el Estado mitanio se había expandido sobre Mesopotamia, haciéndose de territorios y vasallos; enfrentándose con las potencias de Oriente cercano. Lo que antes había sido el centro político y comercial de la región —la ciudad de Assur— se encontraba a merced del avance del Imperio mitanio.



MAPA 2. El territorio del Imperio mitanio. Tomado de Volkert Haas (ed.), *Hurriter und Hurritisch*, Konstanz, Universitätsverlag, 1988, p. 295, tomado de M. Van de Mieroop, *op. cit.*, p. 161.

⁹⁹ Suppiluliuma, *Shattiwaza Treaty*, PD núm. 1 (CTH 51) 14-15, obv. 45-7, cit. por *ibid.*, p. 163.

Sumisión

Durante la época de la expansión de Mitanni sobre Mesopotamia, durante 1440 y 1420 AC, el Rey Saustatar anexó el pequeño reino de Asiria, transformando al rey asirio en un vasallo, dejando de su territorio sólo el núcleo —la ciudad de Assur. El rey de Mitanni arrasó con la ciudad e incluso ordenó que las puertas del templo principal de Assur, hechas de oro y plata, se llevaran a la capital —Washukanni—, para colocarlas en el palacio real. Las poblaciones asiria y hurria, que vivían bajo el dominio del rey asirio, pasaron a ser súbditos mitanios; los pueblos mercantes, agrícolas y ganaderos del norte del territorio de Asiria quedaron bajo la dominación del Imperio mitanio.¹⁰⁰

En un primer momento, la casa real asiria se había mantenido en control, pero, tiempo después, oficiales mitanios tomaron control del gobierno del Estado vasallo.

Textos legales encontrados en Assur, del siglo quince, mencionan oficiales con nombres hurrios [mitanios] y dos oficiales del periodo final de la presencia mitania dejaron monumentos indicando que sus antecesores habían servido al rey de Hanigalbat, el cual es un nombre alternativo para Mitanni.¹⁰¹

En tiempos de la dominación mitania, Asiria se había reducido a una ciudad débil, funcionando principalmente como un territorio fronterizo con Babilonia, continuamente intervenido por el ejército mitanio, que buscaba reforzar sus fronteras con el Imperio casita. Este era el estímulo disruptivo del sistema político interno asirio, que desencadenó el proceso de ascenso de Assur como gran poder revisionista.

¹⁰⁰ Mario Liverani, *The Ancient Near East: History, Society, and Economy*, Soraia Tabatabai trad., Nueva York, Routledge, 2014, p. 347. Paul Collins, *From Egypt to Babylon: The International Age 1550-500 BC*, Cambridge, Harvard University Press, 2008, pp. 44 a 47.

¹⁰¹ H. W. F. Saggs, *The Might That Was Assyria*, Londres, Sidgwick and Jackson, 1984, p. 40.

Crisis

Asiria había perdido su independencia y, con la ruina de la casa real —la antes unidad política dominante del sistema político asirio—, vino la inestabilidad interna. “[...] [L]os asirios habían estado sujetos al dominio humillante de los hurrios de Mitanni, quienes incluso incursionaban y saqueaban sus lugares sagrados”.¹⁰²

La lista de los reyes asirios “[...] continuó actualizándose por motivos de legitimidad durante esta época de usurpaciones y revueltas internas”;¹⁰³ sin embargo, es claro que el sistema político de Assur se encontraba, por un lado, totalmente sometido al dominio de Mitanni y, por otro, en una crisis interna severa. El estímulo externo había sido el factor de disrupción en la política asiria y en su sociedad.

Al mismo tiempo, durante esa época, ejércitos de los Estados vecinos atravesaban libres el territorio asirio; Asiria era testigo de las pugnas entre Mitanni y Babilonia en la parte de Mesopotamia que antes había controlado. “Había [...] intervenciones militares, como el establecimiento de la frontera con la Babilonia de los casitas, [...] [durante la época] de Puzur-Ashur y Ashur-bel-nisheshu”.¹⁰⁴

Ascenso

Como dice la teoría del ascenso en revisionismo, se esperaría ver en el caso de Asiria que una de las unidades políticas hubiera logrado hacerse con el control sobre el sistema político interno; sin embargo, no se tiene información precisa sobre cómo

¹⁰² Mario Fales, “Il caso dell’Assiria. L’ascensa storica verso uno status elezionista”, *Popoli eletti. Storia di un viaggio oltre la storia*, Actas del congreso de Venecia, UNICOPLI, Venecia, 27 a 29 de junio, 2012, p. 43.

¹⁰³ Mario Liverani, *op. cit.*, p. 347.

¹⁰⁴ *Loc. cit.*

tuvo lugar este evento. Lo que se sabe es que, para 1365 AC, Ashur-uballit tomó el poder en Asiria. Ya fuere por sucesión o por otros medios, es seguro que la llegada de este rey estaba antecedida por el éxito de sus predecesores en hacerse con el control del sistema político asirio y esto se había logrado mediante la opresión y la derrota de sus rivales políticos.

Ashur-uballit y su unidad política tenían que detener el estímulo disruptivo que provenía del Estado mitanio, para mantener su dominio. Continuar siendo Estado vasallo lógicamente habría implicado seguir bajo la voluntad y a merced del poder extranjero, arriesgarse a que, cuando su patrón lo necesitara o quisiera, lo derrocaria. Así, la estrategia dominante para los nuevos gobernantes de Assur era buscar acabar con la intervención de Mitanni y con su control sobre Asiria y su sistema político.

Encarar al rival en un contexto de desequilibrio de poder no es una opción racional. Entonces, es necesario alcanzar la fuerza suficiente para desafiar este tipo de situación o esperar la oportunidad para hacerlo. Por un lado, la unidad estatal asiria fortaleció sus factores internos de poder. Durante la época del dominio mitanio, el rey asirio había quedado relegado a una figura administrativa frente al pueblo y al dios de los asirios —Assur—; sin embargo, con la llegada de Ashur-uballit, el monarca se presentó por primera vez como “gran rey”. “Assur [...] [concedía] el poder cósmico y la autoridad legítima para incitar al soberano y a su pueblo a la conquista de las regiones vecinas”;¹⁰⁵ las revueltas y las rebeliones internas cesaron —¿quién se atrevería a desafiar al protegido del dios?— y la reconstrucción de Asiria

¹⁰⁵ M. Fales, *op. cit.*, p. 43.

empezó. Así, se llevó a una reconquista prudente de los territorios perdidos cercanos a la capital —“Ashur-uballit [...] tenía control sobre la parte este de Hanigalbat, cercana a Asiria. Sin embargo, durante un tiempo, el rey asirio no intentó alguna otra acción”.¹⁰⁶ Poco a poco, Asiria se fortalecía internamente bajo la sombra de Mitanni.¹⁰⁷

Por otro lado, mientras Asiria, bajo el reinado de Ashur-uballit, lograba la cohesión interna, restauraba el orden e incrementaba su poder frente al Estado mitanio, la situación externa se tornaba favorable. El Estado mitanio estaba inmerso en una crisis interna severa, que había resultado en la división del Imperio en dos reinos diferentes —Mitanni y Hurri. La fragmentación de la dinastía reinante desencadenó una guerra civil que destruyó el Imperio. Los hurrios buscaron ayuda en su vecino del norte —Hatti. Buscando expandirse, el ejército hitita invadió Mitanni y convirtió a sus aliados hurrios en vasallos. Ésta era la oportunidad de Asiria para finalmente conseguir su independencia del control mitanio.¹⁰⁸

La invasión de los hititas dejó en el norte de Mesopotamia un vacío de poder. Con el rival debilitado, la Asiria de Ashur-uballit lanzó una campaña ofensiva para acabar con el dominio extranjero y “[...] [a]nex[ó] parte del área este de Mitanni, incluyendo las zonas agrícolas importantes de Nínive, Kilizi y Arbela [...]”.¹⁰⁹ Este movimiento resultó en el incremento de los recursos naturales de Asiria —el más importante, la comida—, de los recursos humanos —nuevos súbditos— y de su

¹⁰⁶ M. Liverani, *op. cit.*, p. 347.

¹⁰⁷ P. Collins, *op. cit.*, p. 65.

¹⁰⁸ Amélie Kuhrt, *The Ancient Near East, c. 3000-330 BC*, VOL. 1, Londres, Routledge, 1995, p. 350; M. Van De Mieroop, *op. cit.*, p. 191; Timoty Matney, “Northern Mesopotamia”, en D. T. Potts (ed.), *A Companion to the Archaeology of the Ancient Near East*, West Sussex, Wiley-Blackwell, 2012, p. 571.

¹⁰⁹ A. Kuhrt, *ibid.*, p. 350.

capacidad económica —riqueza y producción. Asiria había logrado el cambio en la distribución de poder en el sistema interestatal del antiguo Oriente cercano.

Revisión

El incremento del poder asirio aún tenía que usarse para derrocar la relación de poder con Mitanni y con aquellos que, después de los mitanios, intentaran subyugar a Assur. Así, el sucesor de Assur-uballit, Adad-ninari, “[...] marchó contra éste [el gobernante de Mitanni, Shattuara] y forzó al rey mitanio a reconocer a Asiria como su señor [...]”.¹¹⁰ El ascenso del Estado asirio se había así consolidado.

Entonces, Asiria, “regresando del olvido” de los “oscuros tiempos antiguos” y librándose de las ataduras de sus “señores” mitanios-hanigalbateos [...] y de la agobiante Babilonia de los casitas, de repente, se hace figura preeminente en el inicio de la nueva era de las relaciones internacionales [...].¹¹¹

El rey asirio, se mostraba como un par de los grandes reyes de Oriente cercano. Esto se demuestra, por un lado, con el matrimonio del rey de Babilonia con la hija de Ashur-uballit; por el otro, también se prueba en las “Cartas de Amarna”, en la cuales el rey de Assur se refería por primera ocasión al faraón egipcio —a quien otros reyes veían como una especie de *primus inter pares*—, como “hermano”, estableciendo relaciones diplomáticas y de intercambio de regalos —ambas acciones reservadas sólo para los grandes reyes. Asiria había logrado derrocar la relación de poder que se había establecido con su patrón y había disuadido a los grandes poderes vecinos de intentar expandir su control sobre el sistema político asirio. Una gran potencia nueva se levantaba y lo había hecho en revisionismo.

¹¹⁰ Paul Collins, *op. cit.*, p. 71.

¹¹¹ Pinhas Artzi, “The Middle-Assyrian Kingdom as Precursor to the Assyrian Empire”, *Assyrien im Wandel der Zeiten*, XXXIX^e Rencontre Assyriologique Internationale, Heidelberg, julio 6 a 10, 1992, p. 3.

III. LOS CASITAS, UN CASO CURIOSO

¿Se podría calificar como un caso de ascenso en revisionismo a Babilonia, durante el gobierno de la dinastía de los Casitas? En 1595, el ejército del Rey Mursili I de Hatti invadió y saqueó el territorio babilonio, “[...] las estructuras políticas antiguas se desvanecieron y la mayor parte de la población de Babilonia dejó de vivir en las ciudades”.¹¹² Los hititas, incluso, se llevaron la estatua del dios babilonio principal, Marduk; “[...] su partida se pensó como señal divina de enojo con la ciudad y su gobernante”.¹¹³ En esta situación de crisis total, una unidad política, conformada por miembros de un pueblo diferente a los babilonios —los Casitas, provenientes de los Montes Zagros, para entonces “[...] una comunidad dentro de Babilonia bien organizada política y militarmente”—,¹¹⁴ derrocó al último rey de linaje babilonio, Samsu-ditana, y se convirtió en el grupo político dominante en el sistema político de Babilonia.¹¹⁵

La llegada de la dinastía casita únicamente fue posible por y dentro del contexto de la invasión hitita de Babilonia.

Después de la expedición de Mursili I en Babilonia, Samsu-ditana continuó gobernando por unos años sobre un reino reducido y devastado. Esta situación abrió el camino para el ascenso de los Casitas, quienes ya habían intentado expediciones militares en Babilonia, durante el reinado de Samsu-iluna.¹¹⁶

¹¹² M. Van De Mieroop, *op. cit.*, p. 183.

¹¹³ P. Collins, *op. cit.*, p. 25.

¹¹⁴ Marlies Heinz, “The Ur III, Old Babylonian, and Kassite Empires”, en D. T. Potts (ed.), *op. cit.*, p. 716.

¹¹⁵ Véase: Susanne Paulus, “Foreigners under Foreign Rulers: The Case of the Kassite Babylonia (2nd half of the 2nd millennium BC)”, en Reinhard Achenbach, Rainer Albertz y Jakob Wöhrle (eds.), *The Foreigner and the Law: Perspectives from the Hebrew Bible and the Ancient Near East*, Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 2011, pp. 1 a 16.

¹¹⁶ M. Liverani, *op. cit.*, p. 364.

Como se establece en la teoría del ascenso en revisionismo, en primer lugar, un estímulo externo irrumpió en el orden que estaba presente en el sistema político babilonio; en segundo lugar, este acontecimiento resultó en el surgimiento de rivales internos que desafiaban a la unidad política dominante, buscando eliminarla y alcanzar la primacía sobre ésta. La debilidad de la dinastía babilonia abrió la oportunidad a sus rivales para retarla y para que finalmente se estableciera el control dinástico de los casitas. Tomando en cuenta estos hechos, la teoría del ascenso en revisionismo apuntaría hacia una revisión del *status quo* por parte de los Casitas, que no ocurre; sin embargo, hay un factor distinto: los hititas invadieron el territorio babilonio, pero no se quedaron; casi de forma inmediata, se fueron.

Inicialmente, la conquista hitita de Babilonia (1499 AC) estuvo seguida por un lapso de tiempo durante el cual los hititas perdieron todo su poder fuera de Anatolia. El vacío de poder resultante permitió a los Casitas, ya presentes en el Éufrates en Siria, entrar a Babilonia [...].¹¹⁷

La invasión de Hatti sentó un ambiente favorable para las unidades rivales, que permitió derrocar al grupo político dominante; sin embargo, que la irrupción del Estado hitita —aunque decisiva— no hubiera sido continua, sino sólo efímera, afectó el resultado en este caso. Para ascender en revisionismo, es fundamental que, una vez lograda la primacía sobre el sistema político interno, haya necesidad de detener el estímulo disruptivo recibido desde el sistema internacional. El ascenso debe estar guiado por la necesidad de cambiar la relación de poder presente en el sistema interestatal y evitar así que la unidad política dominante sea derrocada por sus rivales. Así, cuando los Casitas tomaron el control del sistema político babilonio, el

¹¹⁷ David A. Warburton, “Egypt and Mesopotamia”, en Gwendolyn Leick (ed.), *The Babylonian World*, Londres, Routledge, 2007, p. 490.

estímulo disruptivo ya había desaparecido. La nueva unidad política dominante no necesitaba ascender ni revisar la relación con Hatti, pues las fuerzas y la influencia hititas ya no estaban presentes en Babilonia.

Una vez en primacía, la dinastía casita buscó restaurar el imperio babilonio perdido, dentro sus límites anteriores. Los Casitas se limitaron a recuperar lo que habían heredado y a reestablecer el orden político en su territorio.

[...] Agum II, uno de los primeros reyes kasitas de Babilonia, había destruido Terqa. En esta línea, el rey acabó con el reino de Hana [rival antes sometido al dominio babilonio] y trajo de vuelta a Babilonia el botín [llevado allá por los hititas] y la estatua de Marduk [robada por Hatti]. Los reyes babilonios seguirían manteniendo, en teoría, la supremacía sobre el Éufrates medio, especialmente en el área de Suhu [...].¹¹⁸

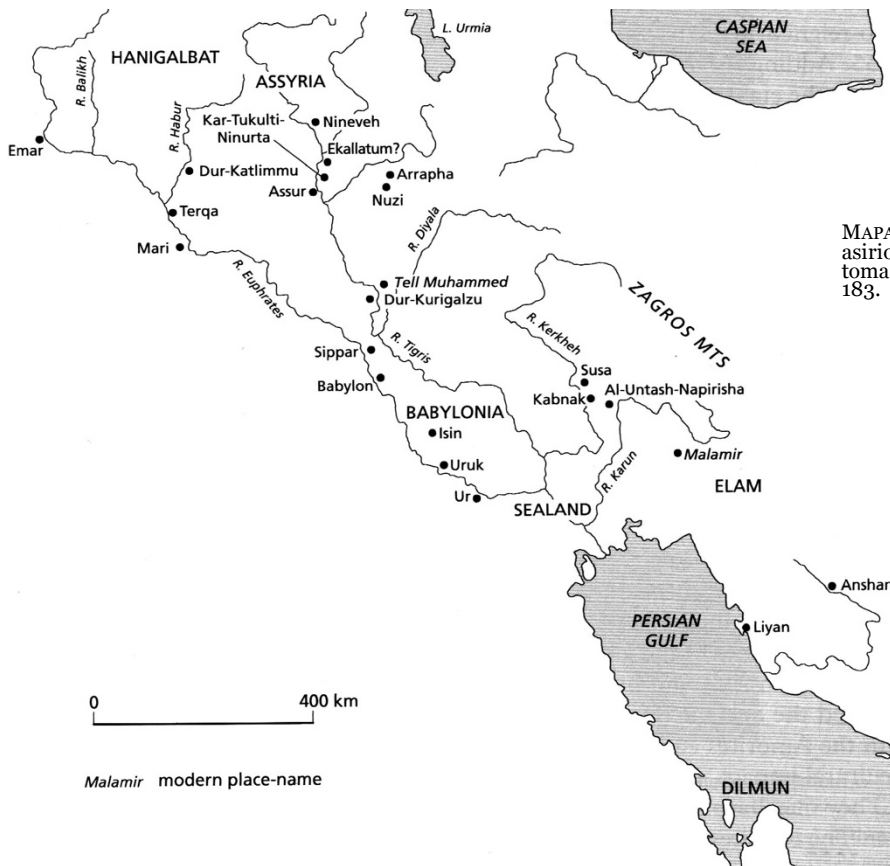
Las campañas de la Babilonia casita, en lugar de ser expansionistas, se podrían clasificar como expediciones que buscaban someter nuevamente a los rivales del Estado babilonio —restaurado tras la invasión hitita— ; es decir, regresar al *status quo ante*.

Los Casitas no ascendieron en revisionismo; solamente recuperaron el imperio en ruinas que habían adquirido. “Había[n] recreado la Babilonia unificada de los tiempos de Hammurabi y, para el siglo catorce, [los] sucesores habían extendido el control casita más allá de estas fronteras”.¹¹⁹ La relevancia de este caso es que podría verse como un ejemplo de ascenso en revisionismo, pero, si se analiza a detalle, es claro que las circunstancias que desencadenan este tipo de ascenso no tuvieron lugar en este caso y, por lo tanto, la Babilonia de los Casitas no habría ascendido en revisionismo. Como fuere, este caso histórico no refuta la teoría de este

¹¹⁸ M. Liverani, *op. cit.*, p. 364.

¹¹⁹ M. Van De Mieroop, *op. cit.*, pp. 185 y 186.

trabajo; la refuerza. Lo sucedido en Babilonia, durante la época casita, destaca el factor fundamental del ascenso en revisionismo, que es la presencia del estímulo externo disruptivo. Cuando este elemento no está presente, no hay necesidad de revisar la relación de poder que se tiene con el poder externo y el ascenso no sucede. El Estado babilonio de los Casitas es un caso de restauración de un imperio heredado, no de revisionismo.



IV. LOS LÍMITES AL ASCENSO

La historia de Oriente cercano en la Edad de Bronce tardía provee casos en los cuales el ascenso en revisionismo no tuvo lugar, a pesar de la presencia continua de interferencia externa en los sistemas políticos de diferentes comunidades. Estos no casos son relevantes para el análisis de este trabajo, ya que podrían refutar el argumento de la teoría del ascenso en revisionismo o probarla como correcta.

La subregión de Palestina y el Levante en el Oriente cercano presenta varios casos que podrían contradecir el argumento que se ha presentado en este trabajo. Esta parte de Oriente cercano se componía de un número amplio de ciudades-Estado, las cuales, mientras combatían unas contra otras por la supervivencia, formaban una zona de amortiguamiento entre los tres grandes poderes del sistema interestatal —Hatti, Egipto y Mitanni. Estas ciudades-Estado eran unidades centralizadas, que tenían control solamente sobre la ciudad y las zonas que la rodeaban; contaban con ejércitos y participaban en la lucha por el poder interestatal, como cualquier otra unidad política.¹²⁰

Esta subregión enfrentó dos periodos principales de control externo: primero, el dominio de Mitanni y, segundo, la expansión del Imperio egipcio sobre la zona. Sin embargo, a pesar del control directo que estas unidades externas ejercieron sobre las ciudades-Estado de Palestina y el Levante, ningún caso de ascenso en revisionismo tuvo lugar en esta época. Relevante es notar que el sometimiento externo de estas unidades estatales no fue efímero —como sucedió en el caso de

¹²⁰ “En términos amplios, una ciudad-Estado puede definirse como ‘un sistema estatal independiente, pequeña y con una base territorial, caracterizada por una ciudad o un pueblo capital, con una zona aledaña económica y socialmente integrada’”. Thomas H. Charlton y Deborah L. Nichols, “The City-State Concept: Development and Applications”, citado en A. Aissaoui, art. cit., p. 12.

Babilonia, durante la invasión hitita—; durante toda la Edad de Bronce e incluso desde siglos antes, los Estados de esta zona de amortiguamiento y sus sistemas políticos sufrieron un estado de sumisión continuo frente a patrones externos. Entonces, ¿por qué no ascendieron en revisionismo?

En primer lugar, las intervenciones mitanias y egipcias tuvieron un carácter peculiar: a pesar de que claramente las relaciones entre estos grandes poderes y los reinos vasallos de las ciudades-Estado eran de subordinación, las potencias dominantes no debilitaban a los gobernantes locales. En lugar de establecer control directo sobre los sistemas políticos locales y, así, desencadenar crisis políticas internas, Mitanni y Egipto reforzaban a las unidades políticas dominantes en su posición de primacía en sus sistemas políticos, dejando los asuntos internos y las relaciones con otras ciudades-Estado en manos de los gobernantes locales; a cambio, los grandes poderes exigían obediencia total cuando fuera necesaria y tributos. Cuando un monarca necesitaba ayuda para reafirmar su control sobre el sistema político, sus patrones externos intervenían y reestablecían su mandato.¹²¹ “[...] [L]os vasallos también se beneficiaban del apoyo mitanio en caso de ataques externos, como [pasó con las] expediciones egipcias contra Qadesh, e internos, como en el caso de Idrimi, un usurpador, quien había tenido que esperar ‘siete años’ para que se aceptara como gobernante legítimo”.¹²² Lo mismo pasaba en las ciudades-Estado sometidas por el Imperio egipcio;

[...] [los Estados vasallos] eran claramente responsables de proteger los intereses egipcios localmente, se les vigilaba cuidadosamente respecto a su lealtad y tenían que presentar tributo constantemente y a cabalidad. A

¹²¹ Para más información, véase: Peter Pfälzner, “Levantine Kingdoms of the Late Bronze Age”, en D. T. Potts (ed.), *op. cit.*, pp. 770 a 796.

¹²² M. Liverani, *op. cit.*, p. 331.

cambio, se les ayudaba a mantener el orden, haciendo que su propia seguridad dependiera del apoyo egipcio.¹²³

De esta forma, no había crisis internas en los Estados de Palestina y el Levante ni riesgo de que esto ocurriera y, por lo tanto, no había necesidad de derrocar la relación de poder con el patrón extranjero, pues esto, lógicamente habría significado la ruina.

En segundo lugar, esta tendencia se veía reforzada por la misma estructura de la subregión de Palestina y el Levante. Esta zona de Oriente cercano estaba densamente poblada por un número importante de ciudades-Estado, cada una compuesta sólo por la ciudad, sus murallas y los campos adyacentes que alimentaban a sus poblaciones. Se calcula que, por ejemplo, en la rebelión contra el dominio egipcio, que resultó en la batalla de Megiddo (ca. 1455), participaron “[...] más de trescientas ciudades-Estado, lideradas por el príncipe de Qadesh, Durusha”.¹²⁴ Estas ciudades-Estado se encontraban claramente en un sistema multipolar en equilibrio y esta situación se anquilosaba por las propias lógicas del sistema. Donde hay un equilibrio de poder estable, resulta irracional tratar de derrocar este balance, ya que las otras unidades se unirían para evitar que esto pasara. Las unidades políticas del sistema interestatal, para alcanzar la grandeza y revisar la situación en la que se encuentran, necesitan tener el potencial para ascender; las ciudades-Estado de Palestina y el Levante no lo tenían.

En tercer lugar, los intentos por ascender y derrocar la relación de poder con alguno de los patrones externos habría resultado en que se abriera la puerta a la intervención de otras potencias que rodeaban esta zona de amortiguamiento;

¹²³ A. Kuhrt, *op. cit.*, p. 326.

¹²⁴ Al final, Egipto logró reafirmar su dominio sobre Palestina y el Levante; A. Aissaoui, art., cit., p. 20.

entonces, prácticamente la relación de poder habría cambiado en cuanto a qué potencia externa dominaba, pero no respecto al dominado ni a la naturaleza y las dinámicas de esta dominación. Así, como de hecho sucedió, una vez que Mitanni había salido de la subregión de Palestina y el Levante, otro poder tomó el control de la zona —Egipto— y, después, cuando la presencia egipcia desapareció del norte de esta área, el Imperio hitita ocupó su lugar.

Estos tres factores —el establecimiento de relaciones benéficas mutuas entre patrón y cliente, los límites estructurales en la subregión al incremento del poder de las ciudades-Estado y la presencia en los alrededores de grandes poderes continuamente en pugna por el control de esta zona— implicaban un desafío triple para cualquier ciudad-Estado que buscara ascender y revisar el *status quo*. Para tener éxito ascendiendo, los pasos siguientes debían alcanzarse. Primero, se necesitaba incrementar el poder de la ciudad-Estado mediante la expansión sobre otras ciudades, pero esto no era posible, en virtud de las dinámicas de un equilibrio de poder amplio y muy estable. Segundo, tenía que haberse expulsado al patrón externo y su influencia tendría que haberse detenido; sin embargo, como el primer paso no se habría podido completar, el poder revisionista no se habría podido hacer con los medios necesarios para conseguir esto. Tercero, era necesario disuadir a los grandes poderes que rodeaban la zona de amortiguamiento de intervenir, una vez que se hubiera logrado expulsar al poder dominante anterior de la subregión; de forma inconveniente, como es lógico, al no haberse podido lograr los dos puntos anteriores, este último tampoco se podía alcanzar.

Ante ambiente tal y límites semejantes, las unidades políticas de las ciudades-Estado de Palestina y el Levante, de forma racional, decidieron acomodarse. Así, en

esta subregión, el fenómeno de un poder que se alzara en revisionismo no tuvo lugar. A pesar de la lucha continua entre grandes poderes, las ciudades-Estado de esta parte de Oriente cercano se desarrollaron en un medio estable de relaciones de poder. Esto se demuestra por un hecho peculiar:

Virtualmente, ningún nuevo asentamiento mayor se construyó en este periodo y los planos de las ciudades prácticamente permanecieron iguales, rodeadas de las mismas murallas fortificadas. [...] [L]os muros robustos contruidos a principios del segundo milenio AC sólo requirieron de unas cuantas mejoras y algunos trabajos de restauración en las puertas.¹²⁵

Por un lado, las ciudades no pudieron expandirse durante este tiempo; permanecieron sin cambios. Por el otro, no necesitaron aumentar sus fortificaciones, pues las ciudades-Estado vecinas no suponían una amenaza real a su supervivencia; sólo necesitaron mantener las murallas en forma, en caso de que fuera necesario.

Este caso de una zona completamente formada por ciudades-Estado, que se enfrentó a una dominación externa continua, no refuta la teoría del ascenso en revisionismo; destaca su poder de explicación. La intervención y el sometimiento de las ciudades-Estado de Palestina y el Levante por poderes ajenos a esta zona, en primer lugar, no resultó en crisis políticas internas, sino que, incluso, incrementó el poder de las unidades dominantes en sus sistemas políticos internos. Así, el estímulo externo —a pesar de ser de carácter coercitivo y de establecer relaciones de sumisión— no se tornó disruptivo al interior; entonces, no hubo necesidad de derrocar la relación de poder con la potencia externa, no se necesitó ascender. En segundo lugar, incluso si hubiera tenido lugar una situación de crisis interna en cualquiera de las ciudades-Estado de esta subregión, los intentos de ascenso en

¹²⁵ M. Liverani, *op. cit.*, p. 325.

revisiónismo se habrían detenido o disuadido desde el inicio, ya que la estructura del ambiente habría hecho acción semejante no sólo algo irracional, sino imposible. Así, la unidad subyugada habría preferido estrictamente esperar a un cambio en su medio y acomodarse. De esta forma, la estabilidad y las dinámicas en Palestina y el Levante pueden explicarse mediante la teoría del ascenso en revisionismo; estos no casos no refutan, contribuyen a dar sustento al argumento de este trabajo.

Las lógicas y dinámicas de la política y, dentro de éste ámbito, del ascenso en revisionismo claramente estaban presentes y eran reales en el Oriente cercano de la Edad de Bronce tardía, como lo están en el mundo moderno. Desde los orígenes del hombre, la lucha por el poder ha permanecido invariada. Desde la transformación de las tribus y las comunidades primitivas en organizaciones con autoridad política centralizada, encarnadas en las unidades políticas estatales, las relaciones y las fuerzas, dentro y entre los Estados, han sido las mismas. La modernidad y el tiempo, es cierto, han hecho de la política un campo de batalla más “complejo”; sin embargo, el núcleo de esta guerra sin fin y lo que de ésta se deriva no se han visto alterados, se han reafirmado.

II. REVISIONISMO, EL SIGLO XIX EN EUROPA

Al actuar de los imperios, responden las acciones de los débiles. La revolución en Francia, iniciada en 1789, culminó en la llegada de Bonaparte; la república se convirtió en monarquía y se tornó imperial. Los ejércitos napoleónicos, a base de conquistas, reorganizaron los sistemas políticos europeos y alteraron la distribución de poder entre las potencias continentales. Así, la opción del ascenso en revisionismo pareció viable para algunos. El imperio francés terminó por colapsar ante la coalición de sus rivales; como fuere, las fuerzas de los que ascendían se habían desatado.

I. PIEMONTE Y LA UNIFICACIÓN DE ITALIA

Para finales del siglo dieciocho, la Península itálica y las unidades políticas que se dividían su control se encontraban en una situación de equilibrio de poder entre sí y de desequilibrio frente a los poderes que rodeaban la región —Austria y Francia, principalmente. Los Estados itálicos, desde la Edad Media se habían conformado en una zona de amortiguamiento entre los poderes otomano, austriaco y francés. Como sucede con las unidades que se encuentran en estas situaciones, las unidades

estatales italianas aprovechaban las luchas entre grandes potencias para beneficio de sus intereses políticos, mientras las guerras dentro de la zona eran continuas.

Así, al paso de más de quinientos años de historia, se formó en la península un sistema político regional con las lógicas de las zonas de amortiguamiento. La interdependencia estratégica entre las unidades y el equilibrio que entre éstas se guardaba afianzó, por un lado, la estabilidad política en los sistemas internos de cada una y, por otro, la imposibilidad de alterar el *status quo*. Ante esto, los estímulos de necesidad y posibilidad para ascender en revisionismo no estaban presentes entre las unidades de la Península itálica.

Sumisión

Una vez superada la crisis de la revolución, el gobierno revolucionario de los franceses se dio a la tarea de expandir su poder y su influencia sobre su continente y las tierras más allá. En este afán expansionista, el Directorio envió a Napoleón Bonaparte a liderar la campaña en Italia. Al paso de los ejércitos franceses y las derrotas de las fuerzas de los antiguos regímenes locales y del Imperio austriaco, las fuerzas políticas antes dominantes sucumbían, mientras se hacían del poder unidades políticas republicanas, aliadas de los revolucionarios franceses. Así, para 1796, Boloña y Ferrara se unieron en la primera República Cisalpina; en Milán, se fundó la República Traspadana —la cual, se anexaría más tarde a los cisalpinos—; en Romaña y las Marcas, la República Cispadana y, en Génova, la República Ligur.¹²⁶

¹²⁶ Georges Lefebvre, *La Revolución francesa y el Imperio*, trad. María Teresa Silva, 13^a reimpr., México, FCE, 2004, pp. 154 a 156; Harry Hearder, *Italy: A Short History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, pp. 154 y 155.

Las repúblicas napoleónicas inspiraron movimientos revolucionarios en Nápoles y Sicilia —aliados de Gran Bretaña—, donde los nativos, con la fuerza del ejército francés, establecieron la República Partenopea. Además de la revolución, los cambios y la inestabilidad que Napoleón había desatado en la península, como moneda de cambio en el juego político, “[e]n octubre de 1797, [se] firm[ó] una paz con los austriacos que puso a Venecia bajo la soberanía austriaca, a cambio de las provincias belgas de Austria”.¹²⁷ Aún más, las fuerzas francesas invadieron los Estados Pontificios en 1798.¹²⁸

Como fuere, la vida de las nuevas repúblicas italianas fue intermitente. Para inicios de 1800, las fuerzas austriacas habían retomado el norte de la península; sin embargo, en la primavera, las fuerzas francesas regresaron y, tras la victoria en Marengo, se reestableció la República Cisalpina, cambiando de nombre a la República Italiana, de la cual se nombró a Napoleón como su presidente. Los satélites franceses en la península cambiaron de nombre con la llegada del imperio; las repúblicas se convirtieron en reinos, bajo la casa napoleónica, aunque mantuvieron el orden que el corso había impuesto, basado en su código y en el objetivo de “modelar los Estados vasallos a imagen de Francia, [...] [para] ponerlos en condiciones de procurarse finanzas y un ejército que pudieran servirle”.¹²⁹

La invasión y la ocupación francesa en la Península itálica implicó el inicio del estímulo disruptivo de los equilibrios en los sistemas políticos de los Estados italianos, del cual se habla en la teoría del ascenso en revisionismo. Las unidades que prevalecían en los Estados italianos, que habían estado en posición de supremacía

¹²⁷ H. Hearder, *loc. cit.*

¹²⁸ G. Lefebvre, *op. cit.*, p. 166.

¹²⁹ *Ibid.*, p. 186 y 187; H. Hearder, *op. cit.*, p. 157.

sobre sus sistemas por cientos de años, se vieron de pronto sacudidas por dos factores: por un lado, la expansión francesa y, por otro, la respuesta a ésta por parte del Imperio austriaco. Estos dos poderes externos al sistema de la Península itálica cambiaron sus políticas respecto a esta zona de amortiguamiento e intervinieron directamente, estableciendo su dominio y, al mismo tiempo, alterando los desequilibrios presentes desde la Edad Media, que mantenían a las casas reinantes del antiguo régimen en el poder.

Las tropas napoleónicas, en un primer momento, como se ha dicho, establecieron repúblicas que, aunque siendo vasallos franceses, estaban bajo la administración de grupos políticos favorables a la influencia de Francia — revolucionarios, jacobinos, liberales, masones.¹³⁰ Esto implicó, lógicamente, el derrocamiento de las casas reales, aunque no necesariamente una supremacía autónoma por parte de las nuevas unidades políticas dominantes. Como se ejemplifica en el caso de Nápoles, frente a la formación de la República Partenopea,

[u]n ejército contrarrevolucionario de campesinos se formó bajo el mando de un sacerdote, el Cardenal Fabrizio Ruffo. Saquearon Nápoles, como cuando los saqueos en los siglos más primitivos, y una masacre espantosa de clases medias “jacobinas” llenaba las calles de cadáveres. Los Borbones regresaron.¹³¹

Los dominantes republicanos se habían impuesto por la fuerza y el mandato de Napoleón, pero, por sí mismos, eran débiles frente a sus rivales. El equilibrio de poder en los sistemas políticos internos de los Estados italianos implicó el potencial

¹³⁰ Véase: H. Hearder, *ibid.*, pp. 155 a 157.

¹³¹ *Loc. cit.*, p. 157.

de inestabilidad y crisis, cuando los patrones extranjeros —de cualquiera de los bandos— se ausentaran.¹³²

La sumisión de los Estados italianos durante la época de Napoleón no acabó ni en la derrota de Leipzig en 1813, ni después de Waterloo en 1815. Cuando el Emperador fue a su primer exilio en Elba, los austriacos dejaron a Murat como rey de Nápoles y regresaron a los absolutistas de los otros reinos. Al regreso de Napoleón, durante los Cien Días, los movimientos revolucionarios con las tropas del autonombrado “Rey de la Italia Unida” —Murat—, retomaron el poder en los territorios italianos. Al final, con Napoleón en Santa Elena, el Imperio austriaco fusiló al rey impuesto por el Emperador francés y restableció el orden del antiguo régimen, bajo su control directo —militar y político. Así, la sumisión de los sistemas políticos de los Estados italianos y la inestabilidad que en éstos se había desencadenado cambiaron solamente de poder dominante; había iniciado el estímulo disruptivo que alteró los desequilibrios centenarios de los regímenes antiguos y que resultó en la crisis en la península.

Crisis

En plena época de restauración del absolutismo, bajo el control directo del Imperio austriaco, la crisis en los Estados italianos apenas comenzaba. En Venecia se abolió la república, para dar lugar al régimen colonial austriaco; en Génova, tampoco se restauró el orden republicano centenario. En Nápoles, regresaron los Borbones, para en 1816, anexar la isla de Sicilia a su dominio, en el “Reino de las dos Sicilias”; los

¹³² Véase: Stuart Woolf, *A History of Italy 1700-1860: The Social Constraints of Political Change*, Londres, Routledge, 1979, pp. 206 a 218.

duques italianos volvieron a sus Estados y, así, el antiguo régimen se restauró en Módena, Parma y la Toscana. El Papa retomó el control sobre los Estados pontificios y la Ciudad eterna.¹³³ “La predominancia austriaca se reforzó instalando miembros de la familia imperial austriaca, los Habsburgo, como regentes de la mayor parte de los Estados italianos”.¹³⁴

Sin embargo, la restauración del absolutismo y el control del Imperio austriaco no bastaron para reestablecer el *status quo* anterior a la disrupción napoleónica. “Había una hostilidad profunda hacia los regímenes restaurados entre los intelectuales, las clases profesionales y los numerosos oficiales de los ejércitos desmantelados de Napoleón”.¹³⁵ La inestabilidad social, económica y política que dejó la época del Imperio francés fortalecía a las unidades políticas contrarias al orden absolutista; prueba de esto, dos fenómenos: por un lado, la creación y el robustecimiento de las sociedades secretas en Italia —principalmente los *carbonari* y las logias masónicas, ambos de ideología liberal—; por otro, la expansión y aparición casi virulentas de revoluciones en todos los Estados italianos, durante esa época.

Las sectas secretas, que se habían alentado en la lucha contra Napoleón por las promesas aliadas de libertades constitucionales y de independencia nacional, inevitablemente se volvieron contra los acuerdos de la Restauración y su garante, la Santa Alianza.¹³⁶

Cabe destacar, en este punto lo que sucedió en Piamonte. El reino italiano, también conquistado por los ejércitos franceses y después por las fuerzas austriacas, con la restauración monárquica se hizo de una ventaja sobre los otros Estados

¹³³ Véase: H. Hearder, *op. cit.*, pp. 160 a 164; S. Woolf, *op. cit.*, pp. 229 a 236.

¹³⁴ Andrina Stiles, *The Unification of Italy, 1815-1870*, Londres, Hodder & Stoughton, 1986, p. 8.

¹³⁵ H. Hearder, *op. cit.*, p. 162.

¹³⁶ S. Woolf, *op. cit.*, p. 247.

italianos: mientras la crisis de la posguerra azotaba a la Península itálica, a Francia y a España, Piamonte había adquirido el control sobre Génova, uno de los puntos comerciales y estratégicos más importantes del Mediterráneo.¹³⁷ Así, el reino de la casa de Saboya se convirtió en poco tiempo en uno de los poderes dominantes en este mar. Este aspecto será clave para el ascenso de Piamonte sobre las demás unidades estatales de la península y ante el poder dominante —el Imperio austriaco.

Como fuere, ni siquiera la casa de Saboya se libró de la inestabilidad de la época. En 1820 y 1821, estallaron las primeras revoluciones contra los reinos que tenían las unidades estatales más poderosas de la península —Piamonte y Nápoles. En ambos, los grupos revolucionarios inicialmente triunfaron y establecieron gobiernos republicanos; sin embargo, su éxito fue efímero. Las fuerzas austriacas intervinieron en las guerras civiles y regresaron a la cúspide de la distribución de poder interna a las unidades monárquicas.¹³⁸ Estas revoluciones sirven para destacar un punto crucial en la teoría del ascenso en revisionismo: como se establece en la parte teórica, es necesario que, una vez en situación de dominación, la crisis política que resulta del equilibrio entre las unidades rivales y la dominante amenace la supervivencia de la unidad que logre hacerse con el control estatal; así, ésta tendría la necesidad de acabar con el estímulo disruptivo y, por lo tanto, de ascender y revisar la relación de poder con la potencia intrusa. Esta situación de crisis, de amenaza al poder establecido, estaba presente en los Estados italianos, desde la llegada de los ejército franceses a la península, incluso entre los más poderosos —como se muestra en los casos de Nápoles y Piamonte.

¹³⁷ H. Hearder, *op. cit.*, p. 161.

¹³⁸ S. Woolf, *op. cit.*, pp. 260 a 262.

La crisis desembocó en revoluciones en los Estados papales y los ducados de Módena y Parma, en 1831. Tras victorias y regímenes republicanos breves, los ejércitos austriacos entraron en los territorios italianos y suprimieron los movimientos revolucionarios. La historia se repitió en 1833.¹³⁹ Como fuere, los ejércitos del Imperio austriaco estuvieron presentes para restablecer el orden de los monarcas absolutistas. La necesidad de ascender en revisionismo estaba presente entre quienes fueran las unidades dominantes —monárquicas, republicanas, nacionalistas, *etc.*—; sin embargo, la oportunidad no se hizo presente para todas.

En 1848, las revoluciones permearon Europa. La insurrección que empezó en Palermo se extendió a Nápoles y se estableció una república. En Milán hubo un alzamiento general contra el dominio austriaco, que empezó a la par de las rebeliones checa y húngara en el Imperio austriaco y la renuncia del canciller Metternich; tras combatir con éxito al ejército imperial, se estableció un gobierno provisional, bajo el mando de la aristocracia milanesa.¹⁴⁰ Mientras tanto, como reacción a los movimientos liberales de ese año, en Piamonte, el rey Carlo Alberto decretó la libertad de prensa, al mismo tiempo que concedió al pueblo piamontés el *Statuto* —una constitución monárquica, parlamentaria, que concedía el voto no sólo a los oriundos del reino, sino a todos los italianos. Así, disminuidos el riesgo de rebeliones y la legitimidad de sus rivales internos, fortalecido por su flota naval y mercante en el Mediterráneo y por los nexos con Gran Bretaña y Francia, la casa de Saboya tomó la vanguardia en la lucha contra el Imperio austriaco. El veintitrés de marzo, Piamonte declaró la guerra a Austria.¹⁴¹

¹³⁹ Véase: H. Hearder, *op. cit.*, pp. 169 a 171.

¹⁴⁰ *Ibid.*, pp. 171 y 172.

¹⁴¹ *Ibid.*, pp. 173 y 174.

Ese otoño, la unidad política de Mazzini y Garibaldi tomó el control de Roma y declaró la república y, al mismo tiempo, Venecia retomó el nombre de República de San Marcos. Entonces, Piamonte, fortalecido por las milicias revolucionarias, declaró de nuevo la guerra al Imperio austriaco. La sublevación duró poco; ejércitos de Francia, España, Austria y del régimen restaurado de Nápoles ocuparon Roma y acabaron con las revoluciones de 1848 en la península y con el ejército de Piamonte.¹⁴²

Relevantes son tres puntos sobre estas revoluciones en Italia: la crisis continua, el poder piemontés y los límites de los Estados italianos. En primer lugar, estas insurrecciones contra los regímenes absolutistas son muestra de que, a pesar del respaldo austriaco a la restauración, el desequilibrio necesario para acabar con la inestabilidad de los sistemas políticos internos no se había logrado instaurar por las unidades del antiguo régimen. En segundo, muestra de fortalecimiento de Piamonte, por un lado, es la percepción que éste tenía de ser capaz de enfrentar a los ejércitos austriacos; por otro, el reconocimiento de las unidades políticas insurrectas de la península, las cuales vieron en el Estado piemontés un posible libertador frente a Austria. En tercero, el poder militar austriaco detuvo a los ejércitos italianos y demostró que el ascenso de Piamonte aún no bastaba para el revisionismo, a pesar de la alianza con las unidades revolucionarias.

El poder de Piamonte

El ascenso de Piamonte había empezado, como se dijo antes, desde la salida de las tropas napoleónicas y la restauración de la casa de Saboya; el puerto de Génova había

¹⁴² Luigi Salvatorelli, *A Concise History of Italy. From Prehistoric Times to our Own Day*, Bernard Miall trad., Nueva York, Oxford University Press, 1940, pp. 555 a 558; H. Hearder, *op. cit.*, pp. 174 a 176.

convertido a este Estado italiano en una potencia mediterránea, destacándolo como punto de unión de los movimientos de independencia y unificación. Como fuere, esto no bastó para sacar a Austria de la península en 1848. Para revisar la relación de poder con los austriacos, era necesario fortalecerse para alcanzar el equilibrio de poder. Ésta fue la labor de Cavour y Vittorio Emmanuele II.

Como se dijo en la parte teórica de este trabajo, hay tres formas de fortalecimiento de los Estado: por medios internos, mediante la sumisión de unidades externas (imperio) y usando instrumentos diplomáticos. En cuanto a la primera, lo más probable es que Piamonte hubiera alcanzado su máximo potencial antes de las revoluciones de 1848; el puerto de Génova la había convertido en potencia mercante y militar del Mediterráneo; la industria había hecho de este Estado uno de los más estables económicamente de la península.¹⁴³ El Estado piamontés se había unido a tratados de apertura comercial con las potencias europeas, incrementando su participación en la economía internacional y, así, su fortaleza económica.

Piamonte, donde las tarifas aduanales se habían incrementado entre 1819 y 1825, y de nuevo en 1830, respondió a las nuevas condiciones reduciendo las barreras a los granos extranjeros (1834, 1840, 1847), acabando con la prohibición de exportar seda no procesada (1835) y acordando veintiséis tratados comerciales con Estados europeos y americanos.¹⁴⁴

Además, las reformas administrativas habían hecho de Piamonte un Estado eficiente que invertía en infraestructura y modernizaba sus industrias. Nápoles fue el primer reino italiano en construir una línea férrea; sin embargo, “... ésta recorría pocas decenas de kilómetros y permaneció casi única; mientras las vías de Piamonte

¹⁴³ Stuart Woolf, *op. cit.*, p. 299.

¹⁴⁴ *Loc. cit.*

alcanzaban los ochocientos cincuenta kilómetros”.¹⁴⁵ Los bancos y las bolsas surgieron en Turín y Génova; al mismo tiempo que se fundó la primera armería y se expandió la industria pesada en el territorio piemontés.¹⁴⁶

En cuanto a la segunda forma de fortalecimiento estatal —sumisión de unidades externas—, la historia de las revoluciones en la península había mostrado a Piamonte el potencial que tenía para agrupar a los movimientos revolucionarios bajo su mando y, de esta forma, lograr el control de los territorios insurrectos y sus poblaciones. Este paso fue posterior al uso de instrumentos diplomáticos; por esta razón, se expondrán éstos primero, para después regresar al análisis del fortalecimiento mediante la expansión.

El Estado piemontés de Cavour, utilizó la diplomacia como herramienta para fortalecerse frente al Imperio austriaco y revisar la relación de poder con éste. Cuando las disputas entre Rusia y el Imperio otomano culminaron en la Guerra de Crimea, en 1853, Piamonte declaró la guerra a Rusia y contribuyó a la coalición internacional con más de quince mil soldados. Austria se mantuvo neutral durante el conflicto y el Estado piemontés se vio recompensado al participar en el Congreso de París de 1856, junto con las grandes potencias europeas.¹⁴⁷

Al final de la Guerra de Crimea, la Francia de Napoleón III vio en Piamonte un aliado potencial que, fortalecido, serviría para equilibrar a Austria y reducir su influencia sobre la península. Así, en 1858, el Emperador se reunió con Cavour en Plombières, donde acordaron la hoja de ruta de Italia en los años siguientes.

¹⁴⁵ Indro Montanelli, *L'Italia del Risorgimento: 1831-1861*, 2ª ed., Milán, BUR Rizzoli, 2011, p. 404.

¹⁴⁶ *Ibid.*, p. 406.

¹⁴⁷ H. Hearder, *op. cit.*, pp. 180 y 181; Gioacchino Volpe, *Italia moderna*, Florencia, G. C. Sansoni, 1958, p. 17.

Primero, después de una provocación al duque de Módena, Piamonte invadiría este territorio como reacción ante la gresca diplomática; de esta forma, Austria reaccionaría con guerra y Francia entraría al conflicto en el bando piemontés. Segundo, una vez vencidos los ejércitos austriacos, el Reino de Piamonte se expandiría sobre los territorios del Norte de la península, adquiriendo Venecia y Lombardía. Tercero, se formaría un reino central en Italia, integrado por los ducados y parte de los Estados pontificios. Cuarto, no habría alteraciones al territorio ni al reino napolitano. Quinto, Saboya quedaría bajo la soberanía de Francia.¹⁴⁸

Así, en 1859, empezó la guerra entre las fuerzas piemontesas y francesas, por un lado, y los ejércitos austriacos, por otro. Había empezado la fase final del ascenso en revisionismo de Piamonte. Las victorias franco-piemontesas desataron una serie de insurrecciones en los Estados italianos. Las unidades políticas revolucionarias expulsaron a los monarcas; instauraron gobiernos provisionales en los ducados del centro de la península y en Romaña. Con el final de la influencia austriaca, los insurrectos buscaron anexar sus regiones al Reino de Piamonte;¹⁴⁹ de esta forma, al mismo tiempo que el Estado piemontés se fortalecía por la alianza con Francia, incrementaba su poder frente a Austria con medios externos de fortalecimiento.

[...] [A]lgunas ideas simples emergieron [...]: que el enemigo era verdaderamente uno solo, Austria; se tendría que enfrentar no en las plazas y las calles, no en Nápoles, Milán o Florencia [...]; que eran necesarios un ejército regular y una diplomacia [...]; que se podía contar en Italia sólo con Piamonte y su dinastía, fuertes en su ejército y su diplomacia [...].¹⁵⁰

¹⁴⁸ Véase: H. Hearder, *ibid.*, pp. 183 y 184; I. Montanelli, *op. cit.*, pp. 424 a 436.

¹⁴⁹ L. Salvatorelli, *op. cit.*, pp. 567 a 571.

¹⁵⁰ G. Volpe, *op. cit.*, p. 14.

Las unidades políticas revolucionarias, en virtud de su debilidad frente al patrón austriaco de los regímenes de antiguo y de la amenaza que esto implicaba para su supervivencia y dominación sobre sus sistemas políticos, vieron como opción unirse a un Piamonte fortalecido, en un esfuerzo común de revisión de la relación de poder con el Imperio austriaco.

El resultado de la guerra fue favorable para Piamonte, aunque aún limitado. Francia abandonó a la Casa de Saboya y firmó el armisticio con el Imperio austriaco en Villafranca; se acordó la restauración de los ducados del centro, la creación de una confederación italiana con el Papa como presidente; Venecia seguiría siendo austriaca y Piamonte anexaría Lombardía. Como fuere, este acuerdo que acabó con la guerra no fue más allá de las letras en la que se enmarcó. Asambleas en Toscana, Boloña, Parma y Módena votaron en 1959 anexarse a Piamonte; además, se firmó un pacto secreto entre Francia y el Estado piamontés, acordando plebiscitos en Saboya y Niza como intercambio por el apoyo de Napoleón III.¹⁵¹

Mientras tanto, una fuerza nueva se unió a Piamonte contra Austria —la milicia de Garibaldi. El ejército de Garibaldi —aunque “leal” a Vittorio Emmanuele II, independiente en sus decisiones y campañas— invadió Sicilia y, después, Nápoles, acabando con el Reino de las Dos Sicilias. Así, los Camisas rojas, una vez tomado el sur de Italia, marcharon hacia el centro, para conquistar Roma. Mientras tanto, Piamonte invadió los territorios papales; en octubre de 1860, los dos ejércitos se encontraron.¹⁵²

¹⁵¹ H. Hearder, *op. cit.*, pp. 186 a 190.

¹⁵² Véase: *ibid.*, 192 a 195; I. Montanelli, *op. cit.*, pp. 482 a 499; L. Salvatorelli, *op. cit.*, pp. 572 a 574.

Se acordó un plebiscito en Nápoles, para la unificación —favoreciendo la anexión a Piamonte. Así, en 1861, se eligió al Parlamento del Reino de Italia —bajo las normas del *Statuto* que regía en Piamonte— y se nombró rey del Estado unificado a Vittorio Emmanuele II.¹⁵³ El Estado piamontés había logrado casi la unificación completa de la península, bajo su autoridad; mediante la diplomacia y aprovechando las crisis políticas de los Estados italianos, había logrado fortalecerse mediante políticas imperiales —anexando otras unidades políticas, con sus recursos económicos, estratégicos y poblacionales. La Italia de Piamonte estaba preparada para enfrentar a los ejércitos austriacos; el siguiente paso, después del ascenso, era el revisionismo.

Revisionismo

Cuando se logra el equilibrio con la unidad política disruptiva, es racional desafiar la intrusión e intentar detener el estímulo procedente del sistema internacional. El ascenso de Piamonte se había consolidado en la unificación de Italia; el fortalecimiento con medios internos, con instrumentos diplomáticos y con la expansión del dominio de la unidad estatal piamontesa sobre los sistemas políticos de los otros Estados italianos habían hecho posible el desafío de Piamonte al control austriaco en la península.

A la capacidad de desafiar de la Italia de Piamonte, se sumó el azar (o las circunstancias). Prusia había iniciado el proceso de unificación de Alemania y, como se verá en el apartado siguiente, uno de los rivales que enfrentaba para concretar su

¹⁵³ “*Il re Vittorio Emmanuele II assume per sé e i suoi successori il titolo di Re d’Italia* [El rey Vittorio Emmanuele II asume para sí y sus sucesores el título de Rey de Italia]”, I. Montanelli, *op. cit.*, p. 515.

objetivo era el Imperio austriaco. Mientras los ejércitos piemonteses amenazaban a Austria en el oeste de su territorio, las fuerzas prusianas bajaban desde el norte. “Como preparación para la guerra contra Austria, Bismarck acordó un tratado con Italia (8 de abril de 1866), mediante el cual Italia se comprometía a atacar a Austria en el momento en que Prusia comenzara las hostilidades”.¹⁵⁴

Así, en junio Prusia atacó a Austria; las tropas italianas invadieron la parte austriaca de la península. El ejército alemán arrasó a las fuerzas del Imperio austriaco; “[e]l ejército y la marina italianas eran superiores a su contraparte austriaca”¹⁵⁵ y, para julio, habían capturado Trento y Venecia. A finales de ese mes, Prusia firmó un armisticio con Austria; días después, Italia hizo lo mismo.

Con la guerra, la Italia de Piemonte había logrado expulsar a Austria de la península y cortar de tajo su influencia sobre los territorios italianos. En octubre, se consolidó la revisión de la relación de poder que había con el Imperio austriaco; los representantes de los dos Estados firmaron la Paz de Viena, mediante la cual se concedía al Reino de Italia el territorio de Venecia y se acababa el dominio austriaco en la península. Piemonte había ascendido, convirtiéndose en dueño de Italia; la crisis y la necesidad habían resultado en el ascenso en revisionismo y en la unificación de los Estados italianos. Italia estaba unificada, libre de la intervención extranjera, sometida al control de Piemonte.

¹⁵⁴ Luigi Salvatorelli, *op. cit.*, p. 578.

¹⁵⁵ *Loc. cit.*

Límites de los Estados italianos

Pregunta necesaria es, si todos los Estados italianos enfrentaron los mismos estímulos disruptivos —la invasión napoleónica y luego el dominio austriaco— por qué fue Piamonte y no alguno de los otros Estados italianos la unidad política que logró la unificación —el único que logró ascender y revisar la relación de poder con Austria.

Primer factor limitante para el ascenso fue la geografía. Por un lado, Lombardía y Venecia se encontraban no sólo bajo control directo de Austria, sino que colindaban con el Imperio. En esta parte de la península, fue donde el yugo austriaco tuvo con más fuerza; a diferencia de las otras partes de Italia, en estos territorios no se estableció vasallaje alguno; se implementó un imperio directo, un desequilibrio total, regido por el Estado austriaco. Por otro lado, respecto a los ducados centrales, éstos se encontraban en una posición geográfica limitante: sus territorios eran menores, comparados con los otros Estados italianos; los recursos presentes en esas zonas eran principalmente agrícolas; se encontraban en el centro de la zona de amortiguamiento, haciendo cualquier movimiento político amenazante para sus vecinos y, por lo tanto, arriesgado. El potencial de ascenso se veía impedido por las situaciones geográficas de Lombardía, Venecia y los ducados de Parma, Módena y Toscana.

Segundo factor limitante fue el papel que desempeñaba Austria en los Estados italianos que no buscaron ascender en revisionismo. Las unidades políticas dominantes en los ducados, el papado y la monarquía napolitana se mantuvieron totalmente dependientes del poder austriaco para continuar la dominación sobre sus sistemas políticos; a diferencia de Piamonte, donde la unidad estatal logró

fortalecerse mediante las reformas moderadas de 1848, cuando Carlo Alberto concedió el *Statuto* y donde la enemistad con Austria hacía improbable un posible rescate del régimen de la Casa de Saboya por soldados imperiales austriacos. Las unidades dominantes de los demás Estados italianos no veían alterados los desequilibrios de sus sistemas políticos —factor que los mantenía en posición de primacía— por la intervención austriaca; todo lo contrario, Austria mantenía esta situación. Esto no sucedía cuando grupos revolucionarios tomaban el poder en estas partes de la península; para éstos la necesidad de ascender para revisar la relación con Austria y expulsar su influencia de sus territorios los llevó, en varias ocasiones, a buscar aliarse (y anexarse) con Piamonte. La dependencia de Austria hizo, de los regímenes restaurados, vasallos acomodados con los intereses austriacos; al mismo tiempo, resultó en que los movimientos de insurrección en estas partes de Italia fueran unidades revisionistas. Este factor jugó a favor de Piamonte en su ascenso contra la presencia austriaca.

Así, ante los límites geográficos y la inexistente necesidad de acabar con una presencia austriaca que les resultaba benéfica frente a sus rivales internos, para las unidades políticas que dominaban sobre los sistemas internos de los Estados italianos del centro y sur de la península, no era necesario ascender en revisionismo, pues no había relación de poder que revisar. La situación era distinta para los gobiernos republicanos, que se instauraban cuando en estos territorios vencían por momentos las revoluciones, y para el Estado de Piamonte.

II. PRUSIA EN ASCENSO Y REVISIÓN

Tras la Guerra de los Treinta Años, los Estados alemanes se vieron disminuidos en número, pero, los que sobrevivieron se fortalecieron. En las décadas siguientes, la guerra fue constante entre las unidades políticas que se dividían Alemania. Una de éstas, Prusia, se fortalecía ante la oportunidad que surgió con la Paz de Westfalia. Después de la Guerra de Sucesión Española, Prusia confirmó su posición de gran potencia. Federico Guillermo I sentó las bases para el ascenso de Prusia, al reorganizar e incrementar la burocracia estatal, reformar el sistema impositivo, reforzar al ejército y suprimir el gobierno autónomo de los pueblos y las ciudades prusianos. Durante el reinado de Federico II, el Estado prusiano participó en la Guerra de Sucesión Austriaca —en la cual anexó Silesia— y participó en la repartición de Polonia; con la victoria en la Guerra de los Siete Años, Prusia afirmó su influencia en Europa y su poder en Alemania.¹⁵⁶

A finales del siglo dieciocho, la revolución en Francia sacudió no sólo a las sociedades europeas, sino el *status quo* político entre las potencias del continente. Como reacción a la caída de la monarquía, una coalición, conformada por ejércitos de Prusia y Austria, invadieron Francia. Como fuere, después de guerras civiles y golpes de Estado, la república se tornó en triunvirato y, después, en imperio; los ejércitos napoleónicos cambiarían la distribución de poder en el continente.

¹⁵⁶ James K. Pollock y Homer Thomas, *Germany in Power and Eclipse: The Background of German Development*, Nueva York, D. Van Nostrand, 1952, pp. 75 a 77.

Sumisión

Los ejércitos franceses empezaron su expansión sobre Europa en la Península itálica y en los territorios alemanes, una vez acabada la tormenta de la Revolución. Para finales de 1794, decenas de Estados del oeste alemán se encontraban bajo el yugo de Francia. Las monarquías del Rin se organizaron por sus conquistadores en nuevas unidades territoriales, sometidas por nuevos grupos políticos —lógicamente, favorables al dominio francés. Así, “los Estados menores que se habían visto beneficiados por Napoleón eligieron separarse del Sacro Imperio Romano [o de lo que de éste quedaba] y se pusieron bajo la protección de Francia”.¹⁵⁷

La expansión napoleónica no se detuvo con la creación de la Confederación del Rin; en Austerlitz, las tropas del Imperio austriaco sucumbieron ante Napoleón. Ante la amenaza inminente, Prusia pactó una alianza con Sajonia y Brunswick y declaró la guerra a Francia. Sin necesidad de pretexto mayor, el ejército francés avanzó hacia el este de Alemania, para enfrentar a la coalición germánica. El mismo día —catorce de octubre de 1806—, dos batallas marcaron el destino de Prusia, Jena y Auerstadt. En ambas, las derrotas de los prusianos fueron desastrosas; poco después, Napoleón marchaba a un lado de la Puerta de Brandemburgo.

La familia real y lo que quedaba del ejército prusiano huyeron al este de Prusia, buscando unir fuerzas con Rusia. Después del arreglo que acabó por un tiempo con la guerra entre Rusia y Francia, no quedó a Prusia alternativa y en 1807 se firmó la Paz de Tilsit, en la cual la sumisión ante Francia se hizo total. Primero, el

¹⁵⁷ Mary Fulbrook, *A Concise History of Germany*, Cambridge, University Press, 1990, p. 98. Como se ha dicho antes, si el poder que somete no amenaza el dominio de la unidad política estatal e, incluso, como en este caso —los Estados alemanes menores—, si la unidad política imperial protege a los dominantes de estos sistemas políticos, no hay ni estímulo, ni necesidad —aunque, claro, tampoco posibilidad— que resulten en el intento de ascender en revisionismo. Como se verá adelante, lo contrario ocurrió en Prusia.

oeste del territorio prusiano quedaban bajo dominio francés; segundo, Prusia quedaba bajo el Sistema continental de comercio;¹⁵⁸ tercero, terminaba la presencia prusiana en Polonia; cuarto, Prusia quedaba obligada a pagar el costo de la guerra a Francia y a proveer de hombres y recursos a los ejércitos napoleónicos.¹⁵⁹

Las tropas francesas ocuparon la mayor parte de lo que quedaba del Estado prusiano; se acuartelaron en sus fortalezas; sus ciudades estaban bajo comandantes franceses; incluso los impuestos se recolectaban por oficiales franceses.¹⁶⁰

La sumisión de Prusia ante el invasor era innegable y crítica.

Crisis

La unidad estatal prusiana se refugió en la parte este del territorio que había dominado. Su debilidad era tal que, una vez que Rusia cesó hostilidades con el Imperio francés, el zar Alexander obligó a la monarquía prusiana a aceptar los términos de la Paz de Tilsit. Como se dijo antes, eran los generales de Napoleón quienes dominaban Prusia. El imperio prusiano se desmanteló y, en las fronteras de lo que quedaba de su dominio, se fundaron Estados de amortiguamiento, que disuadirían intentos futuros de revisión — se fortaleció a Sajonia; de lo confiscado en Polonia, se creó el Gran Ducado de Varsovia; Brunswick, Hesse y Fulda se convirtieron en parte del Reino de Westfalia, bajo Jerónimo Bonaparte.¹⁶¹ El estado

¹⁵⁸ Mercado común, bajo el control de Francia, que buscaba excluir del comercio europeo a los rivales del Imperio napoleónico —principalmente al Reino Unido.

¹⁵⁹ Ralph Flenley, *Modern German History. With Two Additional Chapters (XIII and XIV) Covering the War of 1939-45 and the Post-war Years* (by Robert Spencer), ed. revisada, Londres, J. M. Dent & Sons, 1964, p. 118 a 119.

¹⁶⁰ *Ibid.*, p. 123.

¹⁶¹ *Ibid.*, pp. 119 y 123.

de crisis se agudizaba y los movimientos jacobinos se expandían sobre los territorios alemanes; “[...] se desintegró toda [la] estructura estatal [prusiana]”.¹⁶²

Así, Federico Guillermo se vio en necesidad de llamar a quien antes había formado parte de su gabinete, Karl Friedrich vom Stein, como ministro principal. La situación era tal que se decía de Stein “el único hombre que puede salvar lo que queda de Prusia”.¹⁶³ Durante seis años, los territorios alemanes y el Estado prusiano estuvieron sometidos al dominio napoleónico; “[...] el rey de Prusia no se movía y sus esfuerzos esporádicos eran vanos”.¹⁶⁴

Así, ante la amenaza de los grupos políticos y las ideas liberales que venían con los ejércitos franceses, frente a la posibilidad de que, en el paso siguiente de su expansión, Napoleón acabara por exterminar a la Casa Real prusiana —como había hecho con otras— y, por lo tanto, en la necesidad de acabar con el estímulo disruptivo que provenía del exterior, Prusia buscó fortalecerse —ascender—, para revisar la relación de poder que la oprimía ante el Imperio napoleónico.

Ascenso

En el reducido territorio que permaneció bajo el control de Federico Guillermo, parte fundamental del fortalecimiento de Prusia fueron los factores internos de poder. En primer lugar, con la llegada de Stein, se implantaron cambios en el sistema económico prusiano, que llevaron al desarrollo del capitalismo: se eliminaron las tarifas internas al comercio; se abolió la servidumbre y las restricciones

¹⁶² Eva Alexandra Uchmany, *La proyección de la Revolución francesa en Alemania (hasta el Congreso de Viena)*, México, UNAM, 1975, p. 107.

¹⁶³ R. Flenley, *op. cit.*, p. 125.

¹⁶⁴ *Ibid.*, p. 120.

estamentarias, liberando las fuerzas laborales y la inversión en un mercado libre; además, “[...] la reforma agraria y la reforma municipal permitieron la libertad profesional [...][, lo que resultó en] la libre movilidad de las personas y de sus propiedades”.¹⁶⁵ La economía prusiana despegó; de estar anquilosada en prácticas protocapitalistas, limitadas por el antiguo régimen, la economía de Prusia se volvió cada vez más dinámica.¹⁶⁶

En segundo lugar, el orden social prusiano se vio reformado entorno a un objetivo: exaltar el sentimiento nacional. “La reforma urbana tuvo por propósito fomentar la conciencia de la ciudadanía y por esto traspasó la administración de los asuntos de la ciudad a manos de la comunidad municipal”;¹⁶⁷ además, por primera ocasión, se votaba por los representantes en los consejos de las ciudades. Se concedieron derechos ciudadanos; al mismo tiempo, se estableció la educación básica obligatoria, donde se enseñaban valores nacionales y se implementó el servicio militar obligatorio.¹⁶⁸

En tercer lugar, tomando a Francia, como modelo, Clausewitz, Scharnhorst y Gneisenau cambiaron al ejército prusiano, a partir del establecimiento de una meritocracia, de preparación técnica y de nacionalismo. Se suprimieron los privilegios de nacimiento en el comando y la participación en las fuerzas armadas; la preparación de las tropas se hizo intensiva, rotativa y profesional, para hacer frente a la presencia francesa; se prohibió la participación de mercenarios en el ejército; “[e]l soldado no debía entender el servicio como una obligación forzada, sino como

¹⁶⁵ E. A. Uchmany, *op. cit.*, p. 141.

¹⁶⁶ *Ibid.*, pp. 120 a 140; R. Flenley, *op. cit.*, p. 126.

¹⁶⁷ E. A. Uchmany, *ibid.*, p. 145.

¹⁶⁸ *Ibid.*, pp. 145 a 150; R. Flenley, *op. cit.*, pp. 126 y 127; Mary Fulbrook, *op. cit.*, p. 100.

un deber intrínseco personal que emanaba de la relación del hombre libre con su patria”.¹⁶⁹ Así, “gradualmente formaron un nuevo ejército prusiano que consistía en tropas regulares y profesionales, como núcleo, con la milicia y la conscripción general de la población masculina, como reservas, para convocarse en caso de necesidad”.¹⁷⁰ El nacionalismo y la preparación fueron fundamentales en el fortalecimiento militar de Prusia.¹⁷¹ Sin embargo, fue la necesidad de ascenso en revisionismo lo que llevó a estos cambios; el ejército prusiano, uno de los más poderosos de Europa no necesitó de reforma alguna, hasta la llegada de los ejércitos ciudadanos de masas, al mando de Napoleón; ante rival semejante, las tropas de los regímenes antiguos sucumbían o se transformaban.

Al fortalecimiento interno, se sumó el ascenso mediante la diplomacia. La invasión francesa a Rusia abrió la oportunidad para volver a forjar una alianza con el Estado ruso. “El 22 de enero, Federico Guillermo III había ido a instalarse en Breslau y el 28 de febrero, en Kalisch, concertó una alianza con Alejandro; declaró la guerra a Napoleón y el 16 de marzo proclamó la leva en masa”.¹⁷² Ese septiembre, se unió Austria a la coalición.

Así, ante el estímulo disruptivo de la conquista y la ocupación francesa de Prusia, en los estrechos límites de territorio prusiano sin presencia francesa, a base de medidas de fortalecimiento interno y de alianzas con los rivales del Imperio napoleónico, la unidad política de la casa real prusiana ascendió con el objetivo de

¹⁶⁹ E. A. Uchmany, *ibid.*, p. 159.

¹⁷⁰ Marshall Dill, *Germany: A Modern History*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1961, p. 81.

¹⁷¹ *Loc. cit.*; E. A. Uchmany, *op. cit.*, pp. 151 a 160; Mary Fulbrook, *op. cit.*, p. 100; R. Flenley, *op. cit.*, p. 127.

¹⁷² G. Lefebvre, *La revolución francesa...*, *op. cit.*, p. 268.

revisar la relación de sumisión que sobre ella se había impuesto por el extranjero. Una vez en igualdad de poder, Prusia intentó el revisionismo.

Revisionismo

La fortuna favoreció al Estado prusiano y a la coalición; la campaña en Rusia diezmó los ejércitos napoleónicos y dejó al Emperador de los franceses debilitado frente a la alianza de las potencias europeas. Ante el avance de los aliados, los monarcas alemanes se declaraban contra el yugo francés que gustosos habían aceptado cuando el Imperio los protegía; Prusia y Austria se presentaban como los liberadores de Alemania ante el invasor francés.

Los coligados tenían al fin la superioridad numérica: quinientos doce mil hombres contra cuatrocientos sesenta y ocho mil. [...] Formaron tres ejércitos: en Bohemia, austriacos, rusos y prusianos [...]; en Silesia, prusianos y rusos [...]; en el norte, rusos y suecos.¹⁷³

Los inicios de la campaña, en agosto de 1813, estuvieron marcados por victorias de los ejércitos de Napoleón; en octubre, la balanza se inclinó hacia la coalición. La última batalla se libró en Leipzig —ciento sesenta mil soldados franceses se enfrentaron contra trescientos veinte mil aliados—; la derrota del Imperio francés hizo que sus vasallos alemanes se rebelaran y se alzaran en su contra. Poco después, acababa el Imperio de Napoleón —ni los Cien Días lo resucitarían.¹⁷⁴

De la ruina, Prusia había ascendido por la necesidad de acabar con la irrupción napoleónica; tras seis años de sumisión y casi de extinción, se había

¹⁷³ G. Lefebvre, *op. cit.*, p. 270.

¹⁷⁴ *Ibid.*, pp. 270 a 275; M. Dill, *op. cit.*, pp. 84 y 85.

transformado, para ascender; las alternativas eran revisión o agonía. Para el final de la época de las Guerras de Napoleón, los ejércitos prusianos se alzaban como la fuerza terrestre más poderosa del continente; Prusia, en su ascenso revisionista, no sólo había logrado terminar con el yugo francés, se había convertido en unas de las grandes potencias europeas. A partir de entonces, se comportaría como tal.

Los años que siguieron y la unificación

Tras el fin del orden napoleónico en Alemania, esta zona se convirtió en amortiguador entre Austria y Prusia; ambos poderes lucharon por la unidad de los Estados alemanes, bajo su bandera. En el Congreso de Viena, se acordó la formación de una confederación que agrupara a los monarcas alemanes, para evitar esfuerzos expansionistas prusianos sobre esta zona.

La Confederación contrapesó la fuerza militar superior de Prusia con el mayor prestigio y legitimidad de Austria. El propósito [...] era impedir la unidad alemana sobre una base nacional [y] conservar los tronos de los diversos príncipes y monarcas alemanes.¹⁷⁵

Poco a poco, Prusia incrementó su poder frente a rivales inmediatos —Austria, Rusia y Francia. La industrialización aceleró aún más el desarrollo económico prusiano, la tecnología militar y la movilidad interna. Las reformas constantes al régimen prusiano implantaron un nacionalismo autoritario, útil para el fortalecimiento interno y externo del Estado. Años después, la llegada de Bismarck implicó el empujón final hacia la expansión sobre Europa.

La unificación italiana —como se vio antes— fue resultado del ascenso en revisionismo de Piamonte frente a Austria; pregunta importante es si la unificación

¹⁷⁵ Henry Kissinger, *La diplomacia*, 2ª ed., 4ª reimpr., Mónica Utrilla trad., México, FCE, 2012, p.76.

alemana no fue, como en Italia, consecuencia de un intento de Prusia de ascender para revisar la relación de poder con otra potencia —como Austria, Francia o Rusia. El Estado prusiano ascendió en revisionismo frente a Francia, durante la época de las Guerras napoleónicas; después, se consolidó como uno de los grandes poderes europeos; su fortalecimiento continuó y resultó en la unificación de los Estados alemanes, pero es relevante aclarar que esta acción no fue en respuesta a ninguna sumisión ni crisis interna, ocasionados por poder externo alguno. Desafiar militarmente a Prusia en la posguerra napoleónica habría sido una acción osada e irracional; esto, lógicamente, no ocurrió.

Las dos unificaciones europeas del siglo diecinueve tuvieron razones distintas tras de sí; mientras Piamonte ascendía en revisionismo por necesidad, Prusia se expandía como imperio por posibilidad. En Italia, Austria estaba en posición dominante; en la región alemana, la rivalidad austriaca con el Estado prusiano impedía a ambos cualquier intento de primacía en la zona.

III. POLONIA, LOS LÍMITES DEL VENCIDO

Este territorio, históricamente, conformó una zona de amortiguamiento entre las potencias del centro y del este de Europa —Prusia, Rusia, Austria e incluso el Imperio otomano. La sumisión de Polonia fue constante; cambiaban sus patrones; ascendían y caían las potencias; la dominación externa continuaba. La necesidad de ascenso se veía impedida por los límites de la geografía política, por la lucha por el poder de los Estados vecinos —por las circunstancias.

A finales del siglo diecisiete, la pugna por la sucesión del reino polaco —entre el príncipe Conti, apoyado por Francia y Austria, y Federico Augusto, por Rusia y Prusia— resultó en una guerra civil, que con la ventaja de las tropas rusas, se tornó en la victoria del que se coronaría como Augusto II. El nuevo monarca debía lealtad a Pedro el Grande y era completamente dependiente de él —si Rusia lo abandonaba, su rival tomaría el trono, con el apoyo de sus aliados—; así, el Estado vasallo de Polonia se vio obligado a entrar a la guerra contra Suecia, del lado de Rusia —“se encontraba [...] entre un aliado peligroso y un adversario terrible”.¹⁷⁶

La dominación rusa en Polonia se detuvo con la derrota frente a Suecia, pero esto no implicó la libertad frente al control externo; soldados suecos invadieron; ocuparon Varsovia y Carlos XII de Suecia declaró vacante el trono polaco. Así, el monarca sueco nombró a Estalishno Leszczyński e implantó su dominio sobre el sistema político polaco. Como fuere, el Estado ruso respaldó militarmente al derrocado Augusto II —su vasallo— y, después de la guerra civil, Pedro el Grande logró restaurar su imperio en Polonia.¹⁷⁷ Durante las décadas siguientes, cualquier intento de levantamiento contrario al monarca de Rusia se sofocaba por los ejércitos del zar. La unidad política que lograra prevalecer en el sistema político polaco era dependiente del patrón extranjero para su dominio y su supervivencia; perder el apoyo del poder externo habría implicado la ruina; ascender en revisionismo contra la potencia imperial no sólo habría sido irracional, era innecesario. La amenaza a la

¹⁷⁶ M. Luzscienski, *Historia de Polonia: de los orígenes al momento actual*, 3ª ed., María Luz Morales trad., Barcelona, Surco, 1963, pp. 189 a 190.

¹⁷⁷ Józef Andrzej Gierowski, “The International Position of Poland in the Seventeenth and Eighteenth Centuries”, en J. K. Fedorowicz (ed.), *A Republic of Nobles: Studies in Polish History to 1864*, Cambridge, University Press, 1982, pp. 231 a 233.

primacía de la unidad política estatal no venía del exterior, sino de los rivales internos y sus aliados europeos.

A la muerte del último de los Augustos, Catalina la Grande nombró rey de Polonia al conde Poniatowski; como dijo la zarina al respecto,

Hay que prestar atención, sobre todo, a que la forma actual del gobierno polaco sea mantenida íntegramente; [...] que la fuerza armada no se aumente jamás. [...] Después de profundizar bien todos los motivos y sin detenerse ante todas las eventualidades posibles, es indispensable que convenga, útil a nuestros verdaderos intereses, en una palabra, que deba su elevación sólo a nosotros. En la persona del conde Poniatowski hallamos todas la cualidades necesarias y, en consecuencia, hemos decidido elevarle al trono de Polonia.¹⁷⁸

El trono de la nueva casa real —como la anterior— era dependiente de Rusia; no ascendería en su contra; no era necesario, no había estímulo disruptivo en el sistema político interno. “La posición internacional de Polonia nunca había sido tan irrelevante como al principio del reinado de [...] Poniatowski. Se había reducido a la dependencia de su enorme vecino ruso [...]”.¹⁷⁹ Disidentes contrarios a Poniatowski formaron una Confederación, para oponerse al dominio ruso. Durante cuatro años de guerra civil, recibieron ayuda financiera y militar de Francia; sin embargo, en 1772, Rusia acaba de tajo con la rebelión y decide, junto con Prusia y Austria, repartir el territorio polaco. “El propio rey Estanislao-Augusto Poniatowski se vio obligado a sancionar el reparto”.¹⁸⁰

A finales del siglo dieciocho, Rusia se había involucrado en dos guerras — contra Turquía en 1787 y contra Suecia en 1788— y, al concentrar su fuerza y sus recursos en estos conflictos, había disminuido su control sobre Polonia. Así, durante

¹⁷⁸ M. Luzscienski, *op. cit.*, pp. 212 y 213.

¹⁷⁹ J. A. Gierowski, *cap. cit.*, p. 235.

¹⁸⁰ M. Luzscienski, *op. cit.*, p. 229.

estos años, el Estado polaco de Poniatowski busca fortalecerse; “[e]l comercio, la agricultura y la industria se levantan[;] [s]e explotan de nuevo las riquezas del suelo, se trazan carreteras y algunos magnates emplean sus capitales en vastas empresas económicas”¹⁸¹ y el rey juró la constitución elaborada por la Dieta. Aspecto fundamental fue el fracaso del fortalecimiento del Estado polaco: el ejército; sin hombres, sin equipamiento ni entrenamiento, no fueron rivales para las fuerzas rusas que en 1792 invadieron para retomar el control de su vasallo. La derrota total de Polonia y el fin de su posible ascenso resultaron en la segunda repartición de los territorios polacos, entre Prusia y Rusia. Ese mismo año, otro movimiento, al mando de Kosciuszko, buscó desafiar a las potencias invasoras; el fracaso de éste, acabó en el tercer reparto y el fin de Polonia, en 1795.

Años después, con la expansión del Imperio francés, Napoleón estableció sobre el territorio polaco conquistado el Gran Ducado de Varsovia, bajo la monarquía de Sajonia. A cambio de la protección del emperador, las poblaciones polacas debían proveer de recursos a la metrópoli y de hombres a las legiones napoleónicas. De todas formas, el Estado establecido en Varsovia dependía de la fuerza francesa para mantenerse en pie y de la suerte del emperador para sobrevivir. “[...][N]o hubo ningún Estado más sometido ni más fiel a Napoleón”, dicen Bergeron *et al.* acerca del Reino de Sajonia y Ducado de Varsovia.¹⁸² La unidad política que se impuso para dominar el sistema político polaco durante la época napoleónica estaba impedida para ascender frente al poder dominante y, al ser dependiente en su

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 232 y pp. 205 a 218. Stanisław Arnold y Marian Zychowski, *Esbozo de Historia de Polonia: Desde los orígenes hasta nuestros días*, Varsovia, Ediciones Polonia, 1963, pp. 66 a 72.

¹⁸² *La época de las revoluciones europeas 1780-1848*, 23^a ed., trad. Francisco Pérez, México, Siglo veintiuno editores, 2006, p. 134.

supervivencia, no necesitaba revisar la relación de poder con el Imperio francés, esto habría implicado su destrucción. Vencido Napoleón en Leipzig, el destino de Polonia quedó sellado. Los aliados se repartieron el territorio en cuatro partes y lo que antes había sido territorio polaco desapareció, hasta su renacimiento artificial al final de la Primera Guerra Mundial.¹⁸³

La Francia napoleónica fungió como catalizador de los intentos de ascenso en revisionismo en el siglo diecinueve europeo; la expansión de una potencia, la creación de un imperio, resultó en dos movimientos contrarios: los que intentaron deshacerse de los yugos de grandes potencias y los que buscaron restaurar el *status quo* anterior a la aparición de Bonaparte. Piamonte se convirtió en Italia; Prusia se tornó poderosa; Polonia permaneció a merced de los poderes que la rodeaban.

El ascenso de los poderes revisionistas implica la disrupción en el sistema internacional; nuevas grandes potencias se enfrentan a los poderes existentes, al mismo tiempo que expanden su dominio sobre las unidades menores. La historia no termina; la lucha por el poder se alimenta de las reacciones ocurridas en ésta. Poderes revisan; potencias ascienden; imperios perecen.

¹⁸³ M. Luzscienski, *op. cit.*, pp. 257 a 276; Felix Markham "The Napoleonic Adventure", p. 332 y E. V. Gulick, "The Final Coalition and the Congress of Vienna, 1813-15", p. 648, ambos en C. W. Crawley (ed.), *The New Cambridge Modern History*, VOL. IX, *War and Peace in an Age of Upheaval, 1793-1830*, Cambridge, University Press, 1974.

CONSIDERACIONES FINALES

Las circunstancias que resultan de la mezcla de la incertidumbre con la voluntad de poder son el conflicto. La política es fundamentalmente una contienda. La fórmula “*Who gets what, when, and how* [quién consigue qué, cuándo y cómo]”¹⁸⁴ implica contienda, pues de lo contrario, para qué importaría estudiar al que logra hacerse con algo y la forma en que lo logró. La lucha por el poder es el núcleo de la política, pues, en un sistema en el cual las unidades son estratégicamente interdependientes y la información es incompleta, las oportunidades se limitan, la supervivencia se ve amenazada y, por lo tanto, la primacía se ambiciona.

Las acciones resultan en consecuencias; cuando el actuar tiene lugar en una red de interdependencia, las reacciones son lógicas. Las decisiones de los grandes poderes en el sistema interestatal tienen efectos en las relaciones entre Estados y, en ocasiones, también sobre las fuerzas y las dinámicas de los sistema políticos internos.

¹⁸⁴ Véase: H.D. Lasswell, *Politics...*, *op. cit.*

El ascenso en revisionismo resulta de los movimientos políticos del exterior, cuando alteran la política en el interior. El fuerte se comporta impune ante el débil; los sistemas, por su lógica, responden a los estímulos de los poderosos sobre los menores.

ASCIENDE; REvisa

Por motivos de la contienda política internacional, uno de los Estados, aprovechando su fuerza, somete a otro. La sumisión frente al poder externo resulta en la disrupción de las dinámicas en el sistema político interno. El estímulo que proviene de la política interestatal irrumpe en el desequilibrio que permite a la unidad política estatal mantener su primacía y el dominio sobre la población y el territorio; las unidades políticas se equilibran en su poder y surge la crisis.

Para sobrevivir, aumentar su libertad de acción e imponer un orden que sea favorable a sus intereses, las unidades políticas buscan dominar sobre sus rivales. El Estado se enfrenta, así, a una lucha constante en el sistema político interno; la primacía no puede ser absoluta y las victorias nunca son totales. Ante la crisis que resulta de la intervención de otro poder, los contrarios a la unidad estatal se fortalecen y las fuerzas de la política interna se equilibran. De la sumisión, se origina el desafío.

Ante la irrupción en el sistema político interno, resultan dos escenarios posibles: el cambio o la permanencia. Si de la contienda resulta un nuevo dominante, se habrá derrocado a la unidad política estatal; en cambio, si, a pesar de la lucha, el grupo en el poder se mantiene en primacía, su fuerza se verá aumentada y sus rivales habrán regresado a la opresión. No obstante, sin importar el resultado y el victorioso,

el factor disruptivo de la sumisión ante la potencia externa continúa y el riesgo de otra crisis que amenace la supervivencia de la unidad estatal es latente. El ascenso para cambiar la relación de poder en el sistema interestatal es necesario.

Así, ante la necesidad, la unidad preeminente del sistema político interno busca incrementar sus factores de poder. El que asciende en revisionismo se expande sobre su sociedad, su economía y sus rivales; somete a sus inferiores en el sistema interestatal, a base del imperio, para obtener de éstos los medios de su ascenso y, de ser necesario, establece convenios diplomáticos con otros poderes, para respaldar su fortalecimiento. De tener éxito, la unidad política habrá ascendido frente al que irrumpe en su dominio; sin embargo, la oportunidad —las condiciones propicias— es factor fundamental del ascenso en revisionismo, como se vio en este trabajo.

Una vez alcanzado el equilibrio de poder con la potencia que lo sometía, el que ha ascendido revisa la relación de poder, acaba con el yugo que sobre sí se imponía. El poder surgido de la necesidad de alterar el sistema internacional ha alcanzado la cúspide de las potencias; en adelante, hasta que la historia y la realidad se lo permitan, se comportará como uno más de los grandes poderes; sin importar su futuro, su ascenso habrá estado marcado por el revisionismo. Éste es el ascenso de los poderes revisionistas.

TEORÍA E HISTORIA

En este trabajo se han analizado casos de Oriente cercano en la Edad de Bronce tardía y de Europa en el siglo diecinueve. El Imperio hitita, Asiria, Piamonte y Prusia ascendieron con éxito para revisar la relación de poder con las potencias que los sometían. Las ciudades-Estado de Palestina y el Levante se vieron impedidas para

levantarse en revisionismo o no lo necesitaron —al ser dependientes los dominantes locales de la unidad política externa. Polonia, a pesar de la presencia del estímulo que puede desencadenar el ascenso revisionista, se enfrentó a la realidad geopolítica y permaneció a merced de sus vecinos. La Babilonia de los Casitas no surgió en revisionismo, sino que, ante el vacío de poder, dejado por la salida de las fuerzas hititas del territorio babilonio, recuperó el imperio que había heredado. Como fuere, la teoría del ascenso en revisionismo explica de forma satisfactoria el ascenso, sus límites y las distintas trayectorias de estos poderes; la realidad histórica encaja con la explicación provista por la teoría.

“La ciencia es la reducción de la apabullante diversidad de eventos únicos en una uniformidad controlable dentro de uno de los numerosos sistemas de símbolos”, dice Huxley.¹⁸⁵ Esto es lo que se ha hecho en este trabajo. Completamente distintos en cuanto al tiempo, la geografía, las ideologías y las formas de gobierno presentes, las poblaciones, la economía, las sociedades, las costumbres, las culturas y las creencias, dos sistemas internacionales y los sistemas internos contenidos en éstos tienen los mismos resultados ante el fenómeno estudiado; ocurren las mismas tendencias, suceden los mismos procesos e interactúan las mismas fuerzas. La lucha por el poder sucede sin importar otro contexto más que el de la interdependencia estratégica, que obliga a la búsqueda de la supervivencia, a establecer un orden y a alcanzar la primacía; los patrones que se encuentran en la historia coinciden con los enunciados que se han formulado, de forma parsimoniosa, en este trabajo. Al ser la política una realidad intrínseca a las relaciones humanas, su dinámicas y lógicas se

¹⁸⁵ “Education on the Nonverbal Level”, *Daedalus*, vol. 91(2), 1962, pp. 279 a 293.

aplican en todo tiempo y en todo lugar; por lo tanto, se espera que los argumentos teóricos derivados de ésta tengan el mismo alcance. La teoría del ascenso en revisionismo es útil en el análisis político, sin importar momento, circunstancia geográfica o condición social.

IRRUMPE

Pareciera que lo descubierto por Newton es ley no sólo del ámbito físico de la naturaleza, sino también de las relaciones de los seres humanos y sus grupos. “*Actioni contrariam semper et æqualem esse reactionem [...]*” —a una acción ocurre una reacción siempre, contraria y de igual forma.¹⁸⁶ Las leyes del movimiento newtonianas sólo se entienden en un sistema donde la materia y las fuerzas se encuentran en interdependencia, donde todo está conectado y el vacío no es regla, sino excepción.

El cambio político tiene lugar dentro del sistema, frente a sus partes y sus fuerzas. La interdependencia estratégica y vital de las unidades resulta en movimiento y, a cada acción, corresponden reacciones contrarias y de magnitud igual. El movimiento en el vacío es infinito, eterno. La acción en ambiente vacío sería también ilimitada; perdería el nombre de política, pues no sería más guerra —fricción, conflicto—, sino sólo quietud, utopía. Así, al tener lugar en la realidad combativa de la lucha por el poder, el ascenso se encuentra con los límites del sistema.

A cada paso que se avanza hacia el sueño, la utopía —en su carácter de lugar

¹⁸⁶ “Axiomata, sive leges motus”, *Philosophiæ naturalis principia mathematica*, 3ª ed. actualizada y enmendada, Londres, Guil. & Joh. Innys, 1726, p. 13, <http://www.thelatinlibrary.com/newton.leges.html>.

inexistente— se aleja.

He aquí la complejidad, la fascinación y la tragedia de toda la vida política. La política se forma de dos elementos —utopía y realidad—, pertenecientes a dos planos distintos que nunca se pueden encontrar. [...] Cada situación política contiene elementos mutuamente incompatibles de utopía y realidad, de moralidad y poder.¹⁸⁷

Sin embargo, como dice Maquiavelo,

[...] la fortuna es voluble, mientras los hombres son obstinados en sus caminos; los hombres prosperan siempre que la fortuna y la acción política concuerden, y donde hay discrepancia, perecen. Con toda firmeza, aseguro: que es mejor ser impetuoso que cauteloso.¹⁸⁸

La perfección parece inalcanzable, al menos, en la política; ascender implica alterar el *status quo*; la irrupción provoca el desafío. No importan motivos ni potencias; el actuar se encuentra con la realidad. Sin embargo, no hay alternativa; luchar e intentar prevalecer o aceptar y perecer.

¹⁸⁷ Edward Hallett Carr, *The Twenty Years' Crisis, 1919-1939. An Introduction To The Study Of International Relations*, reimpr. Nueva York, Perennial, 2001, pp. 93 y 94..

¹⁸⁸ *The Prince*, op. cit., p. 133.

BIBLIOGRAFÍA

PARTE I. EL ASCENSO

- Berle, Adolf A., *Power*, Nueva York, Harcourt, Brace & World, 1969.
- Bull, Hedley, *The Anarchical Society. A Study of Order in World Politics*, Londres, Macmillan, 1977.
- Carlsnaes, Walter, "Foreign Policy", en Walter Calrsnaes, Thomas Risse y Beth A. Simmons, *Handbook Of International Relations*, Londres, Sage, 2001, pp. 331 a 149.
- Carr, Edward Hallett, *The Twenty Years' Crisis, 1919-1939. An Introduction To The Study Of International Relations*, reimpr. Nueva York, Perennial, 2001.
- Claude, Inis L., *Power And International Relations*, Nueva York, Random House, 1962.
- Clausewitz, Karl von, *De la guerra*, trad. Julio Tello, 1ª reimpr., México, Colofón, 2015.
- Easton, David, *A Systems Analysis Of Political Life*, Nueva York, John Wiley & Sons, 2ª reimpr., 1967.
- Eckstein, Harry, "On the Etiology of Internal Wars", *History and Theory*, vol. IV, núm. 2 (1965), pp. 133 a 163, en George A. Kelly y Clifford W. Brown, Jr. (eds.),

- Struggles in the State. Sources and Patterns of World Revolution*, Nueva York, 1970, pp.
- Foucault, Michel, *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*, trad. Horacio Pons, 6ª reimpr., Buenos Aires, FCE, 2014.
- Fukuyama, Francis, *Political Order And Political Decay. From The Industrial Revolution To The Globalization Of Democracy*, Nueva York, Farrar, Straus And Giroux, 2014.
- Gilpin, Robert, *War And Change In World Politics*, Nueva York, Cambridge University Press, 1981.
- _____, "The Richness of the Tradition of Political Realism", *International Organization*, vol. 39, núm. 2 (primavera, 1984), p
- Gourevitch, Peter, "The Second Image Reversed: The International Sources Of Domestic Politics", *International Organization*, vol. 32, núm. 4, otoño de 1978, pp. 881-912.
- Gramsci, Antonio, *Escritos políticos (1917-1933)*, 2ª ed. modificada, Raúl Crisafio (trad.), México, Pasado y presente, 1981.
- Hobbes, Thomas, *Leviathan or the Matter, Forme, and Power of a Commonwealth, Ecclesiasticall and Civill*, ed. con una introducción C. B. MacPherson, Londres, Penguin Books, 1985.
- Huxley, Aldous, "Education on the Nonverbal Level", *Daedalus*, vol. 91(2), 1962, pp. 279 a 293.
- Kaplan, Robert D., *The Revenge of Geography: What the Map Tells Us about Coming Conflicts and the Battle against Fate*, Nueva York, Random House, 2012.

- Layne, Christopher, "The Unipolar Illusion: Why New Great Powers Will Rise", *International Security*, vol. 17, núm. 4 (primavera, 1993), pp. 5 a 51.
- Leiden, Carl y Karl M. Schmitt, *The Politics of Violence. Revolution in the Modern World*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1968.
- Lukes, Steven, *El poder: un enfoque radical*, trad. Jorge Deike, Madrid, Siglo XXI, 1985.
- _____, *Power: A Radical View*, 2ª ed., Nueva York, Palgrave-Macmillan, 2005.
- Luttwak, Edward, *Coup d'État: A Practical Handbook*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1969.
- Maquiavelo, Nicolás, *The Prince*, trad. y con una introducción de George Bull, 2ª reimpr. con correcciones, Londres, Penguin Books, 1981.
- Migdal, Joel S., *Estados débiles, Estados fuertes*, trads. Liliana Andrade y Victoria Schussheim, México, FCE, 2011.
- Mearsheimer, John J., *The Tragedy Of Great Power Politics*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 2001.
- Meyer, Lorenzo, "Hartazgo, adentro y afuera", *Reforma*, opinión, 18 de agosto de 2016,
<http://www.reforma.com/aplicaciones/editoriales/editorial.aspx?id=95194>,
consultado en agosto de 2016.
- Morgenthau, Hans J., *Politics Among Nations. The Struggle For Power And Peace*, 3ª ed., Nueva York, Alfred A. Knopf, 1966.
- Morton, Adam David, *Unravelling Gramsci. Hegemony And Passive Revolution In The Global Political Economy*, Londres, Pluto Press, 2007.
- Newton, Isaac, *Philosophiæ naturalis principia mathematica*, 3ª ed. actualizada y

- enmendada, Londres, Guil. & Joh. Innys, 1726,
<http://www.thelatinlibrary.com/newton.leges.html>.
- Popper, Karl, *La lógica de la investigación científica*, trad. Víctor Sánchez de Zavala, 2ªed., Madrid, Tecnos, 2008.
- Rothstein, Robert L., *Alliances And Small Powers*, Nueva York, Columbia University Press, 1968.
- Rosati, J., J.D. Hagan y M.W. Sampson III, "The Study of Change in Foreign Policy", en Rosati, Hagan y Sampson eds., *Foreign Policy Restructuring*, South Carolina, South Carolina University Press, 1994, pp. 3-21.
- Rose, Gideon, "Neoclassical Realism And Theories Of Foreign Policy", *World Politics*, 1998, vol. 51 (1), pp. 144 a 172.
- Sartori, Giovanni, "Comparing And Miscomparing", *Journal Of Theoretical Politics*, jul. 1991, vol. 3(3), p. 243.
- Schmitt, Carl, *El Leviathan en la teoría del Estado de Thomas Hobbes*, ed. José Luis Monereo, trad. Francisco Javier Conde, Granada, Comares, 2004.
- _____, *Teología política*, trad. Francisco J. Conde y Jorge Navarro, Madrid, Trotta, 2009.
- _____, *La dictadura*, trad. José Díaz García, Madrid, Alianza, 2013.
- _____, *El concepto de lo político. Texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios*, trad. Rafael Agapito, 2ª ed., Madrid, Alianza, 2014.
- Schroeder, Paul "Is The U. S. An Empire?", *George Mason University's History News Network*, febrero 10, 2003, <<http://hnn.us/articles/1237.html>>, consultado en septiembre, 2014.

Tilly, Charles, *Coercion, Capital And European States, AD 990 - 1990*, Oxford, Basil Blackwell, 1990.

Tucídides, *History of the Peloponnesian War*, edición revisada y traducción por Rex Warner, Nueva York, Penguin Books, 1975.

Waltz, Kenneth N., *Man, the State, and War: A Theoretical Analysis*, Nueva York, Columbia University Press, 1959.

_____, "The Stability of A Bipolar World", *Daedalus*, julio de 1964, vol. 93(3).

_____, "Globalization and Governance", en Robert J. Art y Robert Jervis, *International Politics. Enduring Concepts And Contemporary Issues*, Boston, Longman, 10^a ed., 2011.

Weber, Max, *Economía y sociedad*, México, FCE, 1994.

_____, *Economía y sociedad*, Francisco Gil Villegas (editor revisor, comentarios y notas), trads. F. Gil Villegas *et al.*, 3^a ed. en español de la 1^a ed. en alemán, México, FCE, 2014.

Wight, Martin, *Power Politics*, Leicester y Londres, Leicester University Press–The Royal Institute of International Affairs, 1995.

Wood, Reed M. y Jacob D. Kathman, "Too Much of a Bad Thing? Civilian Victimization and Bargaining in Civil War", *British Journal of Political Science*, 2014, Vol.44(3), pp. 685-706.

Zakaria, Fareed, *De la riqueza al poder: los orígenes del liderazgo mundial de Estados Unidos*, trad. Alicia Bixio, Barcelona, Gedisa, 2000.

PARTE II. LOS PODERES

- Aissaoui, Alex, “A Near Eastern States System ‘Before Age’: Comparing the Greek Poleis System with the Ancient Near Eastern State Formation”, *Annual Meeting of the International Studies Association (ISA)*, Nuevo Orleans, 18 a 21 de febrero, 2015 (artículo presentado en conferencia), p
- Arnold, Stanisław y Marian Zychowski, *Esbozo de Historia de Polonia: Desde los orígenes hasta nuestros días*, Varsovia, Ediciones Polonia, 1963.
- Artzi, Pinhas, “The Middle-Assyrian Kingdom as Precursor to the Assyrian Empire”, *Assyrien im Wandel der Zeiten, XXXIX^e Rencontre Assyriologique International*, Heidelberg, julio 6 a 10, 1992, p
- Bergeron, Louis, François Furet y Reinhart Koselleck, *La época de las revoluciones europeas 1780-1848*, 23^a ed., trad. Francisco Pérez, México, Siglo veintiuno editores, 2006.
- Bryce, Trevor, *The Kingdom of the Hittites*, Nueva York, Oxford University Press, 2005.
- Collins, Billie Jean, *The Hittites and their World*, Atlanta, Society of Biblical Literature, 2007.
- Collins, Paul, *From Egypt to Babylon: The International Age 1550-500 BC*, Cambridge, Harvard University Press, 2008.

- Craig, Gordon Alexander, *The Politics of The Prussian Army, 1640-1945*, Oxford, Clarendon, 1955.
- Crawley, C. W. (ed.), *The New Cambridge Modern History, VOL. IX, War and Peace in an Age of Upheaval, 1793-1830*, Cambridge, University Press, 1974.
- David João, Maria Thereza, *Estado e elites locais no Egito do final do IIIº milênio a. C.*, tesis de doctorado, Universidade de São Paulo, 2015.
- Dill, Marshall, *Germany: A Modern History*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1961.
- Fales, Mario, “Il caso dell’Assiria. L’ascensa storica verso uno status elezionista”, *Popoli eletti. Storia di un viaggio oltre la storia*, Actas del congreso de Venecia, UNICOPLI, Venecia, 27 a 29 de junio, 2012, p.
- Flenley, Ralph, *Modern German History. With Two Additional Chapters (XIII and XIV) Covering the War of 1939-45 and the Post-war Years* (by Robert Spencer), ed. revisada, Londres, J. M. Dent & Sons, 1964.
- Fulbrook, Mary, *A Concise History of Germany*, Cambridge, University Press, 1990.
- Gierowski, Józef Andrzej, “The International Position of Poland in the Seventeenth and Eighteenth Centuries”, en J. K. Fedorowicz (ed.), *A Republic of Nobles: Studies in Polish History to 1864*, Cambridge, University Press, 1982.
- Güterbock, Hans Gustav, “The Hittites and the Aegean World: Part 1. The Ahhiyawa Problem Reconsidered”, en Harry A. Hoffner, Jr (ed.), *Perspectives on Hittite Civilization: Selected Writings of Hans Gustav Güterbock*, Chicago, The Oriental Institute–The University of Chicago, 1997, p.
- Harry Hearder, *Italy: A Short History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990

- Hobsbawm, Eric J., *Nations And Nationalism Since 1780: Programme, Myth, Reality*, Cambridge, University Press, 1992.
- Holmes, Richard y Martin Marix Evans eds., *Las guerras que han marcado la historia*, trad. Juan Solé, Barcelona, Ariel, 2011.
- Kissinger, Henry, *La diplomacia*, 2ª ed., 4ª reimpr., México, FCE, 2012.
- Kuhrt, Amélie, *The Ancient Near East, c. 3000-330 BC*, VOL. 1, Londres, Routledge, 1995.
- Lefebvre, Georges, *La Revolución francesa y el Imperio*, trad. María Teresa Silva, 13ª reimpr., México, FCE, 2004.
- Liverani, Mario, *International Relations in the Ancient Near East, 1600-1100 BC*, Londres, Palgrave, 2001.
- _____, *The Ancient Near East: History, Society, and Economy*, Soraia Tabatabai trad., Nueva York, Routledge, 2014.
- Luzscienski, M., *Historia de Polonia: de los orígenes al momento actual*, 3ª ed., María Luz Morales trad., Barcelona, Surco, 1963.
- Mann, Michael, *The Sources of Social Power. A History of Power from the Beginning to A.D. 1760*, VOL. 1, Londres, Cambridge University Press, 1986.
- Montanelli, Indro, *L'Italia del Risorgimento: 1831-1861*, 2ª ed., Milán, BUR Rizzoli, 2011.
- Paulus, Susanne, "Foreigners under Foreign Rulers: The Case of the Kassite Babylonia (2nd half of the 2nd millenium BC)", en Reinhard Achenbach, Rainer Albertz y Jakob Wöhrle (eds.), *The Foreigner and the Law: Perspectives from the Hebrew Bible and the Ancient Near East*, Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 2011, pp. 1 a 16.

- Pollock, James K. y Homer Thomas, *Germany in Power and Eclipse: The Background of German Development*, Nueva York, D. Van Nostrand, 1952.
- Potts, D. T. (ed.), *A Companion to the Archaeology of the Ancient Near East*, West Sussex, Wiley-Blackwell, 2012.
- Roux, George, *Ancient Iraq*, 2ª ed., Middlesex, Penguin Books, 1985.
- Saggs, H. W. F., *The Might That Was Assyria*, Londres, Sidgwick and Jackson, 1984.
- Salvatorelli, Luigi, *A Concise History of Italy. From Prehistoric Times to our Own Day*, Bernard Miall trad., Nueva York, Oxford University Press, 1940.
- Stiles, Andrina, *The Unification of Italy, 1815-1870*, Londres, Hodder & Stoughton, 1986.
- Uchmany, Eva Alexandra, *La proyección de la Revolución francesa en Alemania (hasta el Congreso de Viena)*, México, UNAM, 1975.
- Van De Mieroop, Marc, *A History of the Ancient Near East, ca. 3000-323 BC*, 3ª ed., West Sussex, Wiley Blackwell, 2016.
- Volpe, Gioacchino, *Italia moderna*, Florencia, G. C. Sansoni, 1958.
- Warburton, David A., "Egypt and Mesopotamia", en Gwendolyn Leick (ed.), *The Babylonian World*, Londres, Routledge, 2007, p
- Woolf, Stuart, *A History of Italy 1700-1860: The Social Constraints of Political Change*, Londres, Routledge, 1979.